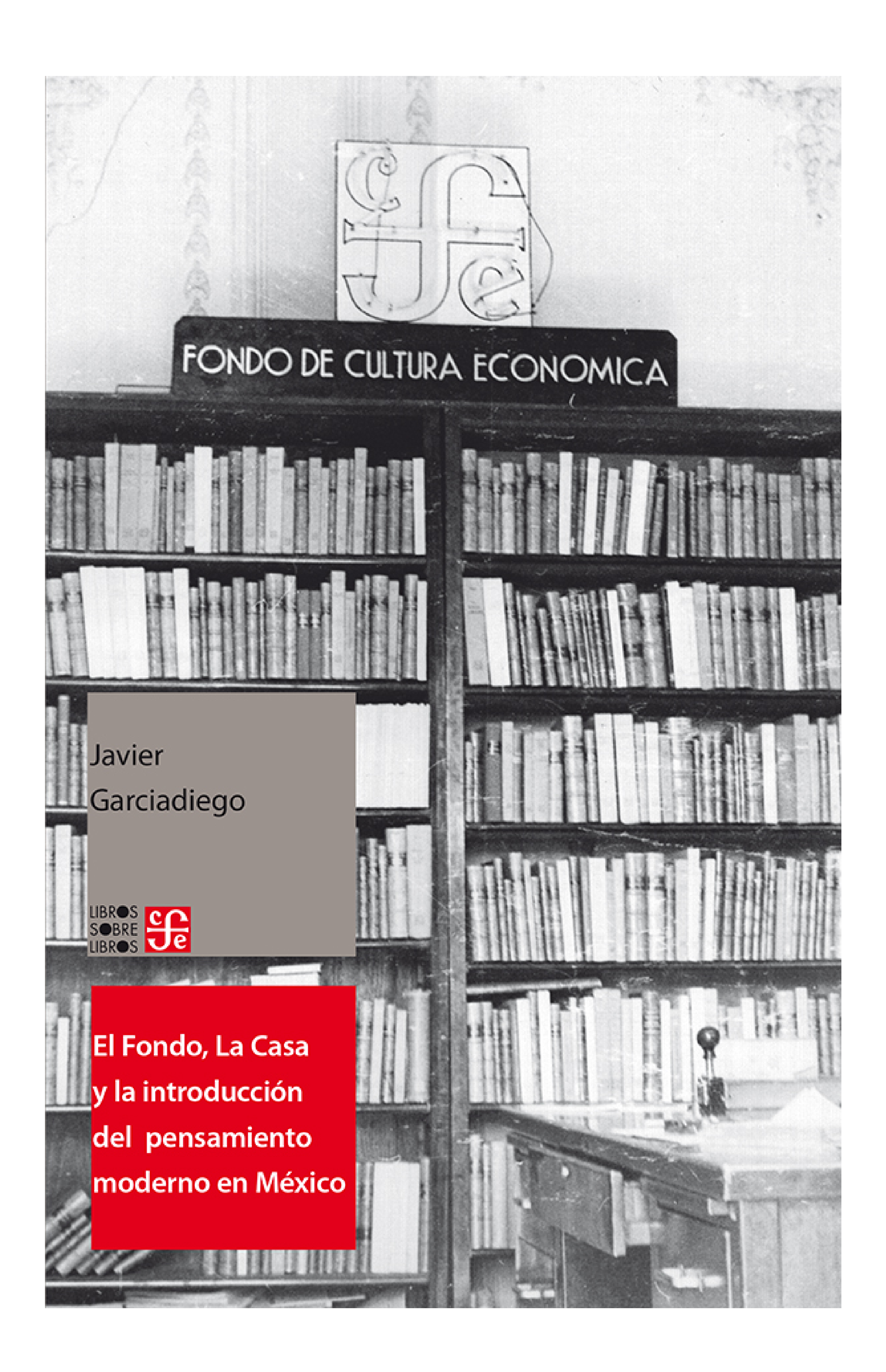

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Javier
Garciadiego
LIBROS
SOBRE
LIBROS
El Fondo, La Casa
y la introducción
del pensamiento
moderno en México


FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Javier
Garciadiego
LIBROS
SOBRE
LIBROS
El Fondo, La Casa
y la introducción
del pensamiento
moderno en México



Fotografía: © Daniel Correa

Javier Garciadiego (Ciudad de México, 1951) es uno de los historiadores más reconocidos en México. Fue director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, director general del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana —en cuyo nombre introdujo un significativo plural, pues desde 2006 se ocupa de "las Revoluciones de México"— y, de 2005 a 2015, presidente de El Colegio de México, donde es profesor-investigador desde 1991. Entre sus reconocimientos y distinciones figura el Premio Salvador Azuela otorgado en dos ocasiones, en 1994 y en 2010, por el INEHRM y es miembro de las academias mexicanas de la Historia y de la Lengua, así como de El Colegio Nacional. Entre sus principales publicaciones se encuentran Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana (1996), Porfiristas eminentes (1996), Alfonso Reyes (2002), La Revolución mexicana. Crónicas,

documentos, planes y testimonios (2003), Introducción histórica a la Revolución mexicana (2006), Cultura y política en el México posrevolucionario (2006) y Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana (2012); también es suya la antología Alfonso Reyes, "un hijo menor de la palabra" (2015).

El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México

El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México

Javier Garciadiego





Primera edición, 2016
Primera edición electrónica, 2016

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit
Imagen: El gran librero de las oficinas del FCE en Pánuco 63;
años cuarenta. Archivo del FCE



Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

ISBN 978-607-16-4256-1 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Índice

Nota del editor

Con deliberada exageración, y por tratarse este libro de cómo llegaron a nuestra lengua algunos conceptos originados en otros ámbitos lingüísticos, tal vez sea lícito emplear la idea de *Schadenfreude* —ese placer patológico que uno experimenta al presenciar el sufrimiento ajeno— para expresar el beneplácito de México por los muchos beneficios que obtuvo de la trágica Guerra Civil española. No es que uno se alegre de los sufrimientos de ese país escindido, o que la desgracia de los trasterrados en sí misma sea fuente de regocijo, pero, a casi 80 años de distancia, la guerra interna que aquejó a España terminó produciendo en las décadas de 1930 y 1940 grandes alegrías a una nación que, con extrema lentitud, venía reinventándose luego de una severa revolución social y política. Al describir cómo el pensamiento moderno se introdujo en México gracias a la acción paralela, a menudo simultánea, del Fondo de Cultura Económica y La Casa de España, Javier Garciadiego ofrece motivos para celebrar la entereza, la tozudez intelectual de quienes no sólo sobrevivieron al choque fratricida sino que supieron prosperar en la adversidad.

El exilio español se ha estudiado desde diversos ángulos, pero no existía un reporte tan detallado como éste de los vasos comunicantes que el Fondo y La Casa construyeron para permitir que muchas de las ideas que bullían en la Europa de mediados del siglo XX arribaran al mundo de habla hispana. Las primeras décadas de ese siglo atestiguaron en España la regeneración del apetito académico por aquello que se producía fuera de sus fronteras, tendencia que se vería suspendida, que no cortada, por el feroz ataque a la República. Como el saber no ocupa lugar, algunos de los que se vieron

forzados a abandonar su tierra continuaron en la de adopción el esfuerzo por hacer del español una lengua viva para el pensamiento contemporáneo. Esa idea abstracta requirió del trabajo, minucioso y no siempre bien remunerado, de traductores y editores, cuyo fruto aún se mantiene fresco en decenas de obras del catálogo del Fondo. El repertorio biográfico preparado por Garciadiego, sobre todo para las extensas notas al pie que aparecen en prácticamente todas las páginas, es un modo, modesto pero imprescindible, de reconocer a las personas de carne y hueso que dieron forma a "uno de los grandes procesos de la historia intelectual hispanoamericana".

Tiene razón el autor cuando afirma que "lo más admirable de la historia inicial del Fondo es haber nacido, y sobre todo crecido, en tiempos de crisis espiritual y material". En Libros sobre Libros han aparecido otras obras que dan cuenta de la influencia que ejerce y recibe la actividad editorial en los fenómenos de cada época —véanse por ejemplo el magistral estudio de Robert Darnton sobre la *Encyclopédie* o la crónica de Peter Weidhaas, parcialmente en primera persona, de cómo la Feria del Libro de Fráncfort se convirtió en la protagonista mundial de la venta de derechos de autor—. *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México* puede asimismo servir como lección de la capacidad de adaptación de una editorial, nacida con un propósito extremadamente acotado y metamorfoseada, por circunstancias funestas, en uno de los grandes referentes del libro en español. Como si hubiera atendido el refrán que nos pide aprender a hacer limonada si del cielo nos caen limones, la empresa fundada por Daniel Cosío Villegas en 1934 aprovechó la cercanía, tanto ideológica como física, de unos asesores y unos traductores de lujo en disciplinas como la historia, la ciencia política, la por entonces aún balbuciente sociología y la filosofía para llevar a la práctica su vocación de publicar tanto clásicos como voces emergentes: Marx pero también Keynes, Von Ranke pero también Croce, Comte pero también Weber… Hubo algo de alquimista en don Daniel al convertir el plomo de la España quebrada en el oro impreso que todavía hoy leemos.

Garciadiego muestra cómo se fue construyendo el catálogo, con rigor y a la vez con la inevitable arbitrariedad de quienes elegían las obras, y

aventura explicaciones sobre algunas ausencias —Toynbee, Freud, Nietzsche— y sobre la parsimonia con que la casa fue dejando entrar a la literatura. Todo editor aspira a dotarse de una oferta congruente y diversa; para lograrlo no basta la voluntad, sino que el azar, la competencia e incluso el capricho tienen algo que decir al respecto. Celebro la aparición de este libro sobre los libros del Fondo, pues permite revivir las ambiciones de quienes crearon esta casa, y agradezco a Javier la oportunidad de sentir una variante festiva de la cínica Schadenfreude.

TOMÁS GRANADOS SALINAS
Director de la colección

Una versión menos desarrollada de este texto fue leída durante los festejos por el octogésimo aniversario del Fondo de Cultura Económica, en sus propias instalaciones, el 4 de septiembre de 2014 —de hecho, unas páginas fueron publicadas como adelanto en *La Gaceta* del mismo mes de septiembre (pp. 12-13)—. Agradezco a María del Rayo González Vázquez, como siempre, y a los jóvenes Sara Canales, Fernando López y Aníbal Peña por su apoyo para la documentación bibliográfica de este texto. Agradezco también a Ulises Martínez por su siempre valioso apoyo en los quehaceres editoriales de mis textos.

Nota previa

Este trabajo está dedicado a todos mis maestros, colegas y amigos que han participado en la construcción de lo que hoy es el Fondo de Cultura Económica. El primero, obviamente, don Daniel Cosío Villegas, seguido de Salvador Azuela, Javier Alejo, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Gonzalo Celorio, Consuelo Sáizar y Joaquín Díez-Canedo.

También está dedicado a varios colaboradores del Fondo, ninguno de ellos menos importante que cualquiera de sus directores, salvo don Daniel, claro está: Adolfo Castañón, Julia de la Fuente, Felipe Garrido, Paola Morán, Ricardo Núdelman, Jorge Ruiz Dueñas, Lucía Segovia y Martí Soler.

Mención especial merecen José Carreño Carlón, Tomás Granados Salinas y Edgar Krauss. El primero, por invitarme a preparar este trabajo y a que lo leyera en el cumpleaños ochenta del Fondo; el segundo, por haberme propuesto publicarlo, y el tercero, por haber cuidado su edición.

Bueno, y aunque nunca los conocí, también dedico este libro a Alí Chumacero, Arnaldo Orfila y José C. Vázquez, auténticos pilares del Fondo.

Procesos paralelos, confluencias y contingencias

Traduttore, traditore sentencia el refrán italiano, aseveración adoptada por nuestro idioma[1] que expresa la poca confianza que suele tenerse en las traducciones; sin embargo, la sentencia "traductor, traidor" se aviene sobre todo a las obras literarias, y en particular a las composiciones poéticas. En verdad, la terrible afirmación es notoriamente injusta para escritos de otro tipo, sobre todo si se reconoce la existencia de cientos de lenguajes en un mundo habitado por personas congénitamente monolingües.

Aunque fonéticamente similares, sus significados son distintos: "traducir" proviene del latín *traducere,* y significa, según el afrancesado dramaturgo Leandro Fernández de Moratín,[2] expresar en una lengua lo que está escrito en otra, y según Baltasar Gracián, puede definirse como convertir, mudar o trocar. A su vez, traición procede del latín *traditio,* aplicable a quienes faltan a la fidelidad que de ellos se esperaba; sobre todo se aplica a delitos cometidos por los ciudadanos contra la patria o contra la disciplina y lealtad que obliga a los militares.

Dejemos las acepciones etimológicas de ambas palabras y convengamos en que, si las traducciones suelen disminuir el valor de las obras originales desde la perspectiva del autor, son claramente benéficas para todo lector pobre en el manejo de lenguajes ajenos. La traducción es entonces una labor encomiable, y quien la practica con oficio y esmero debería ser una persona muy apreciada. Así, el mal traductor puede ser visto como un traidor; el bueno, como un introductor, como un acarreador, como un trasladador.[3] Hoy resulta incuestionable que esta labor tan vilipendiada resulta muy

positiva para el enriquecimiento de la civilización humana,[4] pues los países que carecen de traductores terminan aislados, con una cultura estrecha, localista. Pensando en México, su historia registra dos etapas en las que la traducción fue un elemento decisivo: primero, a lo largo del siglo XVI, cuando se construyó una nueva cultura gracias al trasiego idiomático entre el español, el latín y las varias lenguas prehispánicas; el segundo momento tuvo lugar a mediados del siglo XX, cuando, gracias a la llegada de muchos intelectuales españoles, México pudo entrar en contacto con lo mejor de la cultura occidental.

En rigor, este ánimo modernizador procedía del último tercio del siglo XIX, cuando Francisco Giner de los Ríos y un grupo de amigos y colegas fundaron la Institución Libre de Enseñanza. Difícil negar que éstos fueron los primeros en buscar la modernización de España en el mejoramiento de la educación y en la lectura de los principales autores europeos, aunque el mismo propósito habían tenido los ilustrados de finales del XVIII; de allí su apelativo de "afrancesados". Si los hombres vinculados a la Institución Libre de Enseñanza han sido calificados como "educadores" o como "reformadores", igualmente atinado y justo es llamarlos "traductores", por su "intensa" y "sistemática" labor de traducción "de los textos de referencia en los distintos ámbitos científicos", en especial de tema pedagógico, con lo que las ideas de vanguardia "se presentaron a los lectores españoles, sobre todo en el *Boletín* de la Institución Libre de Enseñanza".[5]

Para el tema que aquí nos ocupa, fue decisivo el traslado a América de numerosos españoles al inicio del segundo tercio del siglo XX. La importancia de este hecho dependió de su confluencia con otro proceso histórico, hasta entonces lejano y ajeno, que se remonta a la crisis española de 1898, cuando para levantar al país de su postración varios políticos e ideólogos propusieron la modernización de España, su europeización. Se les llamó "regeneracionistas".[6] Una de sus estrategias para lograr la regeneración de España, su auténtica recuperación, era mejorar cabalmente el sistema educativo. Fueron varias las propuestas de cambio; eran muchos los involucrados en ellas; fueron numerosas las instituciones diseñadas y creadas con ese propósito. Una de ellas fue la Junta para Ampliación de

Estudios, conducida desde su nacimiento, en 1907, por Santiago Ramón y Cajal.[7]

Uno de sus propósitos era becar —pensionar, se decía entonces— al mayor número posible de los mejores jóvenes universitarios para que realizaran estudios de posgrado o de especialización en algún país de Europa. Fue así como muchos recién graduados terminaron de prepararse académicamente en Alemania, Francia, Inglaterra o Suiza, y a su regreso a España llevaron nuevas ideas, autores desconocidos y otros idiomas. En efecto, aquellos jóvenes volvieron deseosos de compartir dichas ideas, de introducir en España a los autores que habían leído o escuchado, de traducirlos. La reanimación de la vida cultural e intelectual en España tuvo otras facetas.[8] Una de ellas fue la aparición de varias revistas y empresas editoriales comprometidas con la consolidación y difusión de los nuevos pensadores españoles —todos ellos "regeneracionistas"— y con la introducción al país de los principales intelectuales europeos contemporáneos. Seguramente las más destacadas revistas fueron la católica *Cruz y Raya,*[9] dirigida por el poeta José Bergamín, y sobre todo la *Revista de Occidente,* fundada en 1923 y dirigida siempre por José Ortega y Gasset, quien ya en 1910 había colaborado en una revista titulada, escueta y significativamente, *Europa.*[10] Asociada a Ortega y a la *Revista de Occidente,* la editorial Espasa-Calpe estuvo animada por los mismos ideales.[11]

Resulta incuestionable que la *Revista de Occidente* logró una "extraordinaria" ampliación de los "horizontes" intelectuales españoles. Abordaba temas nuevos desde perspectivas inéditas. A la inversa de lo sucedido en los siglos XVIII y XIX, los autores alemanes e ingleses traducidos en ella superarían en número a los franceses, lo que posibilitó un notable "ensanche cultural" y una auténtica "apertura al mundo". Reflejo de la influencia alemana en Ortega —recuérdese que entre 1905 y 1907 estudió en las universidades de Leipzig, Berlín y, sobre todo, Marburgo—,[12] la presencia de los pensadores germanos rivalizó con la suma de todos los otros extranjeros;[13] en términos individuales, los más publicados fueron

Carl Jung, Max Scheler y Georg Simmel: un psicólogo, un filósofo y un sociólogo. Por lo que se refiere a temas, predominaron los artículos filosóficos y psicológicos; las ciencias sociales vieron aumentar constantemente su presencia e importancia, y la existencia de escritos sobre estética y crítica literaria era apreciable.[14] Las ausencias eran igualmente reveladoras: en cuanto a disciplinas, la economía; en cuanto a autores, Karl Marx.

La *Revista de Occidente* también editó libros, y lo hizo desde un *inicio*, pues ya en 1924 apareció el primero, meses después del inicio de la publicación periódica. Los temas eran los mismos, pues obviamente compartían objetivos y principios: traducción de lo mejor del pensamiento europeo y convertirse en voceros del resurgimiento de la intelectualidad española. Igual que en la revista, los libros extranjeros más publicados fueron de alemanes, destacando Max Scheler, con ocho títulos, al que acompañaron Hegel, Edmund Husserl, Georg Simmel, Werner Sombart, Edward Spranger, Franz Brentano y el suizo Carl Jung. Esto es, tres filósofos, dos sociólogos y tres psicólogos, junto a los que aparecieron algunos de los principales historiadores de finales del siglo XIX —el suizo Jacob Burckhardt— y de principios del XX —el holandés Johan Huizinga —.[15] El panorama intelectual español de entonces sólo puede ser debidamente aquilatado si se consideran también los libros publicados por las editoriales Aguilar y Labor.[16] Lógicamente, los más activos traductores fueron jóvenes formados en Europa, sobre todo con las becas de la Junta para Ampliación de Estudios. Además del propio Ortega, destacaron Manuel García Morente[17] y José Gaos.[18] Desgraciadamente, aquel impulso renovador fue detenido de manera abrupta, radical e irreversible. En efecto, con el inicio de la Guerra Civil, a mediados de 1936, la *Revista de Occidente* padeció una “traumática interrupción”.[19] Para colmo, el golpe no se redujo a esta emblemática revista, sino que impactó cruelmente todo el ámbito cultural español.

El conflicto bélico se imbricó inmediatamente con un proceso que vincularía las dos orillas atlánticas. Sucedió que se encontraba como representante diplomático mexicano en Portugal el joven abogado y

economista Daniel Cosío Villegas. Testigo de excepción de la guerra que padecía el país vecino, trabó amistad con el historiador medievalista Claudio Sánchez Albornoz, embajador español en Portugal. Acaso por sugerencia de éste, Cosío Villegas propuso a su gobierno que invitara a un pequeño grupo de académicos españoles a trasladarse temporalmente a México para que pudieran continuar sus actividades intelectuales,[20] beneficiando a cambio a las universidades mexicanas con la impartición de algunos cursos y conferencias.

Una vez obtenido el apoyo presidencial, Cosío Villegas inició sus laboriosas diligencias: primero, tenía que elaborar la lista de los candidatos a ser invitados; luego, tendría que contactarlos y convencerlos de aceptar; por último, tendría que apoyarlos para que pudieran hacer el largo viaje oceánico. Por lo que se refiere a México, tenía que lograr que las instancias gubernamentales pertinentes actuaran pronta y atinadamente. También tenía que propiciar que las instituciones educativas y culturales de México aprovecharan al máximo la aportación de dichos intelectuales, todos ellos españoles de nacimiento pero europeos de formación. Puesto que se pensó que su estancia en México sería breve, ya que se preveía el triunfo republicano y con él su feliz regreso a España, se decidió que enseñaran en las escasas universidades ya existentes en México. En consecuencia, sólo tenía que organizarse una pequeña instancia que coordinara sus actividades pero que no requiriera de instalaciones docentes propias. Se llamaría La Casa de España en México y tendría como uno de sus dos dirigentes a Daniel Cosío Villegas, quien había ideado todo el proyecto.[21]

Fue así como estos dos procesos convergieron mediante una auténtica contingencia histórica, pues el mismo mexicano, diplomático y economista,[22] autor de la propuesta de que se invitara a algunos intelectuales españoles a que continuaran su labor de investigación y docencia temporalmente en México, había creado un par de años antes una editorial dedicada a temas económicos. Dicha empresa pudo haber quedado vinculada a editoriales españolas, pues hacia 1932 Cosío se había trasladado a España para entrevistarse con Ortega y Gasset y con los directivos de algunas otras compañías editoriales,[23] como Manuel Aguilar, a fin de

proponerles un ambicioso proyecto conjunto relativo a publicar obras de economía rigurosas, pues, alertado por la reciente crisis de 1929, estaba convencido de que la única forma de evitar su dañina repetición era mediante el conocimiento científico de la economía. Sin embargo, las respuestas españolas fueron mayoritariamente negativas,[24] habiendo sido especialmente enfático el propio Ortega y Gasset. Su negativa no debió resultar sorprendente: ni en su revista ni en su editorial había tenido cabida la economía, disciplina, por cierto, en ese entonces aún pobremente desarrollada en España.[25]

El visionario Cosío Villegas regresó a México "alicaído" de ánimo;[26] para su fortuna, su "alivio fue instantáneo", pues un grupo de amigos y colegas lo alentó a aventurarse, con su respaldo, a la creación de una editorial de temática económica que tuviera un objetivo más educativo que lucrativo. La empresa habría de llamarse Fondo de Cultura Económica, publicaría una revista: *El Trimestre Económico,* cuyo primer número circuló en 1934, y en ausencia de un pensamiento económico propio traduciría "libros extranjeros de economía"; en enero de 1935 apareció el primero, *El dólar plata,* de William Shea, traducido por el poeta Salvador Novo, lo que confirmaba la escasa profesionalización de la disciplina económica en México.[27] De hecho, la primera "carrera" de economía apenas había sido fundada en 1929, dentro de la Facultad de Derecho, logrando independizarse a partir de 1935.[28] Comprensiblemente, los comprometidos en la creación de la editorial eran los mismos que estaban involucrados en la consolidación de los estudios universitarios de economía en México.[29]

Fue precisamente durante esa etapa inicial de su editorial cuando Cosío Villegas fue enviado como representante diplomático a Portugal, y fue esta privilegiada atalaya[30] la que le permitió detectar la grave amenaza que para el sector académico y cultural español significaba el avance de la facción militarista. Recuérdese que rápidamente gestionó el traslado a México de algunos intelectuales españoles, para lo que tuvo que conseguir primero la autorización del gobierno republicano, pues por lo general los académicos seleccionados eran docentes en alguna institución pública, e incluso varios

desempeñaban funciones gubernamentales: entre otros, se entrevistó en Valencia con Wenceslao Roces, subsecretario de Educación. Después de no pocas vicisitudes burocráticas y personales, en 1938 empezaron a llegar a México los profesores españoles que aceptaron la invitación.

Insisto, la convergencia de los procesos de regeneracionismo y exilio se debió a una mera contingencia. Puesto que La Casa de España carecía de instalaciones propias, Cosío Villegas, secretario de ésta y simultáneamente director del Fondo de Cultura Económica, decidió prestarle a La Casa un par de cuartos dentro de las oficinas que el Fondo tenía en la céntrica calle de Madero.[31] Compartir ese espacio físico trajo consecuencias intelectuales invaluables. Alfonso Reyes, nombrado presidente de La Casa de España en marzo de 1939, lo percibió inmediatamente, y con su natural desenfado lo comentó a su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña, radicado en Argentina, a quien dijo que La Casa de España y el Fondo de Cultura eran "instituciones gemelas que nos repartimos entre Daniel [Cosío Villegas] y yo. Despachamos en oficinas contiguas, pasamos el día trabajando juntos".[32] Comprensiblemente, de inmediato las relaciones entre los pocos colaboradores del Fondo y los escasos miembros de La Casa fueron "íntimas y cordiales".[33]

Puesto que los miembros de La Casa de España no tenían labores docentes permanentes, sino que sólo impartían ocasionales cursillos en diversas instituciones mexicanas, preferentemente capitalinas,[34] aprovecharon su vecindad con el Fondo de Cultura Económica para empezar a colaborar con éste. Sin necesidad de desplazarse por una ciudad que aún no conocían, complementarían su salario y tendrían el mismo jefe, Cosío Villegas, secretario de La Casa y director del Fondo, al mismo tiempo y desde el mismo escritorio. Otro factor importante que facilitó la colaboración de los españoles adscritos a La Casa con el Fondo fue la comunión lingüística. A diferencia de la mayoría de los exiliados en el mundo, los españoles que llegaron a México no tuvieron que aprender la lengua del refugio; por eso uno de ellos —Gaos— dijo que lo suyo fue un trastierro.[35] Así, al día siguiente de su llegada pudieron enseñar en su lengua materna lo que hacía poco habían aprendido como pensionados en

Europa. Obviamente, también pudieron trasladar a la lengua común numerosos libros fundamentales pero desconocidos tanto en España como en México. Ésa fue, desde entonces, su doble misión: enseñar y traducir, afectando incluso la redacción de sus propios trabajos, pues, atento al objetivo inicial del Fondo, Cosío Villegas los prefería más de traductores que de autores.

La multiplicación de los libros

La confluencia de ambos procesos históricos —europeización española y exilio— dio lugar a la transformación radical del Fondo. De ser una casa editora restringida a temas económicos, en un par de años se convirtió en una editorial que abarcaba las principales humanidades y ciencias sociales. En efecto, entre 1934 y 1936 habían aparecido doce números de la revista *El Trimestre Económico* y dos libros de economía: además de *El dólar plata,* se publicó una biografía de Marx escrita por Harold Laski —acaso el más importante intelectual socialista británico, destacado profesor de ciencia política en la London School of Economics y prolífico autor—[1] y traducida por el escritor y crítico literario Antonio Castro Leal. En 1937 aparecieron los cuatro números de la revista, así como el libro *Pensamientos fundamentales en la economía,* de Gustavo Cassel, traducido por el poeta Salvador Novo, igual que el primer libro del Fondo, y el de Henri Sée, *Orígenes del capitalismo moderno,* con traducción cuidada por Castro Leal.

Sin embargo, fue en ese mismo año cuando el Fondo publicó su primer libro no económico: *Doctrinas y formas de la organización política,* de George Douglas Howard Cole —conocido por sus iniciales—, influyente profesor de Oxford, donde fue el primero en tener la prestigiada Cátedra Chichele en teoría política y social, además de que era un reconocido activista político, dirigente de la Sociedad Fabiana e ideólogo del Partido Laborista y del sindicalismo gremial.[2] El libro, curiosamente, fue traducido por el poeta y ensayista Alfonso Reyes.[3] Si bien en el año de 1938 prevaleció el proyecto original del Fondo, con los cuatro números de *El*

Trimestre y seis libros de economía, aparecieron dos libros de política, uno de los cuales era de la autoría de Aníbal Ponce, pedagogo argentino exiliado en México: *Dos hombres: Marx y Fourier*.[4] Si se revisan los nombres de los traductores de los seis libros de economía, resulta evidente que el Fondo de Cultura todavía se reducía a sus colaboradores iniciales, ninguno de ellos profesional en el campo: el escritor Antonio Castro Leal tradujo la *Introducción a la economía* de Maurice Dobb, el propio Cosío Villegas tradujo un par, y Eduardo Villaseñor, de los amigos de Cosío fundadores del Fondo, tradujo uno.[5]

La transformación del Fondo, iniciada tibiamente con el libro de Aníbal Ponce, se hizo ostensible en 1939, apenas un año después de la llegada de los primeros españoles, con la traducción hecha por María Luisa Díez-Canedo[6] de la biografía de Pierre Joseph Proudhon, uno de los primeros socialistas, aunque teñido de anarquismo, escrita por el sociólogo francés Armand Cuvillier. Sobre todo, en 1939 se crearon las primeras dos colecciones temáticas distintas de la economía. El cambio era intenso y mayúsculo: el Fondo inició entonces un giro definitivo y rotundo, al convertirse en una empresa que se aventuraría a publicar libros de todas las disciplinas humanísticas y sociales: se comenzó con política, sociología e historia, y luego, entre 1942 y 1945, aparecieron los primeros libros de filosofía y de antropología.[7]

La publicación del primer libro filosófico confirmaría la vinculación habida entre la nueva naturaleza y la dimensión del Fondo, por un lado, y la presencia de los exiliados, por el otro: dicho libro fue la *Paideia*, de Werner Jaeger, y sus traductores fueron el filósofo y pedagogo catalán Joaquín Xirau[8] y el comunista y helenista asturiano Wenceslao Roces, ambos refugiados en México. La elección de este libro está llena de significados: Jaeger representaba a una corriente de intelectuales alemanes que creían que en el humanismo de raíz griega estaba el antídoto a la crisis moral por la derrota en la primera Guerra Mundial, postura que fue considerada elitista por los ideólogos nazis, por lo que en 1936 Jaeger abandonó Alemania y buscó cobijo en el mundo universitario angloamericano, decisión en la que también influyó que hubiera contraído nupcias, para un

segundo matrimonio, con una estudiante judía.[9] Así, mientras autor y traductores estaban hermanados por el infortunio, la editorial, o sea el Fondo, buscaba publicar libros útiles para remediar la crisis espiritual que se padecía en todos los territorios del mundo. La *Paideia* de Jaeger fue saludada como “un libro fundamental”, como “una de las mayores empresas bibliográficas” emprendidas por el Fondo, pues era “uno de los estudios capitales de nuestro tiempo”.[10]

El crecimiento del Fondo de Cultura Económica a partir del decenio de los cuarenta fue doble: además de multiplicar sus intereses temáticos, creció como empresa, pues de tener siete colaboradores[11] pasó a contar con un número más abultado de empleados, lo que se reflejó en una mayor producción editorial. Lo anterior estaba vinculado a la derrota del bando republicano en la Guerra Civil y a la llegada masiva de los exiliados españoles. Comprensiblemente, muchos de éstos se convirtieron en autores, traductores y coordinadores de colección, e incluso realizaron labores tipográficas.[12] Es más, llegó a decirse que hasta el emblema o logotipo del Fondo había sido diseñado por un español, José Moreno Villa.[13]

Es incuestionable que a partir de 1940 el Fondo se convirtió en una empresa editorial “sorprendentemente integrada”, cuya expansión se debió a la capacidad de Cosío Villegas para “enlazar sus empresas”. Si el Fondo había alojado a La Casa de España en sus oficinas de la calle de Madero, al mudarse a “la casona” de Pánuco a finales de 1940 lo hizo “con todo y El Colegio de México”, lo que reafirmó la alianza entre ellos y facilitó que los intelectuales españoles que laboraban en éste siguieran aportando “la mano de obra intelectual” que requería el Fondo para su expansión. La coexistencia sería mutuamente beneficiosa: además del cobijo físico, el Fondo publicaría “todos” los libros iniciales escritos por los profesores de El Colegio de México, aunque aparecieran fuera de las colecciones disciplinarias.[14]

De hecho, colegas como Eugenio Ímaz y Agustín Millares Carlo tendrían años después “problemas para recordar a cuál de las dos instituciones habían servido más”,[15] y en el informe de actividades anual

que José Gaos presentaba a La Casa de España y luego a El Colegio había un apartado titulado “Para el Fondo”.[16] En resumen, la selección de los libros y su traducción fueron hechas en buena medida por ellos; más aún, “el diseño del libro, su edición y corrección, estuvieron a cargo de un Departamento Técnico formado por cuatro españoles y un mexicano”. Obviamente, el tamaño y la composición del Departamento Técnico tuvieron algunas variantes durante esos años fundacionales, salvo la del colaborador mexicano, don José C. Vázquez, quien desde 1935 estaba encargado de los aspectos técnicos de la impresión de los libros.[17] Sin embargo, de ninguna manera puede minimizarse la labor de Cosío Villegas: además de la idea original del Fondo, él fue quien percibió las posibilidades de su transformación, a resultas de sus polifacéticos intereses, que abarcaban todas las ciencias sociales. Por si esto fuera poco, supervisaba el aspecto comercial de la empresa. Por otro lado, vigilaba el trabajo de todos. Obviamente, también tradujo y hasta cuidó la edición de varios libros.[18]

En términos estadísticos, las cifras son irrefutables: si entre 1935 y 1938 el Fondo había publicado trece libros, diez de ellos de economía, para 1939 la orientación editorial cambió radicalmente, pues la producción de ese año consistió en seis libros de economía, dos de política y derecho, dos de historia y uno de sociología; más aún, entre 1940 y 1945 se publicaron 167 libros, casi trece veces más que en todo el periodo previo; de ellos, 56 fueron de economía, mientras que los de las otras colecciones tuvieron un aumento incomparable: política pasó de cinco a 42; sociología, de uno a 34; historia, de dos a 24, y de filosofía se publicaron los primeros once libros entre 1942 y 1945. En resumen, los 56 libros de economía fueron ampliamente superados por la suma de las otras cuatro colecciones: 111, prácticamente el doble. El Fondo de Cultura Económica había pasado a ser un fondo de cultura en ciencias sociales y humanidades, como lo confirmó la aparición en 1944 de su primer libro de antropología, la emblemática obra *La rama dorada*, de James Frazer, sin duda el libro más importante publicado hasta entonces de esa disciplina: aparecido en 1890 en dos tomos, el autor lo hizo crecer hasta doce volúmenes veinte años después, aunque

también hizo una edición abreviada, en 1922, sobre la que se realizó la traducción del Fondo.[19]

En rigor, más que como inicio de colección, *La rama dorada* apareció como el quinto título dentro de la serie Obras Clásicas de la colección de Sociología. Fue traducido por los esposos Elizabeth Pound y Tadeo Ibáñez Campuzano, la primera probablemente de nacionalidad estadunidense y el segundo español, residente en Barcelona, lo que les permitió efectuar la traducción en forma conjunta. El interés de la pareja por la traducción al español de *La rama dorada* los llevó a contactar desde muy tempranas fechas al matrimonio Frazer, residente en Suiza y también interesado en dicha publicación, puesto que la obra "se había traducido a todos los idiomas importantes del mundo salvo el español". La labor para traducir la obra fue ingente: les tomó doce años y la llegaron a amar "como a un hijo" al que habían "parido" con grandes esfuerzos. Si bien habían llegado al acuerdo ambos Frazer de que el matrimonio Campuzano recibiría los derechos de la obra en español, no pudieron firmar el contrato debido al rechazo sufrido "en varias ocasiones" por un par de editoriales en España, "debido a la censura". Para colmo, tuvieron "que abandonar todo en enero de 1939, cuando el general Franco se apoderó de España". Según aceptó el propio Ibáñez Campuzano, "en mi larga peregrinación en busca de editor han pasado los años y la guerra terminó por dar al traste con mis esperanzas en Europa". Aunque hacia 1943 residían en Missouri, Estados Unidos, lo que explica que no hayan hecho labores académicas en México, fue en este país donde encontraron "por fin" editor.[20]

En términos intelectuales, y con ligeras y comprensibles variantes, las nuevas colecciones —secciones, se les llamaba oficialmente— tuvieron los siguientes componentes. Para comenzar, quedaron organizadas por series: por un lado se publicarían los clásicos de cada disciplina; también se editarían algunos manuales y libros introductorios; asimismo, toda colección incluiría a los grandes autores contemporáneos e incluso los libros más recientes de cada disciplina. Con los clásicos se buscaba dar profundidad académica a cada disciplina mediante el estudio de sus raíces, de sus fundamentos; con los manuales se buscaba la profesionalización de

las ciencias sociales y las humanidades, así como el mejoramiento de la enseñanza universitaria en el país, interés que estaba en los orígenes del Fondo y que también se explica en tanto que los traductores eran casi todos profesores; la edición de los grandes pensadores contemporáneos evitaba que la actualización intelectual de México fuera simplemente epidérmica, con autores previsiblemente obsolescentes; por último, al publicar las novedades de las disciplinas atendidas se pretendía actualizar el conocimiento de los mexicanos, propuesta muy oportuna, pues México se había aislado de la producción intelectual occidental a causa de la violencia revolucionaria y del nacionalismo consecuente.

Cinco colecciones, cinco

Respecto a la temática original del Fondo, con la llegada de los españoles se profesionalizó la edición de los libros de economía. Para comenzar, éstos dejaron de ser traducidos por literatos como Salvador Novo y Antonio Castro Leal. Desde su llegada, Javier Márquez pasó a convertirse en "el brazo derecho" de Cosío Villegas.[1] Nacido en Madrid en 1910, luego de hacer la "carrera" de abogado en la Universidad Central, hizo estudios de posgrado en París y en la London School of Economics. Sus estudios en Inglaterra le permitieron conocer a algunos profesores cuyas obras traduciría al llegar a México.[2] Vinculado también con la naciente enseñanza universitaria de la economía, impulsó la publicación de textos de "reconocida utilidad didáctica", pues la "enseñanza especializada" y la preparación técnica de economistas profesionales era urgente en un país que, con la Revolución, había rechazado el modelo económico anterior y cuyo proceso de reconstrucción posrevolucionaria había sido abruptamente interrumpido por la crisis de 1929.[3]

El objetivo de la colección rebasaba las exigencias docentes inmediatas. Prueba de ello fue la decisión de publicar los clásicos de la disciplina. Así, se tradujeron "por primera vez a lengua española […] las figuras más eminentes que se encuentran en el origen de la economía", en "versiones escrupulosas […], con el indispensable aparato crítico para situar las obras en el tiempo y el espacio y para apuntar su exacta valoración en orden a la importancia y significación que han tenido".[4] Fue así como se publicaron las obras del ilustrado escocés Adam Smith —*Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*—[5] y las de los británicos

David Ricardo —*Principios de economía política y tributación*— y Thomas Malthus —*Principios de economía política*—, traducida ésta por el propio Javier Márquez.[6]

Junto con los clásicos, se publicaron varios estudios que analizaban las "realidades apremiantes"; esto es, los mayores problemas de la situación económica del momento —recuérdese la *Naturaleza de las crisis,* de John Strachey—, algunos libros de los principales economistas nuevos —como Maurice Dobb, Joan Robinson y Paul Sweezy—, así como obras cuya auténtica "trascendencia" las hacía de "conocimiento inexcusable", destacando entre éstos la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de John Maynard Keynes, "la más importante aportación" de la economía del siglo XX, seguido de otros estudios "hoy por hoy […] fundamentales": *Valor y capital,* de John Hicks, la *Teoría del desenvolvimiento económico,* de Joseph Schumpeter, y el inmenso —física e intelectualmente— *Apogeo del capitalismo,* de Werner Sombart, traducido por José Urbano, licenciado en derecho por la Universidad Central de Madrid y quien luego hiciera estudios de posgrado como pensionado. Exiliado en México en 1939, desafortunadamente murió pronto, en 1946, justo a tiempo de concluir su traducción.[7] En síntesis, la aportación del Fondo de Cultura a la ciencia económica —su "motivo originario" y su "apellido patronímico"— fue de tal magnitud que a partir de entonces México fue el "adelantado" hispanoamericano en el tema.[8]

Previsiblemente, la colección publicó varios libros de carácter didáctico,[9] pero por si todo esto fuera poco, la colección de economía se distinguió por haber impulsado la primera edición sistemática en español de las obras de Karl Marx:[10] en 1944 apareció la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, indudablemente la obra más técnica del pensador alemán, seguida tres años después de su obra más representativa, *El capital.* Obviamente, su publicación no convertía al Fondo de Cultura Económica en una editorial partidista, de claras preferencias ideológicas. Desde su nacimiento tuvo un carácter plural, condición ratificada con la llegada de los españoles, grupo en el que había desde conocidos comunistas, como Wenceslao Roces, hasta abiertos cristianos, como el sacerdote José María

Gallegos Rocaful o Eugenio Ímaz. Su pluralidad se confirma fácilmente: junto a Marx aparecieron Adam Smith y David Ricardo. También se publicó a Keynes, en 1943, apenas siete años después de la edición original inglesa, traducido por el mexicano Eduardo Hornedo, primer egresado de la Escuela de Economía y autor, en 1938, de una “crítica científica de las ideas económicas de Carlos Marx”.[11] Significativamente, en una carta de Cosío Villegas al propio Keynes le aseguraba que la publicación de su libro contribuiría “a mejorar el conocimiento de la economía” en México y otros países latinoamericanos.[12]

Por orden de aparición, la segunda colección del Fondo fue la de Ciencia y Pensamiento Político, poco después rebautizada como de Política y Derecho. Aunque predominaran los libros de política, seguramente por las preferencias temáticas de Cosío Villegas, el cambio de nombre resulta explicable, porque la primera formación universitaria de todos aquellos traductores, antes de haber sido pensionados por la Junta para Ampliación de Estudios, había sido la Jurisprudencia. Fundada y dirigida por Manuel Pedroso y Vicente Herrero, pronto mostraría las principales características de ambos: Pedroso, nacido en Cuba de padres españoles, se había formado en Madrid y en Alemania. Abogado internacionalista, pero sobre todo gran conocedor de los tratadistas políticos clásicos, fue embajador en Moscú antes de exiliarse en México.[13] Autor de pocas páginas, fue un profesor legendario, recordado por sus alumnos por sus conocimientos enciclopédicos y su insistencia en que abrevaran en los grandes pensadores.[14] Por su parte, el madrileño Vicente Herrero —nacido en 1910 — hizo estudios de derecho en su ciudad natal y de posgrado en Inglaterra, en la London School of Economics, bajo la dirección de Harold Laski.[15] Fue profesor en El Colegio de México desde su llegada al país. Como Pedroso, destacó más como traductor que como autor: solamente para el Fondo tradujo trece libros antes de su partida de México en 1946.[16]

Puesto que tanto Cosío Villegas como los exiliados españoles analizaban escrupulosamente la problemática política mundial de aquellos días, dominada por el rápido ascenso del nazismo, se publicaron varias obras sobre este tema, como *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-*

socialismo, de Franz Neumann; *Raíces ideológicas del nacional-socialismo,* de Rohan d'Olier Butler, y *¿Qué hacer con Italia?,* del gran historiador italiano Gaetano Salvemini, las tres publicadas en 1943.[17] Si el Fondo había nacido por la crisis económica de 1929, resulta comprensible que se haya ocupado intensamente de la crisis política que significó el surgimiento del fascismo.

De los grandes pensadores políticos de la época se publicaron la *Teoría del Estado,* de Hermann Heller, lo que representaba la continuación con las traducciones hechas en España antes de la Guerra Civil,[18] y la *Historia del pensamiento socialista,* de George Douglas Howard Cole. También se publicaron manuales que introducían a los estudiantes universitarios en el conocimiento de la evolución del pensamiento político universal, como la muy útil *Trayectoria del pensamiento político,* de J. P. Mayer, y la socorrida *Historia de la teoría política,* de George Sabine, ambas traducidas por Vicente Herrero.

Finalmente, bajo el impulso de Pedroso se publicaron las obras clásicas *Utopías del Renacimiento,* que incluía los escritos de Tomás Moro, Campanella y Francis Bacon,[19] y *Leviatán,* de Thomas Hobbes, traducido por Manuel Sánchez Sarto, zaragozano pensionado en Alemania por la Junta para Ampliación de Estudios y profesor en la Universidad de Barcelona antes de emigrar a México, país al que llegó con la valiosísima experiencia de haber trabajado dieciséis años en la Editorial Labor, de la que llegó a ser "director técnico" y en la que destacó "por sus cuidadas traducciones de obras alemanas", como *Ideales culturales de la Edad Media,* de Valdemar Vedel, y *La industria,* de Werner Sombart. Aunque del inglés, también se tradujo *Comunismo,* de Harold Lasky;[20] *Ensayo sobre el gobierno civil,* de John Locke, traducido por el poeta y diplomático catalán Josep Carner,[21] y *El federalista,* de Alexander Hamilton. Por otra parte, *Los derechos del hombre,* de Thomas Paine, y una representativa antología de Edmund Burke, titulada *Textos políticos,* fueron impulsados y traducidos por Vicente Herrero, reconocido por todos como un "traductor conocedor" y responsable también de haber introducido en México algunos textos de la naciente ciencia política estadunidense.[22]

Por lo que respecta a la colección de Historia, ésta fue responsabilidad de Wenceslao Roces, más traductor que autor, y del gallego Ramón Iglesia, atento a los temas historiográficos y quien había llegado en el barco *Sinaia* en 1939, ubicándose pronto en las dos instituciones hermanas, el Fondo y La Casa de España.[23] La sección de Historia también se caracterizó por la publicación de obras clásicas y por presentar a los lectores a los principales historiadores del siglo XX. Entre las primeras destaca la del llamado padre moderno de la historia, Leopold von Ranke, con su *Historia de los papas*, traducida por Eugenio Ímaz, o *Pueblos y Estados en la historia moderna*, traducida por el propio Wenceslao Roces.[24] Otros clásicos decimonónicos traducidos entonces fueron Johann Gustav Droysen, nacido en Pomerania, Prusia, en 1808, y quien atendió cursos con Hegel; gran filólogo helenista, de él se editó su biografía de Alejandro Magno. También se publicó al iniciador de la historia cultural, Jacob Burckhardt, nacido en Basilea en 1818, aunque luego fue alumno de Von Ranke en Berlín; de él se tradujeron sus *Reflexiones sobre la historia universal* y *Del paganismo al cristianismo.* Otro clásico decimonónico fue Theodor Mommsen, el único historiador cuya prosa le ha merecido el Premio Nobel —en 1902—, de quien se publicó *El mundo de los Césares.*

No sorprende señalar que todos éstos fueron trasladados al castellano por Roces o por Eugenio Ímaz. Tampoco sorprende su cálida acogida entre los lectores mexicanos. En efecto, de Von Ranke se dijo que su voz, a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte, acaecida en 1886, parecía "siempre nueva"; de este conjunto de autores —"inmortales" se les llamó— se dijo que sus obras eran ricas en "ideas y enseñanzas".[25] En cambio, llama la atención que el Fondo editara pocos clásicos historiográficos previos; de hecho, fue directamente El Colegio de México el que editó en 1941 los *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones,* del ilustrado napolitano Giambattista Vico, traducida por Josep Carner, nacido en 1884 en Barcelona, donde estudió las carreras de derecho y filosofía, aunque el doctorado lo obtuvo en Madrid antes de incorporarse, en 1920, al servicio diplomático, por el que conoció varios países de Europa, América y el Medio Oriente. Profesor en El Colegio de

México del curso "Historia de la cultura", Gaos lo consideraba un "gran poeta catalán", y elogió con calidez su traducción de Vico.[26] Entre los clásicos posteriores, con obras de principios del siglo XX, distantes ya del positivismo rankeano, destacó el italiano Benedetto Croce, reconocido antifascista pero también crítico del marxismo, con *La historia como hazaña de la libertad*, obra fundacional del historicismo traducida por el poeta y crítico literario Enrique Díez-Canedo.[27]

Los libros de temática histórica fueron casi tantos como los ubicados en la sección de Política. Contabilizados hasta 1948, cuando concluyó la dirección de Cosío Villegas,[28] fueron 37. Considerando que los dos primeros libros aparecieron en 1939, el promedio en aquel periodo inicial fue de cuatro libros por año. Si bien la producción pudiera ser cuestionada como baja por algunos, debe considerarse que se trataba de los clásicos de la disciplina y de los mejores historiadores de entonces, de sus páginas "más depuradas", escritas originalmente en lenguas diversas. En efecto, se tradujo del italiano a Vico y Croce, del francés a Voltaire, y del alemán a Ranke, Droysen, Burckhardt y Mommsen.[29]

Obviamente, es notoria la ausencia de cualquier clásico en idioma inglés, como pudieran ser Thomas Carlyle, lord Macaulay o, sobre todo, el ilustrado dieciochesco escocés Edward Gibbon. Sobre todo, llama la atención que uno de los traductores más constantes del Fondo haya ofrecido hacer la traducción de la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, de Gibbon, sin haber obtenido una respuesta positiva, a pesar de que aseguró sentir por la obra de Gibbon —"de valor permanente"— "un gran cariño". Preferencias personales aparte, aseguraba que publicar a Gibbon llenaría "un hueco muy sensible en nuestra literatura historiográfica".[30] Además de la extensión monumental de la obra de Gibbon, ésta ya había sido traducida al castellano por José Mor y publicada en Barcelona, entre 1842 y 1847, por la imprenta de Antonio Bergnes y Juan Oliveres. Sin embargo, el que la obra de Gibbon hubiera sido publicada a mediados del siglo XIX en Barcelona, o Adam Smith a finales del XVIII en Valladolid, eran argumentos comercialmente inútiles para tomar la decisión de si el Fondo debía editarlos. El hecho fue que Gibbon no fue

publicado, como tampoco la *Historia de la Revolución francesa* de Michelet, publicada a finales del XIX en Valencia. En cambio, sí se publicó el libro clásico de Adam Smith. Aunque es posible que ni siquiera se supiera de su edición española —de Valladolid— de finales del siglo XVIII, seguramente influyó que éste era un libro de economía.

Por otra parte, la gran obra de Carlyle, *Los héroes,* había sido publicada en español al menos dos veces, y se le consideraba poco apropiada en aquellos días dominados por personalidades como Hitler y Mussolini; asimismo, su *Historia de la Revolución francesa* estaba siendo traducida por la editorial de Joaquín Gil para publicarse en Buenos Aires en 1946. Por lo que se refiere a lord Macaulay, había sido profusamente publicado a principios del siglo XX por la Biblioteca Clásica, traducido mayoritariamente —su *Historia de la Revolución de Inglaterra* y varios volúmenes de ensayos y hasta de correspondencia— por don Juderías Bender. Por último, tampoco se publicó obra alguna de lord Acton, considerado casi en forma unánime como el más importante de los historiadores ingleses del periodo de entresiglos. Curiosamente, el Fondo sí publicó una obra de su principal discípulo y, con el tiempo, editor de muchos de sus escritos dispersos. Me refiero a John Figgis y a *El derecho divino de los reyes,* traducido por Edmundo O'Gorman y publicado en 1942. También llama la atención que el Fondo no publicara al historiador inglés más importante del momento, muy probablemente el de mayor número de lectores en el mundo: Arnold Toynbee. Acaso la explicación consista en que Toynbee estaba siendo generosamente publicado en Argentina por la Editorial Emecé, que incluso publicó completo su *Estudio de la Historia* en más de veinte tomos. Afortunadamente, pocos años después el Fondo publicaría al otro gran historiador inglés de mediados del siglo XX: Robin G. Collingwood.

El argumento de que ya estaba traducida también hizo inútil la edición de una de las obras más populares de la historiografía del siglo XIX, la célebre *Historia de la Revolución francesa,* de Jules Michelet, publicada en 1898 en tres gruesos volúmenes por la Biblioteca Popular, de Valencia, traducida nada menos que por Vicente Blasco Ibáñez. Lo mismo podría

decirse de otros dos muy leídos historiadores franceses, clásicos y decimonónicos: Hipólito Taine, cuya obra *Los orígenes de la Francia contemporánea* había sido publicada por la editorial La España Moderna en seis volúmenes a principios del siglo XX, y Ernesto Renán, pues su *Historia de los orígenes del cristianismo,* en siete volúmenes, también estaba exitosamente publicada en español. Acaso estas ausencias en el Fondo expliquen que la editorial Argonauta haya publicado en Argentina a Michelet y a Renán por esos mismos años cuarenta.

Al margen de estas supuestas fallas u omisiones, debe considerarse sobre todo que toda esta labor se hizo en condiciones bibliográficas muy difíciles, por la pobreza de las bibliotecas de México y porque ninguno de los exiliados españoles pudo traer su biblioteca personal.[31] Sobre todo, porque se hizo durante los violentos tiempos de la segunda Guerra Mundial y durante los igualmente difíciles años de la inmediata posguerra, cuando el correo internacional enfrentó graves irregularidades. De hecho, la admirable labor del Fondo alcanza niveles épicos cuando se constata que algunos autores europeos, como Alfred Weber, pidieron que sus regalías no fueran pagadas en metálico sino en especie, en “comida y ropa”, decisión que se explica por la inflación y el desabasto padecidos en esos años en Europa. La dramática situación de Alfred Weber, “de verdadera hambre”, también la padecían su cuñada Marianne —esposa de Max—, Werner Sombart y Walter Krickeberg, a quienes también se pagó en “especie”. En efecto, Alfred Weber, autor de la admirablemente acogida *Historia de la cultura*, publicada en 1941, “estaba muy preocupado con que al Fondo se le ocurriese saldar la deuda de mil dólares que tiene con él. La preocupación se debe a que, si se le girase la cantidad, las autoridades de la zona de ocupación la congelarían en seguida. Prefiere Weber que el Fondo invierta esos dólares en paquetes de comida y ropa”, los que les harían llegar “casas neoyorquinas organizadas con este propósito, pues por lo visto se encuentra en una situación desesperada”.[32]

En efecto, lo más admirable de la historia inicial del Fondo es haber nacido, y sobre todo crecido, en tiempos de crisis espiritual y material; esto es, entre la crisis económica de 1929 y el ascenso del nazismo, y entre la

Guerra Civil española y la segunda Guerra Mundial. Por eso resulta más admirable su rescate de lo mejor de Alemania, de sus mejores pensadores, dejando claro Cosío Villegas, Alfonso Reyes y los intelectuales españoles exiliados en México que, a pesar del bombardeo a Guernica y del apoyo germano a Francisco Franco, distinguían claramente al nazismo de la cultura alemana, cultura, por cierto, prácticamente desconocida antes en México. El inédito predominio de los pensadores alemanes es más que obvio: Marx para economía, Hegel y Heidegger en filosofía, Max Weber por lo que hace a la sociología y Von Ranke, Dilthey, Burckhardt y muchos más para historia, reconociendo así que la principal historiografía moderna era la alemana, por su "más exaltado sentido histórico".[33]

Buscando contribuir a la profundización de la "conciencia histórica" de los lectores, además de clásicos, la colección incluyó obras "excepcionalmente valiosas" escritas por los principales historiadores de las nuevas generaciones. Muestra de los conocimientos historiográficos de los responsables de la colección —piénsese sobre todo en Ramón Iglesia—,[34] junto a la de Croce aparecieron las obras de historiadores como Johan Huizinga, cuya traducción ratifica la continuidad que hubo entre las labores realizadas en España y México por aquellos laboriosos y atinados intelectuales: si de Huizinga se había publicado en 1930 *El otoño de la Edad Media* en la editorial de la *Revista de Occidente*, traducido por José Gaos, el Fondo publicaría en 1946 los ensayos que componen *El concepto de la historia*, traducidos por Roces.[35] Otros fueron Friedrich Meinecke, el más refrescante historiador alemán del primer tercio del siglo XX y agudo crítico de Hitler, con *El historicismo y su génesis*, y el belga Henri Pirenne, viejo profesor en la Universidad de Gante, tanto con su *Historia económica y social de la Edad Media* como con su entrañable *Historia de Europa*, dictada entre 1916 y 1918 en las barracas de un campo de concentración a los compañeros de infortunio, sin más "fuentes de consulta" que su propia memoria.[36]

Como bien señalara uno de los historiadores mexicanos más comprometidos con aquella aventura intelectual —Silvio Zavala—, en la colección de Historia no hubo límites geográficos, temporales o

disciplinarios. Se publicaron libros de historia mundial, como los de Ralph Turner y Erich Kahler, originario de Praga pero estadunidense por nacionalización, quien se desempeñó como profesor en la Universidad de Princeton;[37] de historia europea, como uno de Johannes Bühler y dos del polifacético historiador inglés, diplomático y dirigente del Partido Liberal, George P. Gooch, cuya fascinante vida y calidad intelectual explican que el Fondo haya publicado dos extensas obras suyas. Nacido en una familia acomodada, en plena época victoriana, estudió en Cambridge con John Seeley y lord Acton, y luego se especializó en historia europea moderna en Berlín y París, lo que le ayudó a tener siempre una interpretación neutral de los hechos. Se dedicó indistintamente a la historiografía, a la historia de las ideas políticas y a la historia diplomática reciente. Fue un historiador de gran estilo y magnífico retratista. También fue un agudo analista de su tiempo, como lo prueba haber sido el editor de la *Contemporary Review* durante cincuenta años.[38]

Obviamente, en la colección de Historia también se publicaron obras de ámbitos nacionales, como las del historiador inglés más influyente y popular de la primera mitad del siglo XX, George Macaulay Trevelyan, descendiente directo de lord Macaulay. En términos cronológicos se publicaron libros sobre todos los periodos: de historia antigua, la admirable *Psique*, sobre los conceptos de alma e inmortalidad entre los griegos, cuyo autor, Erwin Rohde, era amigo de Nietzsche y seguidor de Burckhardt, y la de Charles Norris Cochrane sobre el tránsito de la etapa grecolatina al periodo cristiano. De épocas posteriores se publicaron el gran libro de John Symonds sobre el Renacimiento,[39] y los de Bernhard Groethuysen, alemán radicado en Francia y reconocido discípulo de Dilthey, sobre la Francia prerrevolucionaria.[40]

En términos historiográficos, el Fondo auspició la superación de los meros recuentos políticos del pasado, impulsando la publicación de obras de historia económica —piénsese en el inmenso medievalista austriaco, profesor de la Universidad de Viena durante cuatro décadas, Alfons Dopsch —;[41] de historia cultural, como la *Historia de la libertad de pensamiento* del célebre J. B. Bury,[42] políglota irlandés que impulsó el estudio científico

de la historia en contra de la visión victoriana de finales del XIX, que ponía más atención en los elementos literarios y morales; de historia social —piénsese otra vez en Trevelyan—,[43] e incluso de filosofía de la historia e historiografía, áreas en las que destacaron la obra de George P. Gooch sobre la historiografía europea del siglo XIX,[44] y la ya mencionada obra de Benedetto Croce, el más importante exponente del historicismo italiano.[45]

Resulta muy significativo saber que una obra introductoria a los historiadores grecolatinos fue la que inauguró, en 1940, la colección de Historia. Su autor era el longevo y legendario profesor en la Universidad de Columbia, en Nueva York, primero discípulo y luego coautor y sucesor de James Harvey Robinson, el creador de la nueva historiografía norteamericana. Como el propio Fondo de Cultura Económica, Shotwell y su maestro Robinson se ocuparon de hacer accesibles en inglés los principales libros y documentos de la historiografía mundial, a través de varias colecciones documentales que sirvieron para respaldar los manuales de historia universal que ellos redactaron a principios del siglo XX. Como México, los Estados Unidos adolecían por su falta de traducciones de libros extranjeros, problema que resolvió de distinta manera al de México con los exiliados españoles. Para comenzar, a todo lo largo del siglo XIX y primeros decenios del XX los Estados Unidos se poblaron con numerosos migrantes procedentes de diversos países europeos, lo que permitió la supervivencia de muchas lenguas a través de dichos migrantes. Fueron precisamente los descendientes de estos antiguos europeos los que se dedicaron a cultivar, en las sólidas universidades norteamericanas, la historia de la que con justicia se sentían herederos. Además de influyente profesor de historia europea en Columbia, James Shotwell fue un connotado diplomático cuyas labores marcaron a la Sociedad de las Naciones y a la Fundación Carnegie para el Mantenimiento de la Paz Internacional, lo que explica que haya hecho buena amistad con Cosío Villegas y Alfonso Reyes.[46]

Para concluir con la revisión de las obras de historia trasladadas entonces al castellano, debe extirparse la suposición de que sólo se publicaron libros alejados de la realidad mexicana o ajenos a los grandes debates políticos y sociales de la humanidad. Recuérdese que quienes

estaban exiliados en México precisamente por sus posiciones políticas, mantuvieron siempre sus principios ideológicos. Recuérdese también que el Fondo de Cultura era una empresa fundada y dirigida por un notable liberal,[47] respaldada desde sus inicios por los gobiernos posrevolucionarios mexicanos. Así se explica la aparición en 1941 de la obra del político y economista cardenista Jesús Silva Herzog sobre la expropiación petrolera,[48] y la biografía de Maximiliano y Carlota hecha por Egon Corti. Respecto a la atención puesta a los peores problemas mundiales del momento, considérense la *Historia del nacionalismo*, del politólogo e historiador Hans Kohn, nacido en Praga pero radicado en los Estados Unidos desde 1934 a causa del nazismo, obra publicada en inglés en 1944, antes incluso de que concluyera la segunda Guerra Mundial, y en el Fondo sólo cinco años después, en 1949; o la visionaria obra *¿Será distinto el mundo del mañana?*,[49] del más reflexivo de los historiadores norteamericanos de mediados del siglo XX, el relativista Carl Becker, nacido en el Midwest —Iowa— para luego ser profesor en las universidades de Kansas y Cornell, así como *La igualdad*, del historiador socialista-cristiano inglés R. H. Tawney,[50] significativamente publicados estos dos historiadores preocupados por el tiempo presente en la colección de Política.

La colección Sociología fue una auténtica aportación intelectual al mundo hispanohablante, pues la novedad de la disciplina justificaba que sus autores fueran todavía poco conocidos en Latinoamérica. Como lo dijera el responsable de la colección, el valenciano José Medina Echavarría, la situación bibliográfica de la sociología en español se encontraba en "estado virginal". Peor aún, el concepto *sociología* era todavía "confuso" y amparaba en nuestros medios los más variados "engendros": "desaguadero de profusa ensayística", la sociología en México carecía de "contorno riguroso" y de "seriedad de propósitos", condiciones, por cierto, apenas logradas en otros países. En México se contaba, cuando mucho, con "algunas voces aisladas", sin tradición científica ni escuelas de pensamiento en las cuales apoyarse.[51] Otra característica era que la inicipiente sociología "tenía un perfil muy ligado al derecho", y comenzaba entonces "su lenta formalización".[52]

Por ello, el trabajo editorial tuvo que dirigirse hacia “todos los puntos cardinales del nuevo horizonte” temático. Obviamente, igual que las colecciones de Política e Historia, la de Sociología debe contemplarse como una continuación de lo ya hecho en España antes del exilio:[53] la editorial de la *Revista de Occidente* había publicado la *Sociología* de Georg Simmel entre 1926 y 1927, y a principios de siglo se habían publicado varios títulos de Herbert Spencer.[54] Para comenzar, tendrían que publicarse los pocos clásicos reconocidos: Comte, el primero, en 1942, traducido por el poeta Francisco Giner de los Ríos, Jr., colaborador del Fondo y bibliotecario de El Colegio.[55] Otros clásicos fueron introducidos mediante estudios biográficos: así aparecieron trabajos sobre Spencer, Emile Durkheim, Vilfredo Pareto y Thorstein Veblen.[56] Detrás de éstos vinieron las grandes obras sobre las que se estaba definiendo la nueva disciplina, como los *Principios de sociología,* de Ferdinand Tönnies, o la muy extraña *Teoría de la clase ociosa,* del economista y sociólogo norteamericano Thorstein Veblen.[57] En este rubro merece mención especial el sociólogo de origen húngaro Karl Mannheim, cuya extensa obra —a pesar de su muerte prematura, a los 53 años— se publicó “casi entera” a partir de 1941, gracias a las traducciones de Rubén Landa[58] y José Medina Echavarría, entre otros: para comenzar, su *Ideología y utopía,* de “autenticidad profunda”, seguida del *Diagnóstico de nuestro tiempo,* “cuyas angustias y complejas dimensiones […] fue capaz de reflejar en grado insuperable”.[59] Aunque de formación europea —germana—, Medina Echavarría era consciente de que una colección sociológica debía incorporar a los representantes de Norteamérica, donde esa disciplina comenzaba a desarrollarse con gran vigor, lo que seguramente percibió durante su estancia en Puerto Rico. De hecho, fue entonces cuando recomendó la traducción de Talcott Parsons, en particular *The Social System,* sugerencia ignorada por el Fondo, desafortunadamente.[60]

La carencia de una “carrera” universitaria propia reflejaba la “ambigüedad” que sufría la sociología.[61] En El Colegio de México el Centro de Estudios Sociológicos no pudo consolidarse, acaso por las

diferentes percepciones del secretario general, Cosío Villegas, y del director del centro y, simultáneamente, coordinador de la colección en el Fondo, José Medina Echavarría: el primero buscaba un instrumento para resolver los problemas sociales concretos de México, como lo había hecho desde que en 1925 había impartido un curso de sociología mexicana en la Escuela de Derecho, dedicado "a los problemas de México";[62] el segundo, en cambio, aspiraba a crear toda una disciplina universitaria que permitiera analizar el "confuso" presente y pudiera ofrecer orientaciones "para el futuro".[63] Estos ejes intelectuales de Medina Echavarría fueron siempre explícitos en su labor profesional: como traductor e introductor en México de Max Weber, el mayor de los sociólogos "enciclopédicos"; como profesor y autor de manuales para los alumnos; como colega preocupado por los problemas de su tiempo, evidenciado con la creación de la colección Jornadas a partir de discusiones del seminario sobre la segunda Guerra Mundial;[64] como hombre preocupado porque el crecimiento económico incluyera beneficios sociales, y como intelectual convencido de que un mejor futuro dependería de privilegiar la educación y de acudir a una planificación que tomara en cuenta lo económico, lo político y lo social.[65]

Congruente con su personalidad y con su visión de la sociología,[66] Medina dispuso que la colección incluyera obras que reflexionaran sobre el momento presente,[67] a sabiendas de que eran "obras imperfectas de cala y sondeo". Dispuso también la publicación de obras de carácter pedagógico que ayudaran a "satisfacer los mejores afanes de profesores y alumnos". Sin embargo, temeroso de que éstas resultaran difíciles de adaptar "a nuestros medios escolares" —incluso la "excelente y utilísima", a pesar de ser tan voluminosa, *Historia del pensamiento social*, de Harry Elmer Barnes y Howard Becker, traducida por Vicente Herrero y Tomás Muñoz Molina en 1945—,[68] Medina Echavarría propuso que se publicaran manuales con tres niveles de complejidad, "elemental, medio y superior",[69] y agregó a sus labores de traductor y docente la de autor de un par de "manuales indispensables".[70] Así como la editorial había sido creada para facilitar la adquisición de libros profesionales traducidos a los primeros mexicanos que

se decidieron a estudiar economía, la colección de Sociología tenía el mismo propósito: formar a "los primeros practicantes" de las ciencias sociales en el país y facilitar su "contacto directo con un acervo bibliográfico que no existía en español, para contrarrestar unas prácticas de lectura precarias en un contexto donde casi ningún alumno y pocos profesores hablaban otro idioma".[71]

La quinta de las colecciones tempranas fue Filosofía, coordinada por José Gaos y Eugenio Ímaz. Su desarrollo inicial tuvo particularidades notables. Aunque incluyó en su catálogo a algunos de los clásicos de la filosofía —como Hegel, por ejemplo—, lo cierto es que los clásicos originales de la filosofía, los primeros, los grecolatinos, fueron publicados por El Colegio de México y por la Universidad Nacional Autónoma de México, si bien traducidos por algunos de los exiliados españoles.

¿Cuál fue la razón por la que el Fondo no publicó a Platón ni a Aristóteles, o a Cicerón y a Séneca? Sobre todo, ¿por qué no los editó si al menos tres exiliados vinculados al propio Fondo dedicaban buena parte de sus esfuerzos profesionales a traducir a dichos pensadores? En efecto, Gaos consumía en ello parte de su tiempo y tenía un especial deseo por traducir completa la *Metafísica* de Aristóteles;[72] asimismo, para Juan David García Bacca, filósofo navarro pero con docencia en Barcelona, quien primero se exilió en Ecuador y luego llegó a México, traducir a Platón era su ocupación prioritaria;[73] por último, Agustín Millares Carlo fue un "excepcional" traductor de los principales textos de la cultura latina.[74] Aventuro una explicación: a pesar de que Cosío Villegas era un hombre de sólida cultura, era sobre todo un hombre decididamente fiel a sus proyectos, y en el caso del Fondo de Cultura Económica el proyecto era, después de llegados los exiliados españoles, construir una editorial que pusiera al alcance de los lectores en español lo mejor del pensamiento moderno en ciencias sociales y humanidades, pensamiento que podía remontarse hasta el periodo científico del siglo XIX con algunas notables excepciones del pensamiento ilustrado. Éste era también su proyecto para La Casa de España y El Colegio de México, no así el de Alfonso Reyes, más culturalista y devoto de los clásicos antiguos.[75]

La participación de los exiliados españoles en la edición de los clásicos grecolatinos, principalmente filósofos pero también historiadores, poetas y dramaturgos, es tan meritoria como la introducción de los grandes humanistas, economistas y científicos sociales modernos y contemporáneos. Acaso por la falta de una fuerte tradición filológica, lo cierto es que en México no había suficientes traducciones propias de los clásicos grecolatinos, aunque algo habían hecho algunos religiosos cultos,[76] y otro tanto un par de poetas neoclásicos.[77] Afortunadamente, entre los exiliados llegaron sólidos traductores de filosofía griega y notables latinistas: además de los mencionados Gaos, García Bacca y Millares Carlo, destacaba en esta labor José María Gallegos Rocafull, sacerdote y teólogo gaditano formado en Alemania y colaborador de la revista *Cruz y Raya* antes de exiliarse en México en 1939.[78] Las traducciones de Millares Carlo pronto comenzaron a publicarse en El Colegio de México: una antología de los presocráticos preparada por García Bacca, y un par de obras de Cicerón —*Cuestiones académicas* y *De los deberes*— prologadas también por García Bacca.[79] Por falta de presupuesto —y acaso por presión de Cosío Villegas— el proyecto se trasladó pronto a la UNAM, redimensionándose —se hizo bilingüe— hasta convertirse en una colección inigualable en el mundo hispanoamericano.

En efecto, a partir de 1944 comenzó a publicarse la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana —nombre atribuible a Millares Carlo—,[80] en cuyos primeros años son perceptibles ciertas líneas de trabajo. El filósofo Juan David García Bacca impartía en la UNAM la cátedra de filología filosófica e instauró un seminario de estudios clásicos griegos en 1946, en el que supervisaba los ejercicios de traducción de los alumnos —apenas cinco—, los que lograron resultados "satisfactorios", al grado de confiar en que en un par de años podrían ofrecer una traducción "para la colección". Esto es, García Bacca vinculaba su docencia con sus labores de traductor.[81] Su objetivo académico era notoriamente ambicioso, pero su laboriosidad era ingente. Luego de haber publicado *El Poema de Parménides* y su antología de los presocráticos, pretendía publicar las obras completas de Platón, con texto griego y castellano, estudios introductorios y

notas aclaratorias. En los primeros dos años logró editar siete obras de Platón,[82] además de los *Elementos de geometría,* de Euclides —recuérdese que García Bacca había sido el primer profesor en España de la cátedra de filosofía de la ciencia—, la *Poética* de Aristóteles y un volumen con las principales obras de Jenofonte, entre las que sobresalían la *Apología* y el *Banquete.*

Debido a la consolidación de la Graecorum —como coloquialmente se le conoce—, el Fondo abandonó cualquier proyecto que hubiera tenido para publicar a los clásicos de la filosofía antigua. Asimismo, Gaos dejó en su amigo García Bacca la responsabilidad de editar adecuadamente a Platón y Aristóteles. Su sabia decisión no puede ser soslayada: gracias a tres exiliados españoles —Gallegos Rocafull, García Bacca y Millares Carlo— México comenzaría a disponer de una rigurosa colección de clásicos grecolatinos, comparable con cualquier otra en idioma occidental alguno.[83]

Favorecidos por este reparto de responsabilidades académicas, José Gaos y Eugenio Ímaz pudieron definir su proyecto de colección de Filosofía de forma racional y de acuerdo con sus preferencias intelectuales. Su decisión fue atinada; su conducta, coherente. Por ello, la sección de Filosofía tendría varias particularidades respecto a las otras colecciones del Fondo. En efecto, Gaos e Ímaz acordaron publicar "las obras maestras de la filosofía de nuestros días", entendiendo por ellas las obras "iniciadoras" o "las más representativas" de las corrientes "dominantes a lo largo de nuestros días". Aunque arriesgada, su postura no pudo ser más rigurosa, lo que no significa que fuera incuestionable. Además, la formación europea de ambos —Gaos e Ímaz— era idónea para dicho proyecto, pues tenían un conocimiento directo, por haber sido discípulos de los filósofos que encarnaban "las más recientes corrientes filosóficas europeas".[84]

A su modo de ver, las escuelas filosóficas "dominantes" a mediados del siglo XX eran, en Europa, el neokantismo, el historicismo, la fenomenología y el existencialismo, así como el pragmatismo en la América de lengua inglesa.[85] La ausencia del marxismo era notoria, si bien estaba siendo publicado con generosa amplitud en la colección de Economía. Respecto al neokantismo optaron por editar a Ernst Cassirer, de Breslau, antes Prusia y

hoy Polonia; para el historicismo, a su “máximo maestro”, el filósofo alemán Wilhelm Dilthey; para la fenomenología decidieron publicar “la obra maestra” de su fundador Edmund Husserl, originario de Moravia —hoy República Checa—, pensador al que Gaos ya había traducido en España antes de trasterrarse a México;[86] del existencialismo se traduciría su “obra capital”, *El ser y el tiempo,* de Martin Heidegger; finalmente, del pragmatismo publicarían “las principales obras” del filósofo, pedagogo y crítico político estadunidense John Dewey, “en quien esta corriente y la cultura toda de los Estados Unidos se compenetraron más característica y decisivamente”. Si bien la traducción de varias obras de Dewey pudo haber sido cuestionada por algunos, refleja la modernidad de aquellos españoles europeístas, también atentos a la precoz cultura norteamericana: igual que Vicente Herrero en la colección de Política y que Medina Echavarría respecto a Parsons, Gaos —viejo amigo de Medina— impulsó, tradujo y prologó a Dewey, como lo hiciera Eugenio Ímaz.[87]

Para no limitar la colección a cinco grandes pensadores, de los que debían publicarse todas sus obras importantes, Gaos anunció que la “imponente cordillera de obras” se completaría “con cimas de la misma altura”. Así, otro autor publicado profusamente —cuatro obras— sería el inglés Robin George Collingwood, “el más reciente” entre los filósofos importantes; otro sería el lituano, de Riga, Nicolai Hartmann, con su “gran” *Ontología* en cinco volúmenes; uno más, Werner Jaeger, cuyas obras —especialmente la *Paideia*— eran “renovadoras de la historia de la cultura occidental”. Para complementar estas obras y conformar una auténtica colección debían publicarse algunas monografías, así como determinados tratados y manuales destinados principalmente a la enseñanza; también debían publicarse libros representativos de casi todas las disciplinas filosóficas: lógica, ética, estética y ontología, así como filosofías de la ciencia, de la historia, de la naturaleza, del derecho y de la religión, buscando siempre “la posición más actual” dentro de cada tema o disciplina. En resumen, la aspiración de Gaos —una vez muerto Ímaz en 1951— era publicar las “grandes obras de la filosofía contemporánea” y los auténticos “textos clásicos” modernos.[88]

La influencia de los exiliados españoles en el desarrollo en México de la economía, la ciencia política, la sociología, la historia y la filosofía fue invaluable. Dicho logro se alcanzó a través de incontables traducciones, realizadas casi siempre para mejorar sus ingresos, pero también con una gran capacidad académica y con un indeclinable "fervor intelectual".[89] Casi todos los exiliados intelectuales se convirtieron, al menos parcialmente, en "galeotes" de la traducción, y en algunos casos hasta las esposas de aquellos "obreros culturales" buscaron colaborar con la causa intelectual y sanear así los ingresos familiares.[90] Si ya se mencionó a la esposa de Francisco Giner, María Luisa Díez-Canedo, ahora habría que consignar a la esposa de José Gaos, doña Ángeles Hernández, responsable de la traducción de un trabajo de Henri Lefebvre sobre Nietzche. Sin embargo, la más prolífica de las traductoras —hizo más de treinta— fue la poetisa vinculada a la generación de 1927 Ernestina Michels de Champourcin, esposa del poeta Juan José Domenchina, también exiliado.[91] Esta colaboración familiar alcanzó su máxima expresión con las contribuciones de Emma Salinas, esposa del mismo Cosío Villegas, quien al menos tradujo el libro de historia colonial *Comercio y navegación entre España y las Indias*, de Clarence Haring. La versión de doña Emma Salinas no puede ser más clara y sincera: "estábamos todos tan pobres, que para ahorrar dinero Daniel me enseñó a corregir pruebas. Yo no iba a la oficina, me llevaba el trabajo a la casa de mi madre […] no teníamos casa y nos fuimos a vivir con ella".[92]

Gracias a esta labor, México pudo revertir el atraso académico que le había causado la Revolución, con el desplazamiento de los intelectuales vinculados al Porfiriato, con el aislamiento que durante la lucha armada padeció el país en el ámbito internacional y con el desarrollo de posiciones nacionalistas radicales. Gracias a la obra de estos traductores, y a su labor como docentes, el nacionalista México se hizo un país plenamente occidental, con acceso desde a los primeros pensadores del mundo grecolatino hasta a los intelectuales protagonistas de su tiempo. Como se señalara atinadamente, por "primera vez" México estaba "debidamente informado y al día" en materia humanística y de ciencias sociales.[93] En efecto, se convirtió en un país "moderno", pues, como dice Walter

Benjamin, las traducciones miden el ritmo de la modernidad.[94] Más aún, y aunque tarde, gracias al Fondo y a los traductores españoles exiliados México pudo finalmente, como dijera Alfonso Reyes, participar “en el banquete de la civilización”.[95]

Los tres mosqueteros y su D'Artagnan

Al margen de reconocer la gran importancia de estas cinco colecciones, que abarcaban las principales ciencias sociales y disciplinas humanísticas,[1] es preciso destacar cómo México entró en un fluido contacto con tres de los pensadores que definirían el rumbo político e intelectual del siglo XX en el mundo: Karl Marx, Max Weber y Martin Heidegger. El caso de Marx puede parecer paradójico. Por un lado, apenas llegado Gaos a México, en 1938, una de sus primeras actividades docentes fue impartir un seminario semestral sobre Marx,[2] pero éste resultó un fracaso total, al grado de no haber llegado "a más de ocho sesiones", con una asistencia de cuatro o cinco alumnos; es decir, "la mitad de los admitidos", los que no leyeron "lo que debían" y presentaron como trabajos unos simples "escritillos".[3] Resulta sorprendente el reducido eco del seminario de Gaos, pues el país estaba en pleno cardenismo, con la euforia de la expropiación petrolera "a flor de piel"; más aún, apenas cinco años antes un nutrido contingente estudiantil había apoyado la idea —propuesta por Vicente Lombardo Toledano— de que en la Universidad Nacional se impusiera la educación socialista.

Como quiera que fuese, y como era su costumbre, Gaos paralelamente preparó ciertos materiales para respaldar su docencia. Se trataba de unos textos de Marx traducidos por él mismo, que además entregaría para su publicación al Fondo de Cultura Económica; junto a dichos textos, Gaos tenía escrita, a finales de 1939, "una ochentena de páginas de introducción". El libro en conjunto habría de titularse *Marx y Engels*, *filosofía y economía;*

sin embargo, Gaos nunca lo vio publicado.[4] El fracaso del proyecto de Gaos sobre Marx sigue siendo un misterio: al margen de que seguramente se desinteresó del asunto por la mala reacción estudiantil,[5] a los dos años prometía aprovechar las vacaciones navideñas para acabar "la introducción al *Marx* del Fondo", y cinco años después reportaba el trabajo como entregado pero no publicado.[6]

Acaso la solución del enigma dependa de decisiones estrictamente editoriales, pues el Fondo de Cultura confió plenamente los escritos de Marx a otro exiliado, Wenceslao Roces. Es de suponerse que en el Fondo se sabía que el interés mayor de Gaos era la fenomenología, y que como hombre cercano a Ortega y a la *Revista de Occidente* no simpatizaba mayormente con el marxismo. En cambio, Roces era un reconocido estudioso del tema.[7] Aunque catedrático de derecho romano y con claras preferencias temáticas por la historia antigua, el asturiano Roces, estudiante de las universidades de Oviedo y Madrid y luego pensionado en Alemania por la Junta para Ampliación de Estudios,[8] tuvo una clara militancia política desde que era un joven profesor en la Universidad de Salamanca, donde defendió al rector Miguel de Unamuno cuando éste fue expulsado por la dictadura de Primo de Rivera. Roces también perdió su empleo, lo que lo radicalizó, por lo que hacia 1930 colaboró en la Editorial Cenit, de Madrid, para la que coordinó una colección de temas marxistas. Poco después, en 1934, fue un notorio defensor del movimiento huelguístico de los mineros asturianos, lo que le costó un breve encarcelamiento. Luego de una estancia de un año en la Unión Soviética[9] colaboró con el gobierno republicano, en el que llegó a ser subsecretario de Educación. Cumplía esta responsabilidad cuando lo entrevistó Cosío Villegas, buscando su autorización para que los intelectuales invitados por el gobierno de Cárdenas pudieran trasladarse a México. Resulta comprensible que al llegar Roces como exiliado, unos años después de aquel encuentro, se presentara ante Cosío Villegas solicitándole empleo,[10] ya fuera en El Colegio de México o en el Fondo de Cultura Económica.

Al llegar Roces a México en 1942, luego de breves estancias en Cuba y Chile, contaba ya con la traducción del primer tomo de *El capital*, publicado en 1934 en la Editorial Cenit.[11] Para la edición del Fondo, que apareció en 1947, revisó "cuidadosamente" aquel tomo y tradujo los dos restantes. Contra lo que pudiera pensarse, no se trataba de la primera edición completa en español de *El capital*, pues en 1931 había aparecido una en España, traducida por el también exiliado en México Manuel Pedroso, la que por cierto había merecido la más contundente descalificación de Roces, quien afirmó que en cada una de las 1 600 páginas había "aberraciones de traducción […], desde el leve desliz hasta la franca monstruosidad".[12]

A diferencia de la triste experiencia de Gaos, el Marx de Roces no sólo fue un acontecimiento intelectual de primera magnitud, sino un sonado éxito editorial y comercial. En efecto, se sabe por un balance hecho al cumplirse el primer cincuentenario del Fondo, en 1984, que *El capital* había sido reimpreso en 14 ocasiones y que entre los libros de economía ocupaba el segundo lugar en cuanto al mayor número de ejemplares impresos: 138 000.[13] La gran acogida que tuvo Marx en el Fondo se confirma con varios indicadores: entre 1944 y 1945, y también traducida por Roces, se había publicado la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, "complemento indispensable de *El capital*".

El abultado número de ejemplares vendidos dependió de un cambio fundamental: hasta entonces Marx había sido leído por dirigentes sindicales y políticos radicales; incluso Roces, militante del Partido Comunista Español, había iniciado sus labores de traducción con objetivos políticos,[14] pues el marxismo le parecía "la más grande y más revolucionaria conquista de la cultura humana en los tiempos modernos". A lo largo de su vida, Roces estuvo convencido de que Marx ejemplificaba "la unidad perfecta del hombre de ciencia y el luchador", y de que *El capital* era uno "de los más grandes libros" —"poderoso y gigantesco"—, pues no aporta "una ciencia puramente contemplativa y especulativa", sino "una ciencia viva, transformadora, revolucionaria". En efecto, para Roces *El capital* era también "un arma de combate", escrito por un "genio portentoso".[15] Sin

embargo, a partir de la crisis económica de 1929 Marx empezó a ser revalorado. Coincidente con esto, gracias a la edición del Fondo Marx comenzó a ser leído por el creciente sector universitario mexicano y latinoamericano, perteneciente a la clase media, dedicado a la economía o a la ciencia política, la filosofía y la sociología.[16]

La asociación Marx-Roces-Fondo de Cultura se prolongó durante muchos años, hasta convertirse en una cabal identificación, en una total simbiosis, al grado de que Roces fue conocido como "el traductor de Marx",[17] aunque en realidad tradujo a una treintena de autores, Hegel entre ellos, pero sobre todo a historiadores del periodo antiguo.[18] Además, debe consignarse que no sólo traducía del alemán, sino de varios idiomas: francés, inglés, italiano, ruso y latín.[19] La asociación vitalicia de Roces con Marx dio lugar a que a finales del decenio de los años cincuenta iniciara una nueva traducción de las dos obras ya publicadas, "teniendo a la vista para ello nuevos elementos y documentos y, sobre todo, la última edición alemana de *El capital*, que acaba de aparecer".[20] Más aún, diez años después Roces se comprometió a traducir una "selección de obras" de Marx y Engels, serie que podría alcanzar hasta diez volúmenes de entre 800 y 900 páginas cada uno, con su respectiva introducción y "notas explicativas".[21] En resumen, la publicación de Marx en español, labor identificada con Roces y el Fondo,[22] fue una "invaluable" aportación intelectual y política.[23] El mundo hispanoamericano sería otro sin la crítica presencia de Marx.

Otra labor intelectual de dimensión mayúscula fue la publicación, en 1944, de *Economía y sociedad* de Max Weber, luego de que dos años antes se publicara su *Historia económica general*, traducida por el zaragozano Manuel Sánchez Sarto, muy experimentado en la traducción de libros alemanes de economía.[24] Sin embargo, la influencia, magnitud y originalidad de ellas no es comparable. La aparición de *Economía y sociedad*,[25] anterior a una edición inglesa que llevaba diez años en proceso,[26] fue contundentemente saludada como "la contribución mayor de estos últimos años al estudio de las ciencias sociales en los países de nuestra habla". Sin embargo, su traducción debe haber sido inimaginablemente

complicada, y se sabe que desde 1941 se estaba trabajando en ella. Otra dificultad fue su carácter de traducción colectiva, pues en ella colaboraron, además de Medina Echavarría, los también exiliados Juan Roura Parella y José Ferrater Mora,[27] así como el experimentado Eugenio Ímaz. Además del diferente nivel de conocimiento del idioma alemán y de sus propios estilos en español, hubo dificultades prácticas muy elementales. Para empezar, siendo varios los traductores, sólo se contaba con un ejemplar del libro, por lo que en ocasiones "era necesario esperar durante meses a que los otros traductores […] terminaran […] para que el siguiente continuara". Para colmo, "no había copias". Además de las dificultades enfrentadas para traducir *Economía y sociedad*, la editorial lo hizo con "temeridad", pues procedió "sin permiso" de la editorial alemana,[28] lo cual es comprensible por las dificultades que pasaba ese país debido a la segunda Guerra Mundial: a corto plazo el riesgo de una demanda legal era prácticamente nulo.

Según refiere uno de los traductores, la decisión de traducirla fue "temeraria", pues Ortega y Gasset había advertido que era una obra "de imposible traducción", especialmente el primer volumen, de "seca abstracción".[29] Los mismos directivos del Fondo, aunque orgullosos de publicar "la obra cumbre de la sociología contemporánea", reconocían que su traducción presentaba "obstáculos muy serios", por su sintaxis, "la precisión rigurosa de sus conceptos y su pasmosa riqueza terminológica, que se extiende sobre los más diversos campos del saber".[30] Para colmo, si bien Medina dominaba el idioma alemán, pues había sido pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios en Alemania y "lector" en la Universidad de Marburgo, lo cierto es que su experiencia como traductor no se comparaba con la de Gaos o Roces, aunque había hecho antes en España algunas traducciones para la *Revista de Derecho Privado,* que dirigía don Adolfo Posada, y en la cual también colaboraron Vicente Herrero, Luis Recaséns y Wenceslao Roces. Como el de la *Revista de Occidente,* también el proyecto editorial de la *Revista de Derecho Privado* quedó "trunco",[31] recuperándose años después, al menos parcialmente, en México. Al igual que Gaos y Roces, también Medina combinó sus labores de traductor con

sus responsabilidades docentes, pues durante esos años impartió en La Casa de España y en El Colegio de México varios cursos sobre Weber.[32]

Las enormes dificultades advertidas por Ortega y Gasset eran evidentes, pues *Economía y sociedad* era una obra "monumental", "titánica", auténtica "hazaña" de un "coloso", plena de rigor científico y de una erudición "más que asombrosa, increíble".[33] El pronóstico de su influencia no dejaba dudas: se trataba de "un clásico" del que los científicos sociales "se estarán nutriendo durante mucho tiempo", y que a la vez, "si es bien aprovechado", provocará "una buena sacudida ordenadora" en los análisis sobre nuestros países. En resumen, lo que Weber ofrecía era "un método sistemático" para la "comprensión *efectiva*, causal, de la realidad histórica, que arroja ya mucha luz sobre el conocimiento del hombre".[34] Diez años después, el coordinador de la colección de Sociología del Fondo, y él mismo traductor del muy complicado primer volumen de Weber, José Medina Echavarría, aseguraba que su edición de *Economía y sociedad* había sido "el mayor esfuerzo y la contribución más importante del Fondo al desarrollo del pensar sociológico entre nosotros", en tanto obra de "profundo significado duradero". Confiado en que algún día se apreciaría "en su justo valor" el reto de traducirla,[35] Medina advertía sobre "la renovación del interés" por Max Weber "y su influjo sobre algunos círculos muy destacados de sociólogos".[36] Aunque su segunda edición tardó veinte años en aparecer, a partir de entonces —1964— se reimprime casi cada tres años, además de hacerse impresiones propias en España y Argentina. Tenía razón su primer reseñista: su influencia académica se prolongaría "mucho tiempo".[37]

Al margen del unánime reconocimiento reciente, en términos de recepción fue más exitosa al principio la *Historia de la cultura* de su hermano Alfred, publicada por el Fondo en 1941 a partir de la traducción del jurista Luis Recaséns Siches, exiliado temprano y de los primeros colaboradores de La Casa de España.[38] En efecto, el libro de Alfred tuvo trece reimpresiones hasta 2010, cinco de las cuales se hicieron antes de 1964, fecha de la primera reimpresión de *Economía y sociedad.* En efecto, la bienvenida a la *Historia de la cultura* fue esplendorosa: recuérdese que al

anunciársele se dijo que era “uno de los libros más bellos y sugestivos de la sociología moderna”, “comparable en brillantez a la de Spengler”. También se dijo que era “una de las obras cumbres que ha producido la labor sociológica contemporánea”. De otra parte, los editores del Fondo explicaban la gran aceptación de la obra de Alfred Weber por el hecho de ser “un libro hijo de la crisis” y “una de las meditaciones más preclaras sugeridas por la situación crítica de nuestro tiempo”, a la que se consideraba “la crisis más grande sufrida en la historia humana”, o que había empezado “a apuntar en los albores de la guerra mundial”. Todas estas razones explican que el libro haya tenido que publicarse en Holanda, “porque trabajo de tan alto espíritu no podía tener cabida en el tercer Reich”. [39]

Tratándose de un pensador de tal envergadura, y a pesar de que con el tiempo logró el reconocimiento universal, resulta sorprendente que el Fondo no publicara ninguna otra obra de Max Weber.[40] Algún intento hubo, pero no pudo concretarse. Ciertamente, a finales de 1953 el sucesor de Cosío Villegas en la dirección del Fondo, don Arnaldo Orfila, preguntó a Medina Echavarría —quien por entonces radicaba en Chile y trabajaba para la CEPAL— si sería conveniente publicar “una nueva obra” de Weber. Tres años después Orfila volvió a preguntarle sobre otros libros de Weber, inquiriéndole si alguno de ellos había sido considerado para publicarse “en las épocas en las que Ud. nos acompañaba con su colaboración”. En concreto, le pedía su opinión sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* a lo que Medina respondió de manera contundente, aunque planteando un reto editorial mayúsculo: su “noticia weberiana —le dijo— me parece excelente”, pero debería publicarse “la obra entera” de su sociología religiosa, que abarcaba China, India e Israel, la que seguramente alcanzaría varios tomos.[41] La respuesta de la empresa fue silenciosa pero clara: el nombre de Max Weber no volvió a aparecer en la correspondencia entre Medina Echavarría y el Fondo de Cultura Económica.

El tercer gran pensador del siglo XX introducido entonces al mundo hispanohablante fue Martin Heidegger. Su edición fue una prolongada aventura que refleja las dificultades del autor y los rigurosos procedimientos de trabajo de su traductor, José Gaos. Desde que éste llegó a

México, a mediados de 1938, empezó a traducir "por primera vez" a Heidegger. A diferencia de cualquier traductor profesional, Gaos era sobre todo un profesor que vinculaba todas sus labores con la docencia; así, pronto se propuso hacer un manual sobre la filosofía de Heidegger, a quien además hizo tema de su seminario; en efecto, pronto comenzó a leer y a explicar semanalmente a Heidegger a sus alumnos.[42]

Es evidente que Heidegger y la traducción de su obra se convirtieron en parte consustancial de su vida: diez años después seguía trabajando en ello, haciendo "retoques" al "breviario" que acompañaría a la traducción. El problema, y Gaos fue el primero en reconocerlo, consistía en que dicha introducción comenzó a darle una "irresistible" impresión de *pegote*, pero por intentar quitarle ese carácter terminó padeciendo la "irreprimible" sensación de que ese estudio introductorio "ya no era Heidegger". Al paso del tiempo dicho texto comenzó a resultarle insoportable, al grado de aceptar que ya no podía trabajar en él "ni un día más"; peor aún, comenzó a verlo como "un desastre". Finalmente, a casi quince años de iniciada, y en un lenguaje ya totalmente mexicanizado, el trasterrado Gaos pedía "unos diítas" a fin de concluir la revisión "de esta condenada traducción". Para su beneficio y regocijo, a mediados de 1952 se le informó que el Fondo de Cultura le haría un pago con carácter excepcional, por entender "que su trabajo es también excepcional ya que no se trata de una simple traducción".[43]

En efecto, Gaos había traducido a Heidegger y simultáneamente había escrito una introducción a *El ser y el tiempo*,[44] y si bien al principio creyó que "exponer algo que creía dominar" iba a ser "coser y cantar", meter a Heidegger "en un espacio pequeño e inensanchable" terminó siendo "la cosa más difícil". No obstante estos avatares y vicisitudes, la edición de *El ser y el tiempo* sería una de las mayores aportaciones del Fondo al conocimiento filosófico en castellano, en tanto que era "la obra más influyente del pensamiento contemporáneo", por lo que quedaría seguramente inscrita en la "historia de la filosofía" como la más "original" de su tiempo.[45]

Con todo, la labor de Gaos no se limitó a Heidegger. Siempre tuvo una visión completa, sistémica, de lo que debía hacer el Fondo a través de su colección de Filosofía. Rechazaba la idea de publicar autores aislados; prefería editar pocos pensadores, pero auténticamente significativos, publicando todos sus libros principales. Así se procedió con Ernst Cassirer, John Dewey y Nicolai Hartmann; lo mismo pretendió hacer con Hegel, a quien ya había traducido para la editorial de la *Revista de Occidente* antes de su exilio en México.[46] Además, aspiraba a publicar los otros libros fundamentales de las principales corrientes filosóficas. Por ello, dispuso que a Heidegger lo acompañara Karl Jaspers, con *La filosofía*, "*la otra* gran obra del existencialismo alemán".[47] Desafortunadamente, su colaboración en la colección Filosofía terminaría a principios de 1958, pues una experiencia "sumamente ingrata" —la traducción de la *Ética* de Spinoza, por el doctor Oscar Cohan— lo orilló a renunciar de forma "irrevocable". El deseo de Gaos era dedicarse ya a trabajos "exclusivamente" suyos.[48]

El cuarto gran proyecto individual del Fondo fue la publicación en la colección de Filosofía de las obras casi completas de Whilhem Dilthey, muerto a principios del siglo XX —en 1911— luego de treinta años de docencia en Berlín y quien dedicó la mayor parte de su obra, seguramente como respuesta al positivismo imperante, a definir la naturaleza y el contenido de las "ciencias del espíritu", cuya base era la historia y cuyo objetivo era comprender al hombre, quien subordinaba la razón a la vida. Por ello, se le definió como un pensador "vitalista". El traductor de esta rica y complejísima pero asistemática obra filosófica, aunque buena parte de ella tuviera un obvio carácter histórico, fue Eugenio Ímaz, vasco, e hijo y nieto de vascos.

Nacido en San Sebastián en 1900, en una familia de muy escasos recursos, gracias a una beca del Ayuntamiento Eugenio Ímaz pudo estudiar derecho en Madrid, aunque su falta de vocación explica sus mediocres calificaciones. Lo suyo era la filosofía, lo que comprobó al pasar un semestre en Lovaina junto con su amigo Xavier Zubiri. Sin embargo, tomó la clase de derecho romano con José Castillejo, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, quien al atisbar sus posibilidades lo envió

pensionado a Alemania —Friburgo, Múnich y Berlín, de 1924 a 1931—, donde pudo tomar clases con Husserl y Heidegger. Al regresar a Madrid trabajó como traductor para la *Revista de Occidente,* en la que el estallido de la Guerra Civil le impidió concluir la traducción de la gran *Historia de la cultura griega,* de Jacob Burckhardt.[49] Además, fue secretario de redacción de la revista católica *Cruz y Raya,* dirigida por José Bergamín, y también fue colaborador asiduo de la breve y efímera *Diablo Mundo.* Desde entonces mostró sus vocaciones y fidelidades: era hombre de empresas editoriales y de revistas, y la traducción no sólo la concebía como su oficio y única fuente de ingresos, sino como una excepcional forma de conocer, a fondo, a los autores que traducía.

Después de pasar casi toda la guerra en París colaborando en la Junta de Cultura Española, se trasladó a México en agosto de 1939.[50] Inmediatamente se integró al equipo de la revista *España Peregrina,* dirigida por el también vasco Juan Larrea, y luego al de los *Cuadernos Americanos.*[51] Sobre todo, para la segunda mitad de 1941 ya era miembro del Departamento Técnico[52] del Fondo de Cultura Económica, en el que destacaría como traductor del inglés, francés y —sobre todo— alemán, para libros de filosofía, historia y psicología. A pesar de que tradujo una treintena de libros, su nombre quedó indisolublemente ligado al de Whilhem Dilthey, a quien no sólo tradujo sino que, gracias a su "familiaridad" con "la totalidad" de la obra de Dilthey, ordenó debidamente para su edición en diez gruesos volúmenes —prologados por él—,[53] labor elogiada por todos: según su colega José Gaos, su labor de traductor descollaba no sólo por su calidad y cantidad, sino por la "originalidad" de su estilo al trasladar la obra en cuestión al castellano; así, para Gaos la traducción de Dilthey por Ímaz se definía con dos conceptos: "osada" e "insigne";[54] otro comentarista aseguró que el valor de las traducciones de Ímaz consistía en que combinaba "rigor" y "afán de exactitud" con "verdadera pasión";[55] uno más, el entonces joven historiador Edmundo O'Gorman lo llamó "benemérito";[56] más aún, según sus compañeros de trabajo en el Fondo, fue un traductor "eximio".[57]

Como quiera que fuese, por su obligada y total dedicación a la traducción, pues a diferencia de Gaos, Medina Echavarría y Roces, carecía de ingresos estables provenientes de la docencia,[58] y por su naturaleza de hombre de revistas, y por lo mismo autor de artículos, ensayos breves y notas bibliográficas, Ímaz terminó siendo reconocido como traductor,[59] y en todo caso como un autor asistemático —como su admirado Dilthey—, tan desordenado como parco, adjetivo éste que debe ser desechado, pues sus propios escritos superan el millar de páginas.[60]

Debe reconocerse, sin embargo, que varias veces se cuestionó la decisión del Fondo de publicar tan extensamente a Dilthey,[61] puesto que no llegó a ser un pensador de la talla de Marx, Weber o Heidegger. Obviamente, los involucrados en el proyecto editorial estaban convencidos de que el prestigio de Dilthey crecería "en los próximos años",[62] y el propio Ímaz defendió el ambicioso proyecto de editar completo a Dilthey, de publicarlo "en grande", alegando que era un autor comparable a Max Weber, pues ambos habrían entregado sus vidas, por caminos distintos, pero con el mismo "afán pantagruélico", al "conocimiento del hombre": uno fijando por primera vez "la crítica de la razón histórica", y el otro creando la ciencia sociológica. Ímaz no sólo defendía las "aportaciones inmensas" de ambos, sino que se pronunció claramente contra traducir "al son que nos tocan los filósofos o pensadores más en boga en cada país". Ímaz lo dijo en forma contundente respecto a Weber y Dilthey: "no se trata de hombres de última moda, ni de aperitivos […] Se trata de obras extensas, poligráficas, demasiado apretadas y ricas, demasiado poco abstrusas para fomentar una moda". De Dilthey en específico dijo que "se dedicó toda su vida a escribir, no por escribir sino por resolver los problemas intelectuales que muy pronto se le plantearon, pero que eran de tales alcances que le absorbieron toda la vida". Congruente con ese esfuerzo, Ímaz se ufanó de que su traducción de los muchos volúmenes de Dilthey había sido un trabajo "pacienzudo".[63]

Por otra parte, llama la atención que Gaos no hubiera impulsado la edición rigurosa de las obras de Federico Nietzsche y sí la de Marx, cuando el propio Gaos estaba convencido de que estos dos autores eran, "quiérase o no se quiera, y piénsese de ellos lo que cada cual piense", los más efectivos

y auténticos “polos intelectuales de nuestro tiempo”, que incluso hacían “rodar y trituran” hasta a los seres humanos “más ajenos a toda filosofía”.[64] Tal vez la razón fuera que Nietzsche había sido ya publicado en España, y que la Editorial Aguilar había emprendido un ambicioso y serio proyecto para publicar toda su obra.[65]

En el mismo sentido, hoy resulta obvio que hubiera sido más atinado publicar a Sigmund Freud, pues completaría el cuarteto —y con Nietzsche el quinteto— de pensadores más influyentes en nuestros días, en lugar de Dilthey. Para ello seguramente pesó el hecho de que Freud también había sido publicado, casi por entero, poco tiempo antes en España. En efecto, lo había publicado la editorial Biblioteca Nueva, de José Ruiz-Castillo, también “por consejo de Ortega”.[66] A este argumento seguramente habría que agregar una probable poca simpatía de Cosío Villegas por la psicología.[67] Aun así, y más como explicación que como justificación, debe recordarse que en la colección de Filosofía, de la que Ímaz fue el vicecoordinador debajo de Gaos, se había decidido publicar las obras importantes de los autores que fueron considerados jefes de las principales corrientes filosóficas de la primera mitad del siglo XX, y Dilthey había sido considerado, con toda justicia, como el principal exponente del historicismo,[68] lo que justifica que el Fondo publicara diez tomos de sus obras. Debe recordarse también que tanto Gaos como Ímaz habían sido cercanos a Ortega y Gasset, uno como discípulo y el otro como colaborador en la *Revista de Occidente*, y que éste había encarecido siempre el valor de la obra de Dilthey,[69] autor a quien precisamente se conoció en México desde antes del exilio español, gracias a las traducciones de la *Revista de Occidente.* Seguramente por ello se aseguró que su eco todavía no era estentóreo, a pesar de que era el autor más importante de la segunda mitad del siglo XIX.[70]

A pesar del alejamiento de México de Medina Echavarría, de la muerte de Ímaz en 1951, del retiro de Gaos y del regreso de Roces a España, su colaboración como traductores del Fondo y como coordinadores de colección es una de las mayores contribuciones que haya habido a las

humanidades y ciencias sociales en lengua española. Su efecto, obviamente, no se redujo a México. Recuérdese que el Fondo estableció una filial en Buenos Aires en 1945, desde donde se distribuían sus libros para el resto de los países sudamericanos;[71] considérense además los muchos testimonios de españoles que aseguran haberse formado durante el franquismo con libros del Fondo adquiridos en forma esporádica o claramente clandestina.[72]

Según Alfonso Reyes, la labor editorial de los primeros años del Fondo de Cultura Económica produjo, en términos platónicos, un auténtico "banquete", al posibilitar el conocimiento de numerosos temas inéditos tratados por autores ignorados. También podría parafrasearse a un Nobel, pues gracias al Fondo de Cultura y a la extenuante labor de los exiliados españoles dedicados a la traducción, la vida intelectual del México de los años cuarenta del siglo XX fue "una fiesta".[73] Más que eso, es incuestionable que el proyecto orteguiano de europeización intelectual de España se realizó, en forma paradójica e imprevista, en México, y que, además, luego se expandió a todo el mundo hispanoamericano.[74] Paradójicamente, desde un punto de vista estrictamente comercial, el Fondo de Cultura Económica se benefició enormemente de la crisis que en el ámbito editorial supuso el régimen franquista, desde sus inicios hasta su final.

Por si todo esto fuera poco, la asociación del Fondo con La Casa de España y El Colegio de México, así como con la UNAM, permite asegurar que gracias a esta conjunción de instituciones y proyectos pudieron profesionalizarse las ciencias sociales y las humanidades en México, y luego en todo el ámbito hispano. El oportuno y atinado proyecto inicial de Cosío Villegas, limitado a la economía, palidece frente a lo que el Fondo de Cultura Económica hizo gracias a la llegada de los intelectuales españoles exiliados, y a que La Casa de España y El Colegio de México carecieran de instalaciones propias y tuvieran que pedir posada al Fondo. En síntesis, los trasladados resultaron ser los mejores trasladadores. Por ello, se vaticinó que las "monumentales" traducciones de Ímaz, Millares Carlo y Roces, así como de varios más, terminarían por hacerlos "famosos", pues son de las "que cuentan en las historias de la cultura".[75] Así, gracias a todos ellos el

Fondo tuvo un “papel señero” en la modernización cultural de México.[76] Ocurrencias aparte, y sin tratarse de un supuesto error patronímico inicial, el Fondo de Cultura Económica se convirtió en un fondo de cultura ecuménica.[77]

La Cenicienta

El Fondo fue una editorial creada para mejorar el conocimiento de la economía en México, que pronto se transformó en una editorial académica dedicada a las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, como si este cambio no hubiera sido mayúsculo, auténticamente proteico, el Fondo tuvo al principio una tercera naturaleza, aunque ciertamente menor; más que eso, velada, entre clandestina y vergonzante.

Era obvio que varios de los españoles que llegaron a México en busca de refugio y cobijo, y que se vincularon al Fondo de Cultura Económica, o a La Casa de España y a El Colegio de México, eran escritores, particularmente poetas. La lista no pretende ser exhaustiva, pero no puede ser olvidada gente como León Felipe, Pedro Garfias o Max Aub, Josep Carner, Enrique Díez-Canedo, Juan José Domenchina,[1] su esposa Ernestina de Champourcin[2] y Paco Giner de los Ríos.[3]

Al respecto las preguntas relevantes son: ¿dónde publicaron todos ellos su producción literaria? ¿Lo hicieron en una colección especial del propio Fondo de Cultura Económica? ¿Fundaron otras editoriales para dar cabida a sus páginas estrictamente literarias? ¿Las publicaron en editoriales previamente constituidas? Un número tan amplio de preguntas obliga a un número mayor de respuestas. Para comenzar, es preciso señalar que en el Fondo se creó una colección, Tezontle, de difícil adjudicación, entre abiertamente compartida o solapadamente endosada a La Casa de España y luego a El Colegio de México. Considérese que la colección Tezontle se creó desde una fecha tan temprana como 1940,[4] pero con la siguiente peculiaridad: se dice que su nombre es producto de un error, pues el plan

original era llamarla *Centzontle,* nombre más apropiado para una colección de poesía: si Tezontle es el nombre náhuatl para una piedra rojiza de origen volcánico y muy abundante en el centro del país, Centzontle es el nombre azteca de un pajarillo que se distinguía por la variedad incontable —al menos cuatrocientos— de sus trinos.[5]

Otra particularidad era que los libros de la colección Tezontle “se hacían” en el Fondo “pero no llevaban su pie de imprenta”. En efecto, el Fondo aportaba “parte de los costos” y se hacía cargo de su producción y distribución. Con los años la colección Tezontle[6] se integraría cabalmente a la editorial, pero en realidad había nacido “como un apoyo a los escritores”, aunque durante los años iniciales dicho apoyo fue más bien velado. No hay duda alguna: era “la Cenicienta” dentro de las colecciones del Fondo, no obstante que en ella publicaron los poetas León Felipe, Emilio Prados, Pedro Garfias y Paco Giner de los Ríos, el prosista Max Aub y el ensayista Eugenio Ímaz, así como los escritores mexicanos Carlos Pellicer y Alfonso Reyes.[7] No sobra puntualizar que el responsable inicial de la colección fue Giner de los Ríos. Si el sucesor de Cosío Villegas en la dirección, don Arnaldo Orfila, la encontró “un poco colateral de la obra básica del Fondo”,[8] con el tiempo pudo consolidarse, aunque por muchos años padeció una evidente desubicación;[9] incluso podría decirse menosprecio. Más que una colección bien organizada era una especie de “cajón de sastre”, de miscelánea, lo que acaso explique su falta de identidad y ubicación, pero también su riqueza y prestigio: en ella luego tendrían cabida escritores como Manuel Altolaguirre, Manuel Andújar, Agustí Bartra, Luis Cernuda, e incluso los jóvenes Tomás Segovia y Ramón Xirau. En Tezontle apareció *Libertad bajo palabra,* de Octavio Paz, para muchos el libro de poesía mexicana más importante de la segunda mitad del siglo XX, pero cuya primera edición fue financiada por el propio Paz y El Colegio de México, por decisión de Alfonso Reyes.[10]

¿Cuál fue la razón por la que en sus inicios el Fondo de Cultura Económica publicara tan poca literatura de creación, y para colmo lo hiciera de manera soterrada? Sobre todo, ¿cómo explicar dicha actitud si contaba entre sus colaboradores a notables escritores? Pienso, para comenzar, en

Paco Giner, miembro del Departamento Técnico y responsable de la serie Tezontle, a la que al principio le quedaba grande el nombre de colección. Octavio Paz alguna vez aseguró, más con encono que con información precisa, que la explicación de esa actitud era, simplemente, que Cosío Villegas "no amaba la literatura".[11] La acusación resulta atrevida si se recuerda que en sus mocedades Cosío Villegas intentó ser escritor, bajo la influencia de Azorín y de Juan Ramón Jiménez, y con la guía de Pedro Henríquez Ureña, y que llegó a publicar en 1922 un libro de creación literaria titulado *Miniaturas mexicanas.*[12]

Más que esa supuesta pobreza cultural de Cosío Villegas, es más probable que éste, hombre rígido e inflexible, tan sólo buscara imponer orden, con apego al proyecto de que el Fondo fuera una editorial académica especializada en los campos de la economía, las ciencias sociales y las humanidades.[13] De hecho, si se revisa el listado de lo publicado por La Casa de España y por El Colegio de México a principios de los años cuarenta, se verá claramente que estas instituciones, cuyo secretario era el mismo Cosío Villegas y que compartían laboralmente con el Fondo a escritores como León Felipe, Giner, Domenchina y Carner, entre otros, desarrollaron una especie de catálogo editorial complementario y paralelo. Más que un asunto de incultura, se trató de un tema de orden editorial y de especialización académica. En efecto, si uno revisa lo publicado por estas instituciones entre 1939 y 1948, quedarán claras las diferencias entre los proyectos editoriales de estas dos instituciones del que asignó Cosío Villegas al Fondo.[14] No sólo se trataba de que la colección Tezontle publicara a los escritores, lo que hizo con amplitud: en esos diez años León Felipe publicó tres poemarios, mismo número de libros que publicaron Enrique Díez-Canedo y José Moreno Villa, siendo superados incluso por los siete de Max Aub y los ocho de Alfonso Reyes. De haber publicado todos estos libros en el Fondo se hubiera roto su fino balance editorial y, sobre todo, su claro proyecto académico. Más aún, y para confirmar que no se trataba de una supuesta fobia de Cosío Villegas contra la literatura, debe repararse que tampoco permitió que se publicaran en el Fondo las obras de los clásicos grecolatinos ni sus propias obras los científicos sociales y los

humanistas. Puesto que el Fondo había sido creado para traducir autores extranjeros, José Gaos, Juan David García Bacca, Vicente Herrero, Eugenio Ímaz, Javier Márquez y Manuel Pedroso publicaron sus propios libros en La Casa o en El Colegio.[15]

Riguroso hombre de empresa, es previsible también que no permitiera a los escritores del exilio descuidar sus responsabilidades institucionales y laborales, orillándolos, más bien, a que publicaran su propia obra en las editoriales dedicadas a literatura que empezaron a crearse simultánea y paralelamente.[16] La más importante fue la Editorial Séneca, fundada desde octubre de 1939 por José Bergamín, con el apoyo del poeta Emilio Prados —que también colaboraría en la importante revista *Cuadernos Americanos* —, el canónigo y filósofo gaditano José María Gallegos Rocafull y el pintor Manuel Rodríguez Luna para el diseño y las ilustraciones de sus libros. En buena medida heredera de *Cruz y Raya,* revista madrileña publicada antes de la Guerra Civil, entre sus principales publicaciones destacaron *El Quijote,* editado por Agustín Millares Carlo, las obras completas de Antonio Machado, al cuidado de Emilio Prados, y una antología de la poesía moderna en lengua española, la célebre *Laurel,* preparada por el propio Prados y Juan Gil Albert, con la colaboración de los mexicanos Xavier Villaurrutia y Octavio Paz, entonces de 27 años.

Desafortunadamente, la vida de la Editorial Séneca no duró más de diez años, brevedad que se explica por los conflictos que tuvo —estéticos, políticos y personales—, la mayoría provocados por el propio Bergamín.[17] Resultaba previsible, por el número de intelectuales españoles que se refugiaron en México,[18] que se crearían otras editoriales dedicadas a la literatura, como Leyenda, vinculada a Juan Rejano, o Atlántida y Nueva España, ambas dedicadas a la edición de clásicos de la literatura mundial, como Flaubert y Próspero Mérimée o *Las mil noches y una noche,* e incluso el *Cantar de los cantares,* con la traducción y glosa de Fray Luis de León, un prólogo de Enrique Díez-Canedo e ilustraciones del pintor madrileño también exiliado José Bardasano. Otra editorial importante creada por los exiliados fue Atlante, que aunque especializada en ciencia y tecnología,[19] hizo algunas publicaciones humanísticas de gran importancia: el socorrido

Diccionario de filosofía, de José Ferrater Mora, y en 1941 la *Antología de la poesía española contemporánea,* preparada por Juan José Domenchina, la que para muchos era complementaria o competencia de *Laurel,* a pesar de que ésta tuvo mucha mayor repercusión.

Con todo, la obra literaria de los escritores del exilio se expresó sobre todo en revistas creadas al efecto,[20] como *España Peregrina, Las Españas, Litoral, Romance, Tierra Nueva* y *Ultramar,* entre muchas otras, todas ellas de nombres tan ocurrentes como significativos.[21] Obviamente, las afiliaciones no eran tajantes, y algunos de los que colaboraron en el Fondo también lo hicieron con otras editoriales, o con alguna revista. Un caso emblemático fue Julián Calvo, miembro del Departamento Técnico y corresponsable de la colección de Economía, quien al mismo tiempo fue colaborador de *Ultramar* y de *Las Españas*, y secretario de *Litoral.*[22] El caso de Calvo permite afirmar que el Fondo fue primero una editorial de economía, y luego de ciencias sociales, en la que varios de los principales colaboradores eran escritores de creación y humanistas típicos. La falta de científicos sociales profesionales y la situación económica de los involucrados en aquella aventura intelectual forzaron este trasiego, y no sólo durante los años inmediatamente posteriores a la llegada de los exiliados españoles. Véase el caso del poeta Giner de los Ríos, quien trabajó varios años en el Departamento Técnico, tradujo a Comte y colaboraba en la revista *Litoral,* con su amigo Julián Calvo, para luego terminar dedicándose por entero a la economía. En efecto, a principios del decenio de los cincuenta Giner se trasladó a Santiago de Chile, para trabajar como traductor en la CEPAL. No sólo dejó México; también abandonó la poesía: "ya que no puedo escribir más poemas", pidió a sus amigos mexicanos que ahora lo consideraran un "traductor de economía". En efecto, por esos tiempos emprendió, acaso aconsejado por Julián Calvo, años atrás colaborador en la colección de Economía, otro proyecto mayúsculo del Fondo: la edición y traducción de ocho volúmenes de escritos y cartas de David Ricardo, compromiso que amenazaba con producirles "bastantes dolores de cabeza".[23] No hay duda: los problemas

resultaron más graves, por lo que Giner de los Ríos pronto dejó el proyecto de editar a David Ricardo.[24]

Fue enorme la actividad editorial desarrollada por los españoles del exilio. Sin embargo, su obra de mayor envergadura fue, sin duda alguna, la reorientación y redimensionamiento del Fondo de Cultura Económica. Gracias a la colaboración de ambas instancias, la institución mexicana y los propios exiliados, el idioma castellano pudo expresar, hacer suyo, lo más importante del pensamiento occidental, tanto en sus fundamentos clásicos como en los autores, corrientes y escuelas de pensamiento que impulsaban la modernización del mundo, proceso de apropiación y difusión iniciado en España a principios del siglo XX a través de la Junta para Ampliación de Estudios y de la *Revista de Occidente;*[25] esto es, de gente como Ramón y Cajal y Ortega y Gasset. En efecto, en México terminó por hacerse "lo que los republicanos españoles queríamos hacer en aquella España".[26]

Sin embargo, la obra del Fondo fue más de ampliación y diversificación que de mera continuidad. A diferencia de las empresas orteguianas, el Fondo dio gran impulso al conocimiento de la economía y a la difusión del marxismo. Además, los proyectos de la Institución Libre de Enseñanza, de la Junta para Ampliación de Estudios y del movimiento regeneracionista español, tenían a la Península como límite geográfico. En cambio, el Fondo tuvo desde muy pronto un horizonte más amplio, que alcanzaba todo el ámbito hispanoamericano. Una última diferencia: en *Revista de Occidente* prevaleció la revista, prácticamente extinguiéndose la publicación de libros; en el Fondo el proceso fue el inverso.[27]

Con todo, es preciso insistir en que fueron procesos muy similares, incluso hermanados a través de varios proyectos y de numerosas personas. Sí, en esta historia se imbricaron la crisis del 98, la Revolución mexicana, la crisis económica internacional del 29, la Segunda República, la Guerra Civil española y, por último, el exilio de 1939. Sobre todo, fue notablemente positivo algo que al principio se percibió como negativo: que La Casa de España no contara con instalaciones, por lo que sus miembros tuvieron que trabajar en espacios y locales del Fondo, y que ambas empresas estuvieran vinculadas a través de Cosío Villegas. Gracias a esta

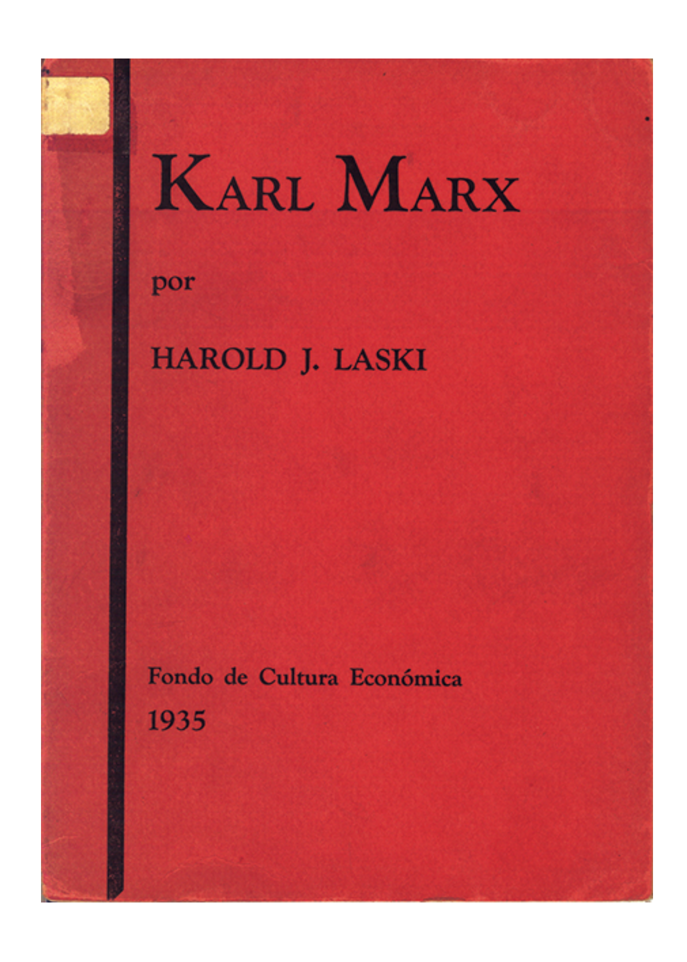
doble contingencia el Fondo de Cultura Económica mereció cambiar su nombre al de Fondo de Cultura *Ecuménica*. Fue así como se trasladaron al español los principales libros de las ciencias sociales y humanidades, y fue así como el idioma español hizo suyos a los tres principales pensadores del mundo, pues tanto el cuarto —Nietzsche— como el quinto —Freud— ya habían sido editados en España y comenzaban a ser publicados en Argentina.[28] Sí, esta historia es una prueba más de que en los procesos históricos pueden influir las menospreciadas contingencias, y que el espíritu humano, cuando se fija objetivos positivos, es capaz de vencer las peores adversidades. La labor del Fondo, repítase por última vez, fue más que admirable, pues fue hecha en un momento en el que la cultura mundial se bamboleaba, presa de terribles amenazas. Gracias a dicha labor los intelectuales mexicanos, y luego todos los latinoamericanos, podrían finalmente participar "en la tarea cultural que antes parecía ser privativa de Europa".[29] No cabe la menor duda: la puesta en español a mediados del siglo XX del mejor pensamiento universal es uno de los grandes procesos de la historia intelectual hispanoamericana.

William P. Shea

EL DOLAR PLATA

Fondo de Cultura Económica

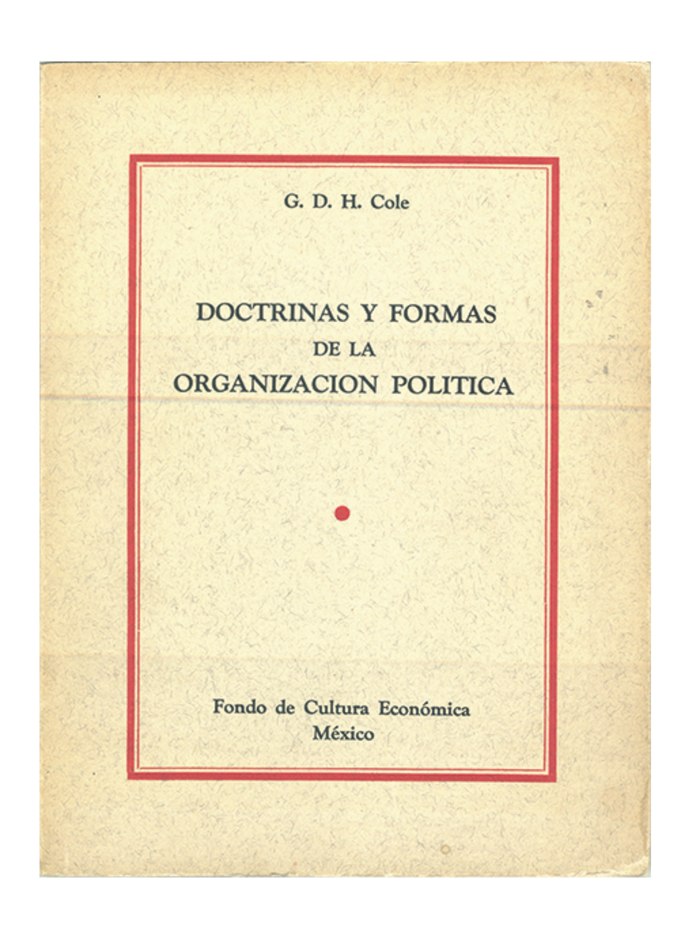
1935



En 1935 aparecieron los dos primeros libros del Fondo de Cultura Económica: *El dólar plata*, de William P. Shea, en traducción de Salvador Novo, y el *Karl Marx*, de Harold Joseph Laski, traducido por Antonio Castro Leal.



Antonio Castro Leal, en fotografía de los años sesenta.



En 1937 el Fondo publicó su primer libro no económico: *Doctrinas y formas de la organización política*, de G. D. H. Cole, traducido por Alfonso Reyes.

MAURICE DOBB
Conferencista de Economía en la Universidad de Cambridge

UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA

Traducción de
Antonio Castro Leal



Fondo de Cultura Económica
MEXICO
Madero, 32
1938

ANIBAL PONCE

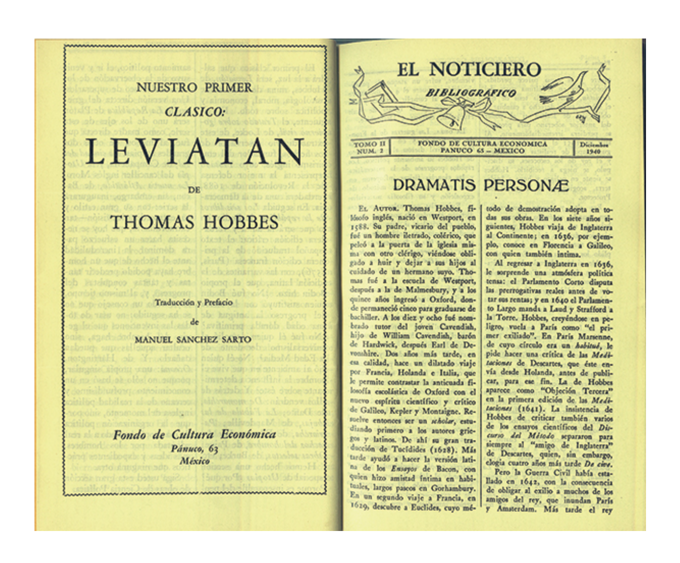
DOS HOMBRES: MARX, FOURIER

Fondo de Cultura Económica
México

Una introducción a la economía, de Maurice Dobb, traducido por Antonio Castro Leal, fue publicado en 1938, al igual que la obra *Dos hombres: Marx, Fourier*, del pedagogo argentino Aníbal Ponce.



Daniel Cosío Villegas con exiliados españoles en fotografía de 1938. Izquierda, al frente: Isaac Costrero, Cosío Villegas y José Moreno Villa; al centro, de izquierda a derecha: Jesús Bay y Gay, José Gaos, Gustavo Baz Prada, Juan de la Encina y León Felipe; extrema derecha: Enrique Díez-Canedo y Eduardo Villaseñor.



NUESTRO PRIMER

CLASICO:

LEVIATAN

DE

THOMAS HOBBES

Traducción y Prefacio
de
MANUEL SANCHEZ SARTO

Fondo de Cultura Económica
Pánuco, 63
México

EL NOTICIERO

BIBLIOGRAFICO

TOMO II NUM. 2	FONDO DE CULTURA ECONOMICA PANUCO 63 – MEXICO	Diciembre 1940

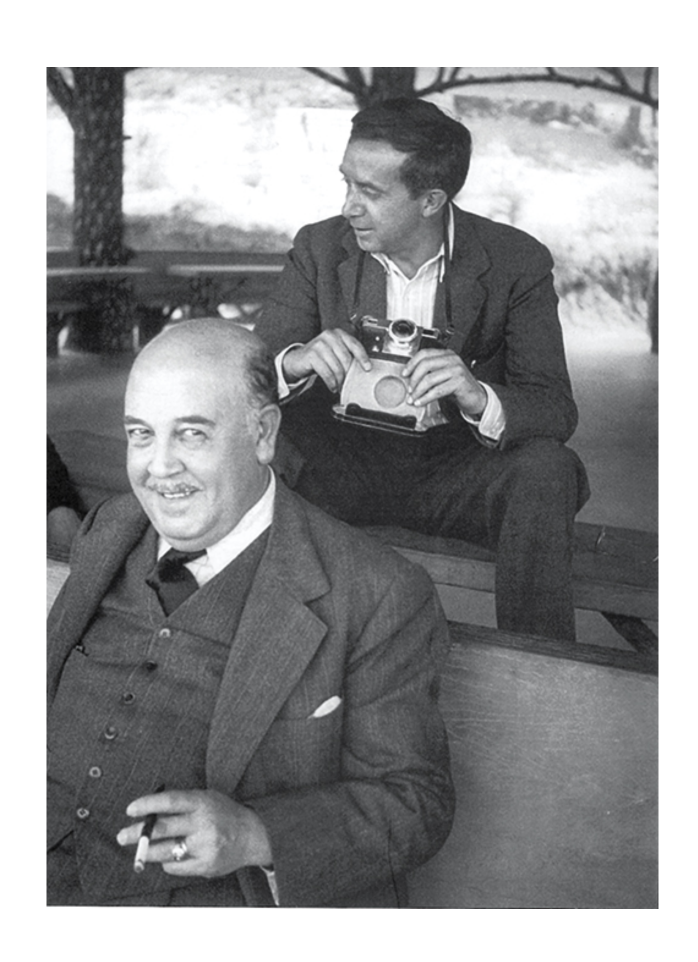
DRAMATIS PERSONÆ

EL AUTOR. Thomas Hobbes, filósofo inglés, nació en Westport, en 1588. Su padre, vicario del pueblo, fué un hombre iletrado, colérico, que peleó a la puerta de la iglesia misma con otro clérigo, viéndose obligado a huir y dejar a sus hijos al cuidado de un hermano suyo. Thomas fué a la escuela de Westport, después a la de Malmesbury, y a los quince años ingresó a Oxford, donde permaneció cinco para graduarse de bachiller. A los diez y ocho fué nombrado tutor del joven Cavendish, hijo de William Cavendish, barón de Hardwick, después Earl de Devonshire. Dos años más tarde, en esa calidad, hace un dilatado viaje por Francia, Holanda e Italia, que le permite contrastar la anticuada filosofía escolástica de Oxford con el nuevo espíritu científico y crítico de Galileo, Kepler y Montaigne. Resuelve entonces ser un *scholar*, estudiando primero a los autores griegos y latinos. De ahí su gran traducción de Tucídides (1628). Más tarde ayudó a hacer la versión latina de los *Ensayos* de Bacon, con quien hizo amistad íntima en habituales, largos paseos en Gorhambury. En un segundo viaje a Francia, en 1629, descubre a Euclides, cuyo método de demostración adopta en todas sus obras. En los siete años siguientes, Hobbes viaja de Inglaterra al Continente; en 1636, por ejemplo, conoce en Florencia a Galileo, con quien también intima.

Al regresar a Inglaterra en 1636, le sorprende una atmósfera política tensa: el Parlamento Corto disputa las prerrogativas reales antes de votar sus rentas; y en 1640 el Parlamento Largo manda a Laud y Strafford a la Torre. Hobbes, creyéndose en peligro, vuela a París como "el primer exiliado". En París Marsenne, de cuyo círculo era un *habitué*, le pide hacer una crítica de las *Meditaciones* de Descartes, que éste envía desde Holanda, antes de publicar, para ese fin. La de Hobbes aparece como "Objeción Tercera" en la primera edición de las *Meditaciones* (1641). La insistencia de Hobbes de criticar también varios de los ensayos científicos del *Discurso del Método* separaron para siempre al "amigo de Inglaterra" de Descartes, quien, sin embargo, elogia cuatro años más tarde *De cive*.

Pero la Guerra Civil había estallado en 1642, con la consecuencia de obligar al exilio a muchos de los amigos del rey, que inundan París y Amsterdam. Más tarde el rey

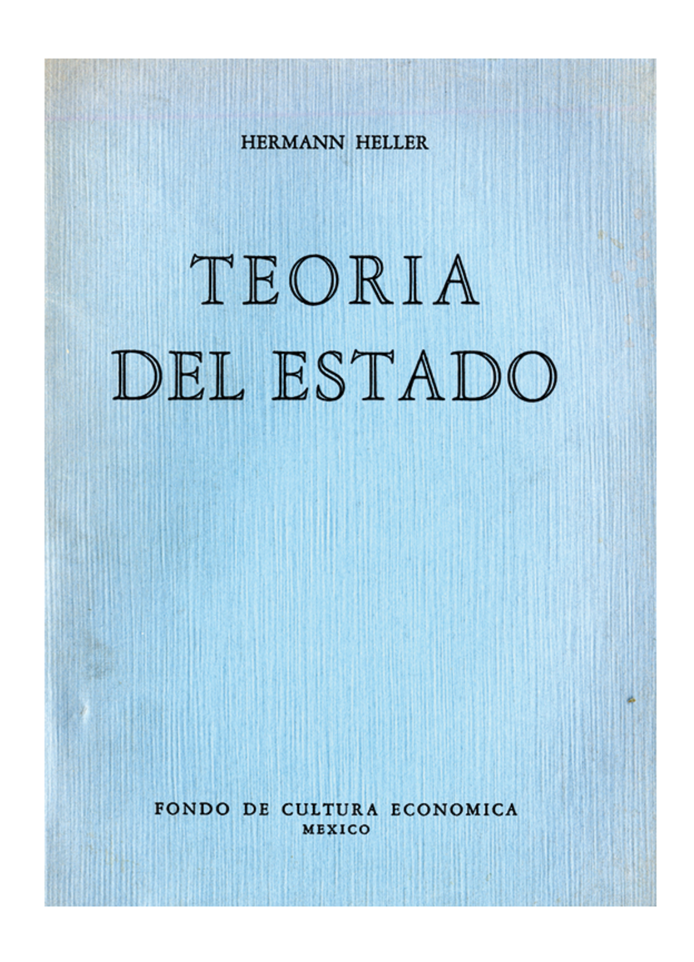
Portadilla de *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, de Thomas Hobbes, traducida por Manuel Sánchez Sarto, que se publicó en 1940.



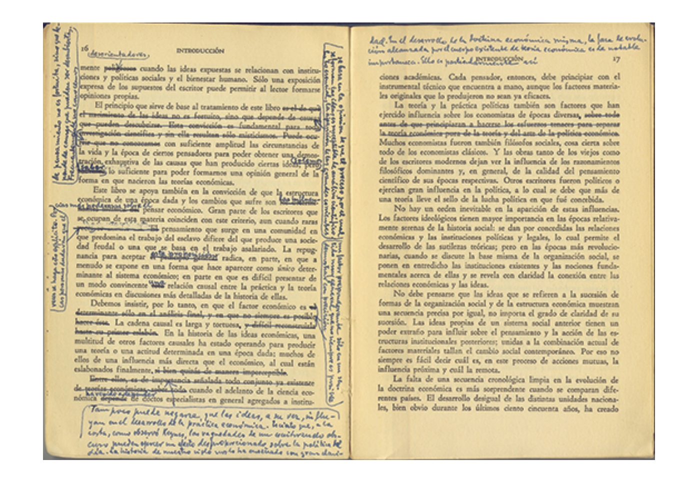
Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, en fotografía de 1940.



Francisco Giner de los Ríos y María Luisa Díez-Canedo, hija de Enrique Díez-Canedo.



Traducida por Luis Tobio, *Teoría del Estado,* de Hermann Heller, se publicó en 1942.



16 INTRODUCCIÓN

mente peligrosas cuando las ideas expuestas se relacionan con instituciones y políticas sociales y el bienestar humano. Sólo una exposición expresa de los supuestos del escritor puede permitir al lector formarse opiniones propias.

El principio que sirve de base al tratamiento de este libro es el de que el nacimiento de las ideas no es fortuito, sino que depende de causas que pueden descubrirse. Esta convicción es fundamental para toda investigación científica y sin ella resultan sólo misticismos. Puede ocurrir que no conozcamos con suficiente amplitud las circunstancias de la vida y la época de ciertos pensadores para poder obtener una demostración exhaustiva de las causas que han producido ciertas ideas, pero sabemos lo suficiente para poder formarnos una opinión general de la forma en que nacieron las teorías económicas.

Este libro se apoya también en la convicción de que la estructura económica de una época dada y los cambios que sufre son los fundamentos del pensar económico. Gran parte de los escritores que se ocupan de esta materia coinciden con este criterio, aun cuando raras [illegible]. El pensamiento que surge en una comunidad en que predomina el trabajo del esclavo difiere del que produce una sociedad feudal o una que se basa en el trabajo asalariado. La repugnancia para aceptar el principio general radica, en parte, en que a menudo se expone en una forma que hace aparecer como único determinante al sistema económico; en parte en que es difícil presentar de un modo convincente una relación causal entre la práctica y la teoría económicas en discusiones más detalladas de la historia de ellas.

Debemos insistir, por lo tanto, en que el factor económico es el determinante sólo en el análisis final, y en que no siempre es posible hacer ésto. La cadena causal es larga y tortuosa, y difícil reconstruirla hasta su primer eslabón. En la historia de las ideas económicas, una multitud de otros factores causales ha estado operando para producir una teoría o una actitud determinada en una época dada: muchos de ellos de una influencia más directa que el económico, al cual están eslabonados finalmente, si bien quizás de manera imperceptible.

Entre ellos, es de importancia señalada todo conjunto ya existente de teorías económicas, sobre todo cuando el adelanto de la ciencia económica depende de doctos especialistas en general agregados a institu-

INTRODUCCIÓN 17

ciones académicas. Cada pensador, entonces, debe principiar con el instrumental técnico que encuentra a mano, aunque los factores materiales originales que lo produjeron no sean ya eficaces.

La teoría y la práctica políticas también son factores que han ejercido influencia sobre los economistas de épocas diversas, sobre todo antes de que principiaran a hacerse los esfuerzos tenaces para separar la teoría económica pura de la teoría y del arte de la política económica. Muchos economistas fueron también filósofos sociales, cosa cierta sobre todo de los economistas clásicos. Y las obras tanto de los viejos como de los escritores modernos dejan ver la influencia de los razonamientos filosóficos dominantes y, en general, de la calidad del pensamiento científico de sus épocas respectivas. Otros escritores fueron políticos o ejercían gran influencia en la política, a lo cual se debe que más de una teoría lleve el sello de la lucha política en que fué concebida.

No hay un orden inevitable en la aparición de estas influencias. Los factores ideológicos tienen mayor importancia en las épocas relativamente serenas de la historia social: se dan por concedidas las relaciones económicas y las instituciones políticas y legales, lo cual permite el desarrollo de las sutilezas teóricas; pero en las épocas más revolucionarias, cuando se discute la base misma de la organización social, se ponen en entredicho las instituciones existentes y las nociones fundamentales acerca de ellas y se revela con claridad la conexión entre las relaciones económicas y las ideas.

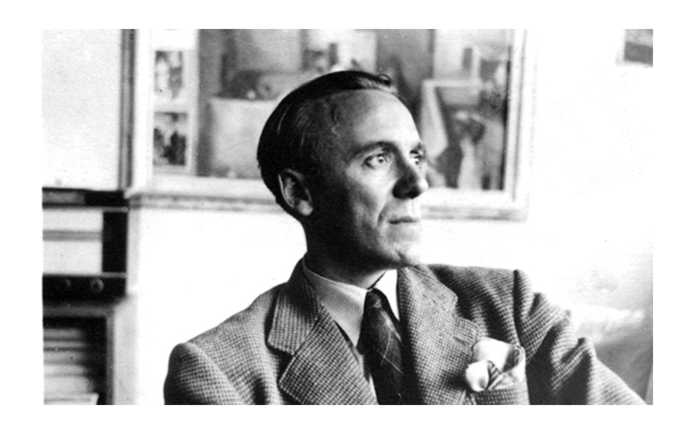
No debe pensarse que las ideas que se refieren a la sucesión de formas de la organización social y de la estructura económica muestran una secuencia precisa por igual, no importa el grado de claridad de su sucesión. Las ideas propias de un sistema social anterior tienen un poder extraño para influir sobre el pensamiento y la acción de las estructuras institucionales posteriores; unidas a la combinación actual de factores materiales tallan el cambio social contemporáneo. Por eso no siempre es fácil decir cuál es, en este proceso de acciones mutuas, la influencia próxima y cuál la remota.

La falta de una secuencia cronológica limpia en la evolución de la doctrina económica es más sorprendente cuando se comparan diferentes países. El desarrollo desigual de las distintas unidades nacionales, bien obvio durante los últimos ciento cincuenta años, ha creado

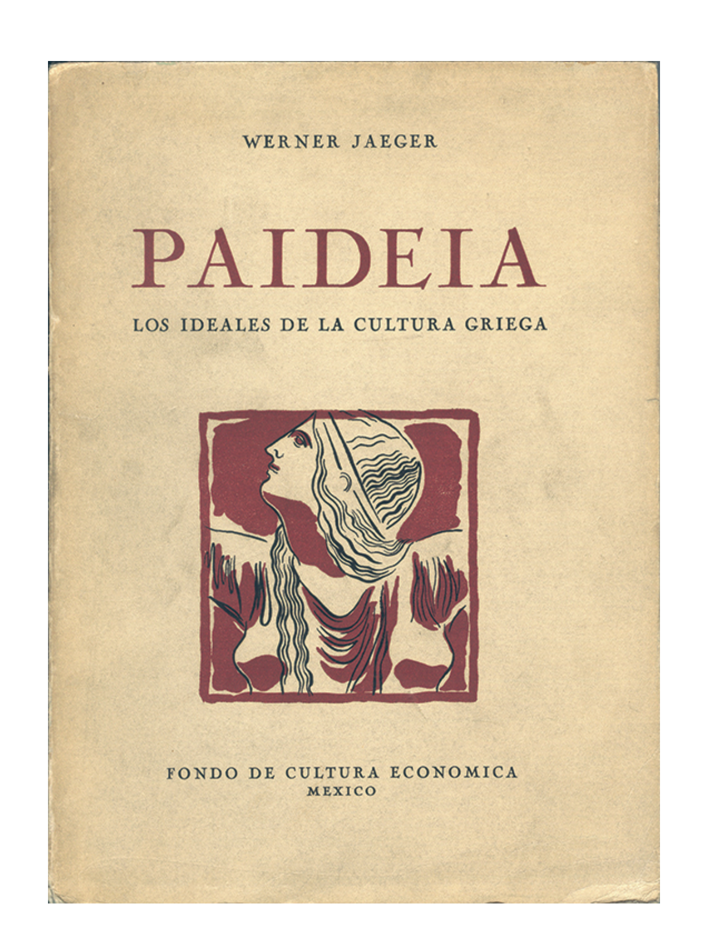
Primera edición de la *Historia de las doctrinas económicas*, de Eric Roll (traducción de Florentino Martínez Torner), corregida para la segunda edición.



Ernestina de Champourcin y su esposo, Juan José Domenchina, en fotografía de los años treinta.



Eugenio Ímaz.

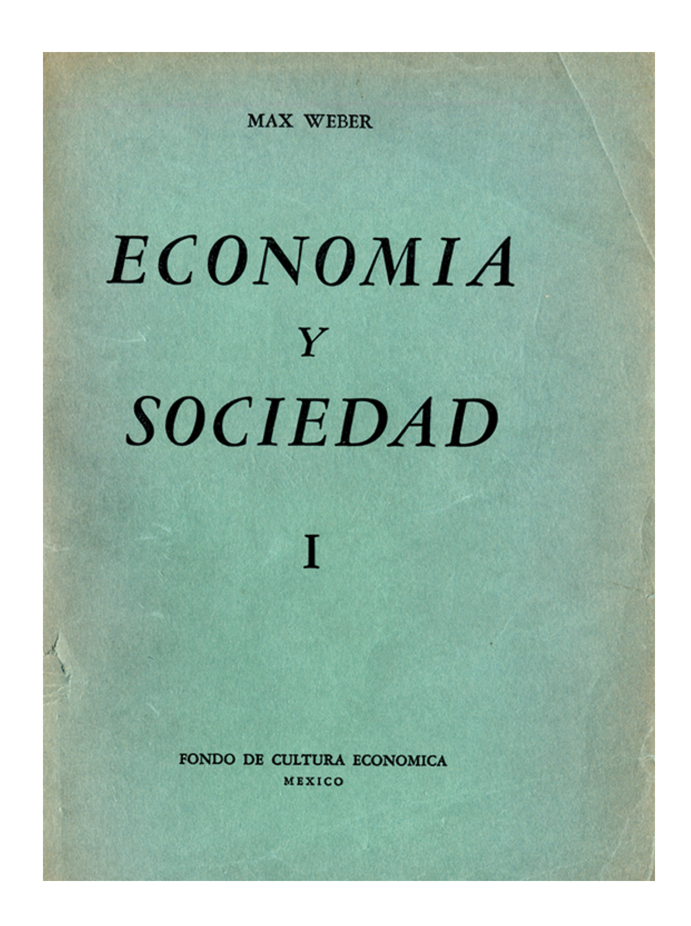


El tomo I de *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, de Werner Jaeger, en traducción de Joaquín Xirau y

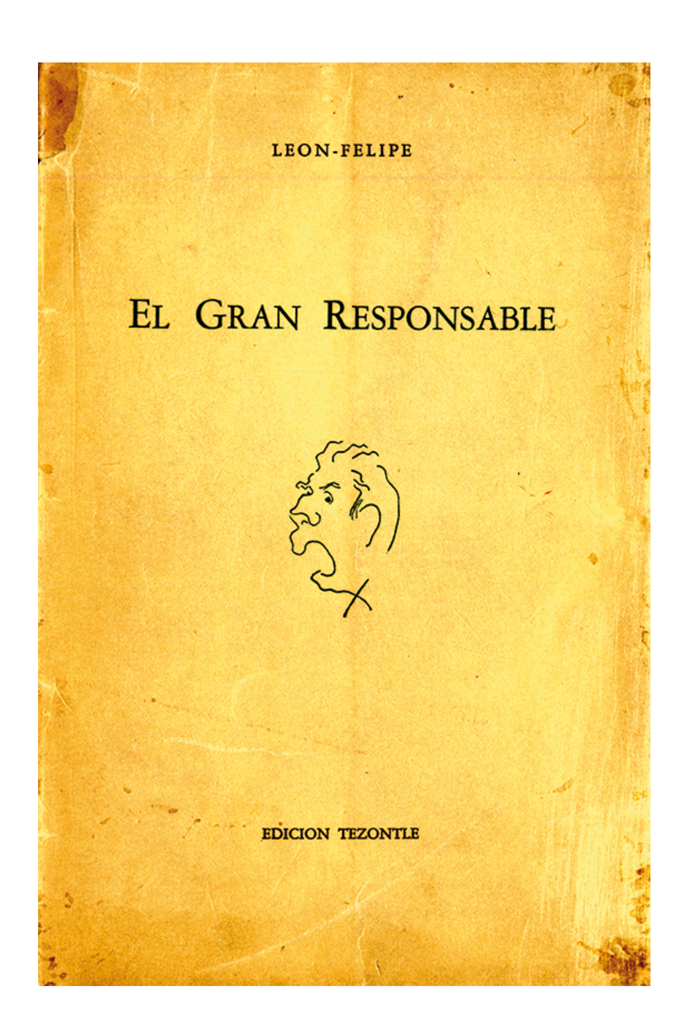
Wenceslao Roces, se publicó en 1942.



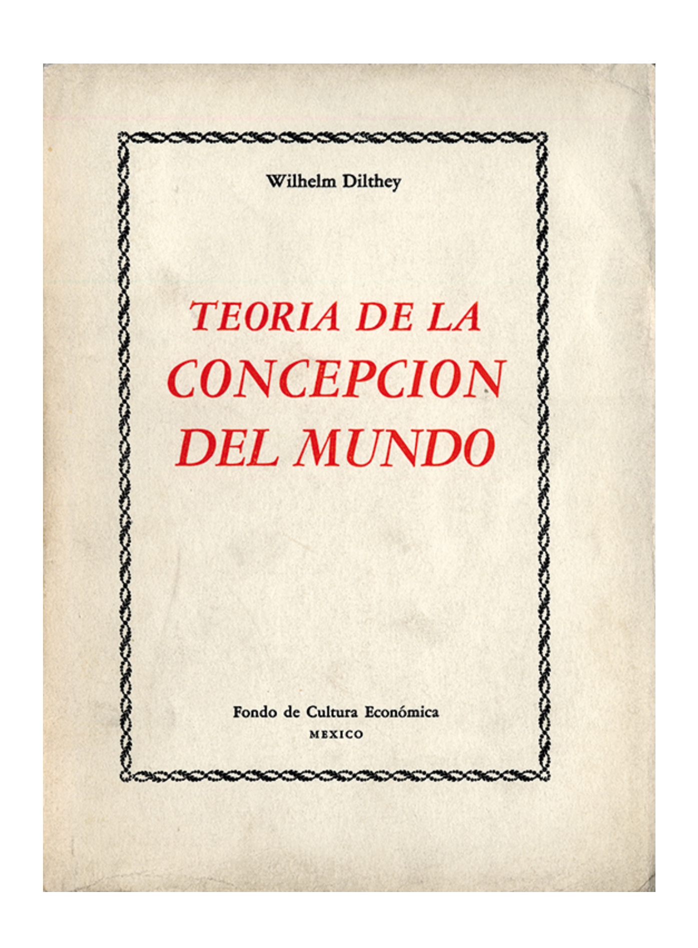
Wenceslao Roces y Carmen Dorronsoro, su esposa, en fotografía de 1947.



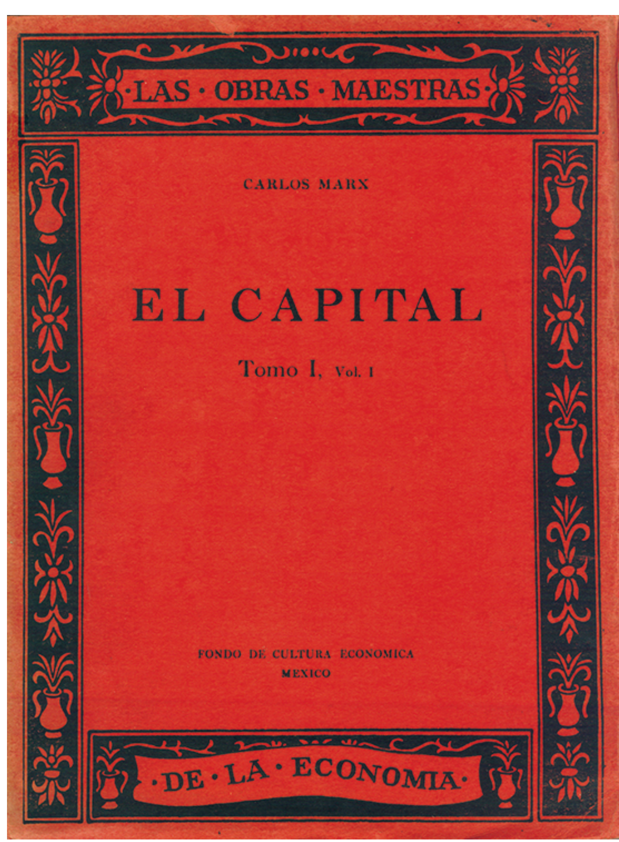
Producto de una labor colectiva de traducción de José Medina Echavarría, Juan Roura Parella y José Ferrater Mora, en 1944 el Fondo publicó *Economía y sociedad,* de Max Weber.

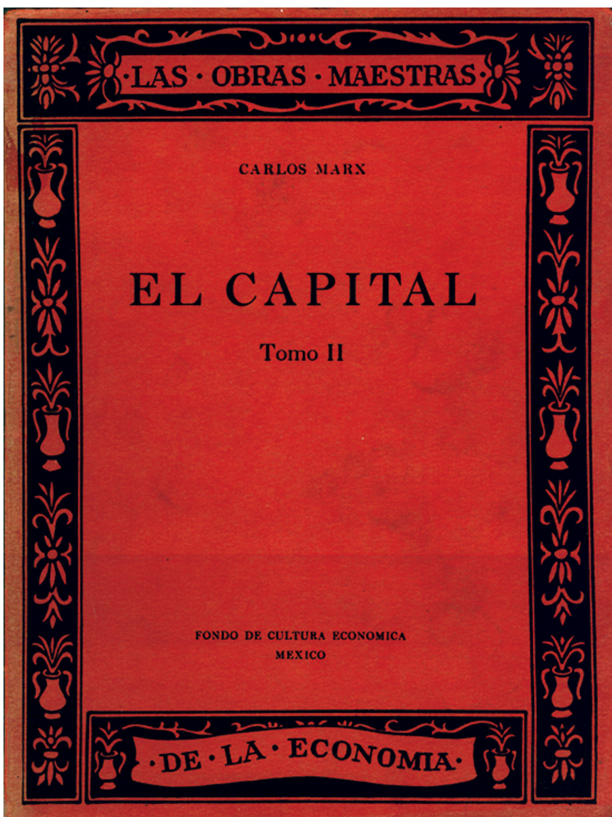


En la colección Tezontle aparecieron obras como *El gran responsable,* de León Felipe, publicada en 1940.



Eugenio Ímaz emprendió la traducción de las obras casi completas de Wilhelm Dilthey. Entre ellas, en 1945 apareció *Teoría de la concepción del mundo*.


·LAS · OBRAS · MAESTRAS·
CARLOS MARX
EL CAPITAL
Tomo I, Vol. I
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO
·DE · LA · ECONOMIA·


·LAS · OBRAS · MAESTRAS·
CARLOS MARX
EL CAPITAL
Tomo II
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO
·DE · LA · ECONOMIA·

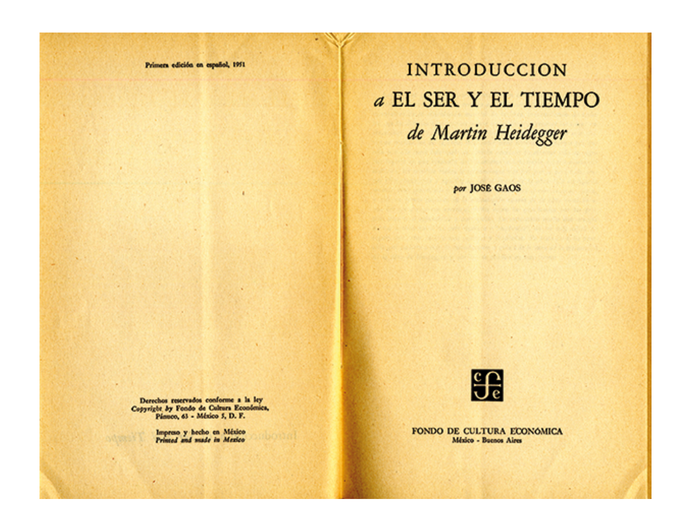
La obra emblemática de Karl Marx, *El capital*, fue publicada, en edición del Fondo y traducción de Wenceslao Roces, en 1946.



Francisco Giner de los Ríos, Bernardo Giner de los Ríos y Max Aub.



Pedro Henríquez Ureña.



Primera edición en español, 1951

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by Fondo de Cultura Económica,
Pánuco, 63 - México 5, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

INTRODUCCION
a EL SER Y EL TIEMPO
de Martin Heidegger

por JOSÉ GAOS

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México - Buenos Aires

En 1951 el Fondo publicó *El ser y el tiempo,* de Martin Heidegger, con traducción de José Gaos, al mismo

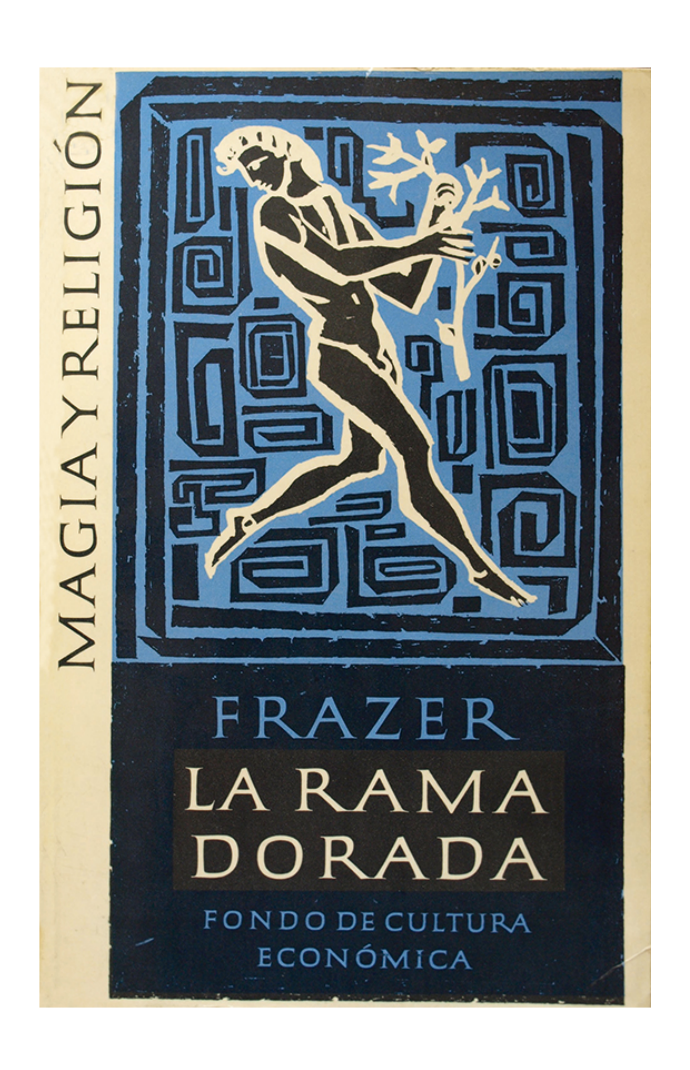
tiempo que apareció la introducción a esa obra, del mismo Gaos.



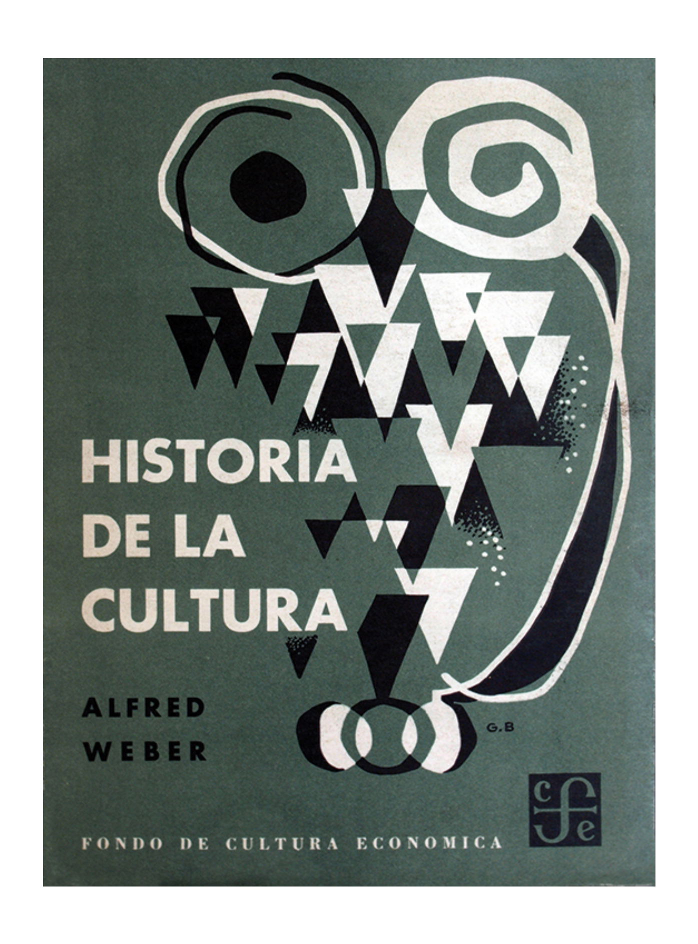
José Gaos y Juan David García Bacca.



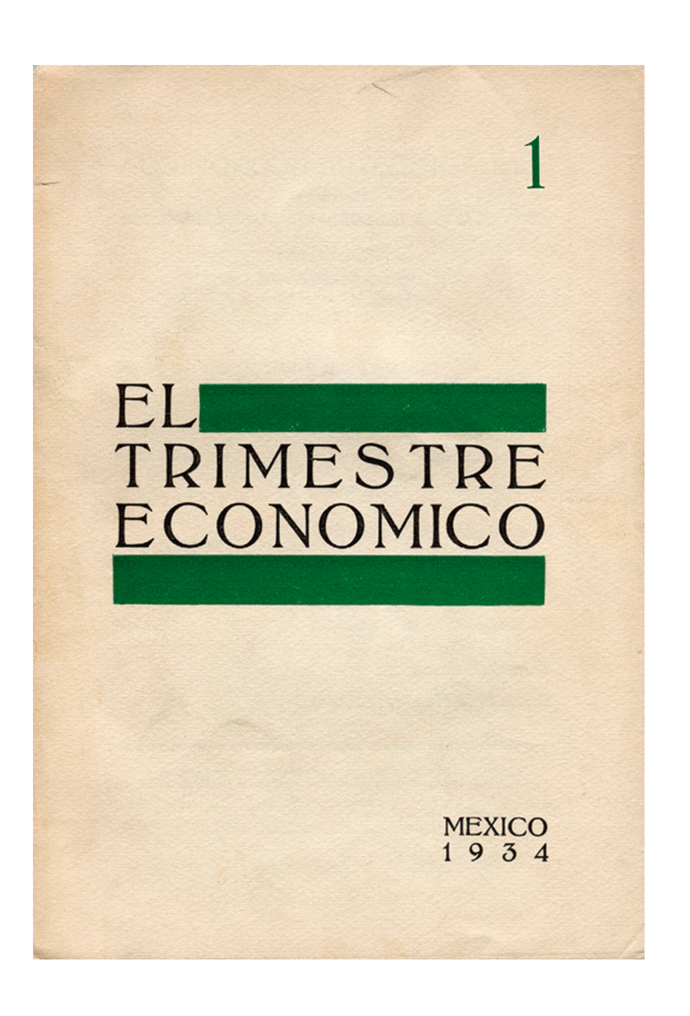
José C. Vázquez, Elsa Cecilia Frost y A. A. M. Stols, en labores editoriales del Fondo. Fotografía de finales de los años cincuenta.



Portada de la edición de 1979 de *La rama dorada*, de James George Frazer, cuya primera edición del Fondo apareció en 1944, primer libro de antropología de su catálogo.



Portada de la edición de 1960 de *Historia de la cultura*, de Alfred Weber, publicada en primera edición en 1941.



Portada de *El Trimestre Económico,*
núm. 1, 1934.

15 de abril de
1941

Sr. Don Pedro Enriquez Ureña,
Pueyrredon No. 1592
Buenos Aires, Argentina.

Mi querido Pedro:

Acabo de ver una foto tuya en Carteles, tomada en la primera de las cuatro conferencias que diste ahí. Ya reñiremos por esto. Por ahora, con prisa y angustia te escribo, pues desde ahora quiero echarte encima la responsabilidad de cien mil cosas que quiero hacer. - El 4 de mayo emprendo un viaje en avión por los siguientes países, en este orden: Costa Rica, Venezuela, Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Cuba. Mi viaje se relaciona con el Fondo de Cultura Económica y tiene, por un lado, fines comerciales, de venta de nuestros libros; pero principalísimamente con la hechura de libros originales, es decir, escritos por gente americana. Mis proyectos son estos: iniciar en enero de 1941 una nueva revista, igual a El Trimestre Económico, que ya conoces, solo que dedicada a suntos de política, nacional e internacional, y problemas sociales. Como si dijéramos una mezcla de foreign y human affairs. Pare ello necesitamos una lista de buenos colaboradores, pero principalísimamente de corresponsales o representantes en cada país, que dirijan el trabajo de los colaboradores. - Pregunta: ¿quiénes pueden ser esos correspjnsales? ¿a quién puedo dirigirme en cada país para averiguarlo? .- 2) Queremos hacer una serie de libros titulados El pensamiento social y político de América, por países: el de Argentina, el de Uruguay, etc., Libros cortos, claros, fáciles, de no más de 250 páginas. - Pregunta: ¿quiénes pueden ser los redactores de esos libros? ¿a quién puedo dirigirme en cada país para buscarlos?.- 3) Queremos también hacer una serie que se llamaría La América en el Mundo. también por países. Cada libro contendría el marco geográfico y humano en que se desenvuelve la historia de cada país; la historia misma -política y social; sus problemas actuales. - Pregunta: ,quiénes pueden ser los redactores de estos libros? ¿a quién me puedo dirigir para hallarlos? - 4) En fin, queremos ensayar un Home University Library (la inglesa, la recuerdas?) sobre América: una serie de volúmenes pequeños, redactados por buenas plumas, sobre los temas más diversos: La Flora de Colombia;La vida de Bolivar; La Literatura Argentina; etc., etc.-De nuevo:¿ con quién puedo hablar sobre estos proyectos?

Me urge mucho, muchísimo, que me escribas por aéreo diciéndome esto para los casos de Costa Rica, Venezuela y Brasil, países que visito primero que Argentina.

A las 14.45 del lunes 26 de mayo llegaré a Buenos Aires, en avión, procedente de Río, Si no tienes objeción que hacer, esa misma noche iré a cenar a tu casa, para hablar!

Mi querido Peter: con grandes abrazos anticipados, con el inmenso placer -ya- de poderte volver a ver,

tu amigo

#

DCV/lbc.

Carta de Daniel Cosío Villegas a
Pedro Henríquez Ureña, 1941.

Agosto 11 de 1951.

Sr. D. Jesús Silva Herzog,
Cuadernos Americanos,
Guatemala 42,
Ciudad.

Muy distinguido amigo:

A raíz del triste fin de nuestro amigo y compañero Eugenio Imaz, de un grupo de sus amigos surgió la iniciativa de recoger en un volumen sus trabajos y ensayos, publicados e inéditos, fruto de su labor intelectual en los últimos años, y poner el producto de dicha publicación a disposición de sus familiares para aliviar así de algún modo la penosa situación en que quedaban. Por indicación de quienes tomaron tal iniciativa, vengo actuando como coordinador y realizador de la misma.

Nuestro proyecto, ya en vías de realización, consiste en publicar un volumen de más de 300 páginas que con el título Luz en la caverna recoja los trabajos de Eugenio Imaz y pueda presentarse al público como edición de homenaje. De él se publicarán tres clases de ejemplares: unos, numerados, impresos en papel Chemalin y empastados, que se venderán exclusivamente por suscripción y al precio de $100.00 cada uno; otros, también numerados e impresos en papel Chamois, igualmente vendibles solo por suscripción, al precio de $50.00; y finalmente otros en papel Chebuco, sin numerar, que se venderán al público, por suscripción o libremente, a $20.00.

Nuestra iniciativa cuenta con la generosa cooperación de empresas como el Fondo de Cultura Económica, la Gráfica Panamericana, la Encuadernación Cabrera, etc., y de personalidades como don Alfonso Reyes y don José Gaos, que han querido escribir sendos prólogos a la obra. Por su parte, el extenso círculo de los amigos de Eugenio Imaz ha acogido el proyecto con generosidad y confianza, que se refleja en el importante número de ejemplares, de todas las clases, hasta ahora suscritos y pagados.

Como está a punto de comenzarse la impresión del libro y por tanto es necesario determinar el número de ejemplares de cada clase, nos hemos visto en el caso de fijar la fecha del 31 de agosto como límite para recibir suscripciones.

De antemano le expreso nuestra profunda gratitud por su cooperación y aprovecho la oportunidad para ofrecerme atenta y respetuosamente de usted,

Julián Calvo.

JC/mam.

Carta de Julián Calvo a Jesús Silva Herzog, 1951.

Las instituciones tienen infinitas formas de nacer: algunas han surgido como consecuencia de profundos conflictos sociales o bélicos; otras son producto de mentes lúcidas que señalaron la ruta para abrir nuevos caminos. A mediados del siglo pasado se gestaron en México dos criaturas intelectuales como inesperado fruto de la Guerra Civil española. A finales de la década de 1930 numerosos intelectuales fueron expulsados de la península ibérica y encontraron refugio en México, donde contribuyeron a la expansión del Fondo de Cultura Económica y al surgimiento de La Casa de España: dispuestas por Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, prensas y aulas se abrieron a los muchos académicos y pensadores trasterrados en nuestro país. Juntos pero sí revueltos, La Casa —que luego se convertiría en El Colegio de México— y el Fondo han contribuido desde entonces al estudio y la difusión de lo más sobresaliente del pensamiento moderno.

Javier Garciadiego, historiador y ex presidente de El Colegio de México, detalla aquí el origen y la consolidación de dos entidades cuyas relaciones han sido, a decir de Reyes, "íntimas y cordiales". El análisis de las traducciones publicadas en las principales colecciones del Fondo en sus años mozos —en particular las que Wenceslao Roces, José Medina Echavarría, José Gaos y Eugenio Ímaz hicieron de Marx, Weber, Heidegger y Dilthey, respectivamente— permite ver cómo la apertura intelectual iniciada en España por Ortega y Gasset tuvo un productivo eco en México. Este minucioso recuento retrata a los exiliados, su labor editorial, su compromiso con el pasado y el porvenir; por ello, constituye un homenaje a su abnegada y fértil labor.



El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

[1] Dice Miguel de Cervantes que leer una obra traducida es como mirar los tapices "por el revés". Cfr. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, parte II, cap. LXII.

[2] Fernández de Moratín practicaba su definición: a finales del siglo XVIII, en 1978, para ser preciso, tradujo *Hamlet;* aunque lo pasó a prosa, aspiraba "a la fidelidad" y a conservar su "hermosa cadencia verbal". Inició su traducción cuando radicó en Inglaterra, donde pudo ver representadas varias obras de Shakespeare sobre las que escribiría posteriormente. Significativamente, no dio a su labor traductora el mismo rango que a la autoral, pues su versión la publicó con el pseudónimo de Inarco Celenio. Cfr. Vicente Molina Foix, *Los amores de Shakespeare (sus primeras traducciones en España)*, Biblioteca Nacional de España, Madrid, 2016, pp. 5-6.

[3] *Traer* es una palabra que vincula los dos conceptos que nos ocupan: puede provenir del latín *trah re*, que significa "arrastrar", "conducir" o "trasladar", como puede proceder de *trad re*, que implica "conducir con engaño", incluso "entregar con traición": "me *traes* de allá para acá" o "me trajo a mal *traer*"; se usa también para referirse a alguien de mala intención: aquellas personas se las *traen.* Consúltese el *Diccionario de la lengua española*, en <www.rae.es>. Véase también Luis Fernando Lara (dir.), *Diccionario del español de México*, 2 vols., El Colegio de México, México, 2010.

[4] Gabriel Zaid, siempre atinado, entiende la doble naturaleza del traductor: "personaje fronterizo y bifronte, traedor de cosas que traiciona", porque las transforma, pero "con las cuales nos enriquece", permitiéndonos "apropiarnos de cosas ajenas". Epígrafe del libro *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, comp. de Elsa Cecilia Frost, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.

[5] Gonzalo Capellán, "Los forjadores de almas: el sueño institucionalista de regeneración y educación nacional", en VV. AA., *La Institución Libre de Enseñanza* y *Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas*, Acción

Cultural Española / Fundación Giner de los Ríos, Madrid, 2013, vol. 3, p. 26.

[6] Se conoció como "regeneracionismo" al movimiento ideológico español que surgió a finales del siglo XIX y principios del XX con el objetivo de superar los vicios políticos imperantes y el atraso económico. Sus impulsores fueron intelectuales y profesionistas de la clase media que propusieron mejorar la educación, reformar la economía, impulsar la riqueza pública, desarrollar los servicios del Estado e incrementar las relaciones con los principales países europeos. Véase Jaime Alvar Ezquerra (dir.), *Diccionario Espasa. Historia de España y América,* Espasa-Calpe, Madrid, 2002, p. 956.

[7] Consúltese José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después,* 2 t., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988, y José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.), *100 JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su Centenario,* 2 t., Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010.

[8] Véase José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural,* Cátedra, Madrid, 1983.

[9] Jean Bécarud, *Cruz y Raya (1933-1936),* Taurus, Madrid, 1969. Para *La Pluma,* véase Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940),* Taurus, Madrid, 2008, en particular el capítulo "Del Ateneo a *La Pluma* pasando por París", pp. 187-205.

[10] Para su labor, como dirigente de periódicos, véase Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset,* 2 t., Ediciones Rialp, Madrid, 1970.

[11] En realidad, primero se creó la Sociedad Calpe, en 1918, la que años después se asoció con la editorial catalana Espasa. La nueva empresa fue una de las más importantes editoriales de su tiempo y mantuvo íntimas relaciones con la *Revista de Occidente.* Cfr. Juan Miguel Sánchez Vigil, *Calpe. Paradigma editorial (1918-1925),* Ediciones Trea, Gijón, 2005.

[12] Nelson Orringer, *Ortega y sus fuentes germánicas*, Gredos, Madrid, 1979; Fernando Salmerón, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983; Francisco Gil Villegas, *Los profetas y el Mesías*, Fondo de Cultura Económica / El Colegio Nacional, México, 1996.

[13] Otra editorial de la época, Labor, también dio prioridad a las traducciones alemanas, aunque en su catálogo destacaron la ciencia, la tecnología y los "manuales".

[14] Para un análisis de su naturaleza y contenido, véase Evelyne López Campillo, *La Revista de Occidente* y *la formación de minorías (1923-1936),* Taurus, Madrid, 1972, pp. 17 y 19.

[15] Para confirmar la importancia que entonces alcanzaron los autores de lengua alemana, véase la publicación en Espasa-Calpe de la multivoluminosa *Historia Universal* coordinada por Walter Goetz, destacadísimo profesor de la Universidad de Leipizig.

[16] Ana Martínez Rus, *San León Librero: las empresas culturales de Sánchez Cuesta*, Ediciones Trea, Gijón, 2007, p. 32.

[17] García Morente nació el 22 de abril de 1886 en Arjonilla, Jaén, y realizó buena parte de sus estudios en Francia: en el Liceo Nacional de Bayona concluyó su educación básica y su bachillerato, mientras que en la Sorbona cursó una licenciatura en filosofía, la cual revalidó en Madrid. Posteriormente, en Alemania realizó una investigación titulada *La estética de Kant*, que presentó en la Universidad Central de Madrid para obtener el grado de doctor. En 1912 obtuvo una cátedra en la misma institución. En 1936, con el inicio de la Guerra Civil, fue destituido, y después de pasar por Valencia, Barcelona y París, llegó a Argentina en 1937. Cfr. Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira, "Prólogo", en Manuel García Morente, *Obras completas,* t. I, Anthropos / Fundación Caja de Madrid, Barcelona / Madrid, 1996, vol. 1, pp. IX-XXXV. Para Espasa tradujo, entre muchas obras, *Hélade y Roma: el origen del cristianismo*, de Walter Goetz, alrededor de 1933; sobre todo tradujo *La decadencia de Occidente*, por entonces muy influyente, del pesimista Oswald Spengler, aparecida en 1923.

[18] Gaos nació en Gijón, Asturias, en 1900, y estudió en las universidades de Valencia y Madrid. Luego pasó un tiempo, hacia 1924 y 1925, en la Universidad de Montpellier, estudiando griego y latín, pero tal parece que no fue como pensionado de la Junta para Ampliación de Estudios. Cfr. Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHUNAM), Expediente de Personal Académico, núm. 5702, f. 108. También estuvo en Montpellier como "lector de Español y Literatura Española".

[19] Cfr. Vicente Cacho Viu, "El imperio intelectual de Ortega", en *Desde Occidente. 70 años de Revista de Occidente*, Ministerio de Cultura / Dirección General de Cooperación Cultural, Madrid, 1993, p. 57.

[20] Daniel Cosío Villegas, *Memorias,* Joaquín Mortiz, México, 1976, pp. 162-169. Véase también José-Luis Martín (coord.), *Claudio Sánchez-Albornoz. Embajador de España en Portugal (mayo-octubre de 1936),* Fundación Sánchez Albornoz / Ministerio de Asuntos Exteriores / Fundación Largo Caballero, Ávila, 1995. Las propuestas de Cosío al gobierno mexicano se hallan en Archivo Histórico de El Colegio de México (en adelante AHCM), sección Daniel Cosío Villegas, caja 1, exp. 1, ff. 1-13.

[21] Clara E. Lida, *La Casa de España en México,* El Colegio de México (Jornadas, 113), México, 1988, y Javier Garciadiego, "La Casa en una nuez, o historia mínima de La Casa de España", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008),* James Valender y Gabriel Rojo (eds.), El Colegio de México / Residencia de Estudiantes, México, 2010, pp. 67-97.

[22] Recuérdese que Cosío Villegas se había titulado de abogado, pero luego había hecho estudios de economía en los Estados Unidos, en las universidades de Harvard, Wisconsin y Cornell, así como en Londres, en la London School of Economics, y en París, en la École Libre de Sciences Politiques. Véase Graciela Márquez, "Daniel Cosío Villegas, sus años como economista", *El Trimestre Económico,* vol. LXXI (4), núm. 284, octubre-diciembre de 2004, pp. 877-907.

[23] En rigor, Cosío Villegas había ido a España invitado por el gobierno de la Segunda República para que impartiera algunas conferencias sobre la reforma agraria mexicana, en particular sobre sus aspectos económicos.

[24] Es de resaltar que la editorial Aguilar sí asumió el compromiso de publicar obras de economía, y lo mismo puede decirse de Labor.

[25] Para analizar la situación de los estudios de economía en la España posterior a la crisis de 1929, véase Pablo Martín Aceña, "Economistas e intelectuales en la España del primer tercio del siglo XX", *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 8, 2002/2, pp. 197-227. Consúltese también Juan Velarde, *Introducción a la historia del pensamiento económico español,* Espasa-Calpe, Madrid, 1974.

[26] Véanse Daniel Cosío Villegas, *Memorias, op. cit.*, pp. 146-147, y Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, México, 1980, p. 77. [Ed. en el FCE, 1991, 320 pp.]

[27] El propio Novo comentó que tradujo dicha obra porque se "hallaba sin trabajo ni ruta definida […] y no había aún encontrado un camino de trabajo independiente y personal". También comentó que no le interesó conservar ni un ejemplar y que pronto dejó de recordar de qué trataba el susodicho libro. Cfr. Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines,* 3 t., Antonio Saborit (pról.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1996, t. I, p. 446; véase también Gerardo Ochoa Sandy, *Ochenta años. Las batallas culturales del Fondo,* Mónica Braun (ed. y coord.), Nieve de Chamoy, México, edición original en formato digital, 2014.

[28] Antes, en 1928, el mismo grupo de amigos que impulsó la creación del Fondo de Cultura Económica había organizado el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas así como una Sociedad Económica Mexicana. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994,* Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 35-36. Véase también Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México,* Siglo XXI Editores, México, 1972, p. 89.

[29] Después de la Revolución los problemas económicos se habían enfrentado con propuestas “provisionales e improvisadas”. Era obvio que el país requería crear centros de estudio especializados, así como disponer de los instrumentos indispensables, como las estadísticas, los libros y las revistas. Para ello se contó con el apoyo de las principales autoridades universitarias, como el rector Manuel Gómez Morin y los profesores Miguel Palacios Macedo y Jesús Silva Herzog, junto con el de algunos funcionarios del sector hacendario, como el ministro Marte R. Gómez y el director de Egresos Emigdio Martínez Adame, además de Eduardo Villaseñor y Gonzalo Robles, entre otros. Cfr. “Emigdio Martínez Adame. Todo empezó con diez mil pesos”, en Cristina Pacheco (entrevistas), *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y conversaciones,* Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 13, y Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa, op. cit.,* pp. 34-39. Para un análisis detallado véase Marcela Dávalos, *Gonzalo Robles: una utopía sepultada,* Ediciones El Tucán de Virginia / Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2014.

[30] Véase Alberto Enríquez Perea (ed.), *Daniel Cosío Villegas y su misión en Portugal 1936-1937,* El Colegio de México / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1998.

[31] En rigor, el préstamo era indirecto, pues se trataba de unas oficinas facilitadas al Fondo de Cultura por Gonzalo Robles, del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa, op. cit.,* p. 51. Clara E. Lida, *La Casa de España en México, op. cit.,* p. 77.

[32] Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 2 de diciembre de 1939, en Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo, 1906-1946,* 3 t., Juan Jacobo de Lara (recopilación), Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1983, t. III, p. 465.

[33] Carta de directivos del Fondo de Cultura Económica a Alfonso Reyes, 3 de mayo de 1940, en Alberto Enríquez Perea (ed.), *Testimonios de*

una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Daniel Cosío Villegas (1922-1958), El Colegio de México, México, 1999, p. 77.

[34] Cfr. Alberto Enríquez Perea (ed.) y Andrés Lira (presentación), *Jornadas de cultura (1938-1958)*, El Colegio de México, México, 2014.

[35] Véase el número monográfico sobre Gaos de *Cuadernos Americanos*, vol. CLXVI, núm. 5, año XXVIII, septiembre-octubre de 1969; véase también Leopoldo Zea, *José Gaos: el transterrado*, s/e, Madrid, 2000, y Aurelia Valero Pie, *José Gaos en México: una biografía intelectual*, *1938-1969*, El Colegio de México, México, 2015. Obviamente, debe consultarse primero la autobiografía intelectual de Gaos, *Confesiones profesionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958 (Col. Tezontle).

[1] De Laski, el Fondo publicaría tres años después, en 1939, su emblemático libro *El liberalismo europeo,* traducido por Victoriano Miguélez.

[2] De G. D. H. Cole, el Fondo publicaría su insustituible *Historia del pensamiento socialista,* en siete volúmenes, entre 1957 y 1963. Un gran elogio a esta magna empresa intelectual, en Paul M. Sweezy, "Professor Cole's History of Socialist Thought", en *American Economic Review,* vol. 47, 1957, pp. 985-994. Para las vicisitudes de su vida, cfr. Dame Margaret Cole, *The Life of G. D. H. Cole,* Macmillan Press, Londres, 1971.

[3] Me pregunto si en el momento de traducir al eminente politólogo Reyes sabía que también era autor, como pasatiempo, de novelas de detectives, lo que de otra parte explica su magnífica prosa narrativa y su afición por los detalles. La traducción fue una de las muchas expresiones de la polifacética obra literaria de Reyes. Además de numerosas traducciones del inglés y del francés, Reyes se aventuró en la crítica y la teoría de la traducción: en su inimitable estilo, sabio y sencillo a la vez, dijo que traducir era "volcar la misma agua en vasijas diferentes". Si bien Reyes tradujo durante toda su vida, esta labor se concentró en dos periodos: primero, cuando lo hizo para poder sobrevivir durante sus años de exilio en España, traduciendo sobre todo al escritor católico inglés Gilbert K. Chesterton para la Editorial Calleja, y a Robert Louis Stevenson para Calpe; su segundo momento intenso como traductor fue a su regreso a México, cuando tradujo para el Fondo de Cultura Económica, además de al economista e historiador G. D. H. Cole, a varios helenistas ingleses, como Maurice Bowra y Gilbert Murray. Sobre todo, recuérdese que al final de su vida inició la traslación de la *Ilíada;* concluirla fue el "sueño de su vida", como lo asegura Antonio Alatorre, su mayor apoyo en este tema. Cfr. Herón Pérez Martínez, "Alfonso Reyes y la traducción en México", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad,* núm. 56, otoño de 1993, pp. 27-74. Véase también Germán Viveros, "Alfonso Reyes, traductor de la *Ilíada*", en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras,* Margarita Vera Cuspinera (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981, pp. 161-166.

[4] Debido a su manifiesta oposición al levantamiento militar en España y al asesinato del poeta Federico García Lorca, Aníbal Ponce tuvo que exiliarse en 1937, encontrando cobijo en México gracias a las gestiones realizadas por Alfonso Reyes, entonces embajador en Argentina. Desgraciadamente murió

pronto, en 1938, por un accidente automovilístico. Acaso su obra más importante sea *Educación y lucha de clases.* Véase Alberto Enríquez Perea (ed.), *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937,* El Colegio de México / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1998, pp. 152, 164-166. Aunque fue un caso aislado, es probable que la vinculación de Ponce con el Fondo sirviera a Cosío Villegas y a Reyes de antecedente, quedándose ambos con la idea de aprovechar a ese tipo de colaboradores. En síntesis, tal vez aquí esté la semilla de lo que luego florecería con los exiliados españoles.

[5] Consúltese Eduardo Villaseñor, *Memorias-Testimonio,* Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pp. 85-86.

[6] Era hija de Enrique Díez-Canedo, poeta y crítico literario, profesor fundador de La Casa de España y también colaborador del Fondo de Cultura Económica. Su esposo, Francisco Giner de los Ríos, era un importante empleado del Fondo. Cfr. Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica (en adelante AHFCE), sección Autores, exp. 136, Giner de los Ríos, Francisco.

[7] Para todo el análisis siguiente fueron especialmente útiles los catálogos "históricos" del Fondo de Cultura Económica: el primero fue el *Catálogo general,* de 1955; le siguió el *Libro conmemorativo del 45 aniversario,* publicado en 1980, y sobre todo el *Libro conmemorativo del primer medio siglo,* publicado en 1984.

[8] Nació en 1895 y fue pensionado para proseguir sus estudios en París, Bruselas, Ginebra y Cambridge. En México, donde murió en 1946, impartiría cursos de introducción a la filosofía, psicología y, sobre todo, historia de la filosofía francesa, cátedra esta última que antes impartía Antonio Caso. Como a otros exiliados, se le eximió de "presentar oposiciones" debido a sus "antecedentes y preparación profesional". Cfr. AHUNAM, exp. núm. 6821 / núm. 70 / 131 / 304; véase también Ramón Xirau, "Memoria de Joaquín Xirau", en *Obra selecta,* 2 t., Ramón Xirau (recopilación y presentación), El Colegio Nacional, México, 1996, t. 1, pp. 11-21, y Martí Soler, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947),* El Colegio de México, México, 1999.

[9] Véase Sergio Ugalde Quintana (ed.), *Un amigo en tierras lejanas. Correspondencia Alfonso Reyes / Werner Jaeger (1942-1958),* El Colegio de México, México, 2009. Sobre todo véase el capítulo "Lo 'clásico' y la

politización de la Antigüedad: Werner Jaeger y el programa de un 'tercer humanismo'", en *Alemania y el mundo clásico (1896-1945),* Salvador Mas (ed.), Plaza y Valdés Editores, Madrid, 2014, pp. 29-44. Una versión distinta, abiertamente crítica de Jaeger, en Johann Chapoutot, *El nacionalsocialismo y la Antigüedad,* Abada Editores, Madrid, 2013.

[10] Cfr. "Traducciones", *Letras de México,* vol. I, núm. 2, año VII, 15 de febrero de 1943, p. 10.

[11] Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994,* Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 51.

[12] Hubo otros que trabajaron como agentes de ventas. Entre ellos, se menciona al escritor andaluz Manuel Andújar, director de la revista de exiliados *Las Españas,* y quien trabajó para el Fondo once años. Cfr. Francisco Zueras Torrens, *La gran aportación cultural del exilio español (1939),* Diputación Provincial, Córdoba, España, 1990, pp. 73-74.

[13] En 1988 Consuelo Nieto, viuda del poeta y pintor malagueño, aseguró que el emblema del Fondo había sido creación de su esposo; no obstante, tiempo después el poeta Alí Chumacero, longevo colaborador del Fondo, recordó que el grabador mexicano Francisco Díaz de León le había asegurado ser el diseñador de dicho logo. Cfr. Virginia Bautista, "El Fondo, un sello con doble historia", en <www.fondodeculturaeconomica.com/editorial/prensa/Detalle.aspx?seccion=Detalle&id_desplegado=30067>, 22 de octubre de 2009. También véase Gerardo Ochoa Sandy, *Ochenta años. Las batallas culturales del Fondo,* Mónica Braun (ed. y coord.), Nieve de Chamoy, México, edición original en formato digital, 2014. Esta segunda versión resulta más verosímil, pues el logotipo data de 1935, varios años antes de que Moreno Villa llegara a México. Aún más verosímil resulta que este último le hubiera hecho retoques al emblema original. Cfr. Martí Soler, "¿Historia?, ¿leyenda? El logotipo del Fondo de Cultura Económica", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 453, septiembre de 2008, pp. 28-29, y Ernesto Ramírez Morales, "Los logotipos del Fondo de Cultura Económica", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica,* núm. 465, septiembre de 2009, pp. 33-34.

[14] Un testigo ocular asegura que la sede de Pánuco "tenía dos piezas grandes […] una de ellas la ocupaba don Daniel Cosío Villegas, que era el director, y la otra Alfonso Reyes, que dirigía La Casa de España", lo que facilitó que las

relaciones entre ambas instituciones fueran “muy fuertes”. Cfr. Joaquín Díez-Canedo, “Por dentro del Fondo”, en Cristina Pacheco (entrevistas), *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y conversaciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 55-56.

[15] Asimismo, es evidente que gente como Ímaz pasaba de la nómina de una a otra institución, dependiendo de sus posibilidades presupuestales. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Eugenio Ímaz, 9 de enero de 1946, en AHCM, Fondo La Casa de España, caja 11, exp. 25, f. 9.

[16] Cfr. AHCM, Fondo La Casa de España, caja 7, exp. 23, f. 80.

[17] Véase José C. Vázquez, “La vida entre libros”, en Cristina Pacheco (entrevistas), *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica, op. cit.*, pp. 79-87, y Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa, op. cit.*, pp. 90-100.

[18] Cfr. Enrique Krauze, “El Fondo y don Daniel”, en *Libro conmemorativo del primer medio siglo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 16-17.

[19]

	Economía	*Política y Derecho*	*Sociología*	*Historia*	*Filosofía*
1935	2	–	–	–	–
1936	–	–	–	–	–
1937	2	1	–	–	–
1938	6	2	–	–	–
1939	6	2	1	2	–

	Economía	*Política y Derecho*	*Sociología*	*Historia*	*Filosofía*
1940	3	2	1	3	–
1941	13	9	9	5	–
1942	12	6	9	5	1
1943	7	10	5	4	1
1944	11	8	5	3	5
1945	10	7	5	4	4
	72	**47**	**35**	**26**	**11**

Cuadro elaborado a partir de la información obtenida del *Libro conmemorativo del primer medio siglo*, pp. 45-92.

[20] Cfr. AHFCE, sección Editorial, serie Expediente de obra Frazer, Sir James George. *La rama dorada: magia y religión*, cue 002012E/R, leg. 1, estante 3.3.b., ff. 14, 39 y 57, y AHFCE, sección Autores, exp. 56 Campuzano, Tadeo, ff. 4 y 52, Consúltese también Julián Amo y Charmion Shelby (bibliografía compilada), *La obra impresa de los intelectuales españoles en América 1936-1945*, Alfonso Reyes (pról.), Stanford University Press, Stanford, California, 1950, p. 56. Si bien Tadeo Ibáñez Campuzano falleció en 1950, su viuda seguía cobrando sus regalías cuarenta años después, cuando residía en una comunidad a casi cincuenta kilómetros de Agua Prieta, Sonora, muy probablemente ya en

territorio estadunidense. Según dicho de ella, las relaciones con el Fondo fueron "siempre amables".

[1] Obviamente, el conocimiento de la disciplina económica por parte de Cosío Villegas era apreciable. Durante su primera estancia en Europa, a finales de los años veinte, al pasar por Londres asistió a varias clases, seminarios y conferencias en la London School of Economics: se desilusionó, pues Edwin Cannan se había jubilado "meses antes", pero sí pudo escuchar a Harold Laski, "entonces en el apogeo de su talento y de su fama". Con el tiempo, estos dos autores fueron publicados por el Fondo. Cfr. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 123. Véase también Enrique Krauze, "El Fondo y don Daniel", en *Libro conmemorativo del primer medio siglo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 17. Para las biografías de los españoles involucrados en el Fondo de Cultura y en El Colegio de México véanse el catálogo *Autores y traductores del exilio español en México,* Fondo de Cultura Económica, México, 1999; el apéndice biográfico incluido en *El exilio español en México, 1939-1982,* Fondo de Cultura Económica / Salvat, México, 1982, y la obra de Martí Soler, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947),* El Colegio de México, México, 1999.

[2] Cfr. AHCM, Fondo La Casa de España, caja 14, exp. 18, 26 ff., y AHFCE, sección Autores, caja 7, exp. 342, Márquez, Javier. Javier Márquez estaba casado con otra hija de Enrique Díez-Canedo, María Teresa, lo que confirma lo estrecho de las redes sociales y laborales entre aquellos exiliados.

[3] Cfr. Julián Calvo, presentación a la colección de Economía, en el *Catálogo general,* de 1955, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 4-6. Para el análisis de la economía mexicana posterior a la Revolución de 1910 véase Sandra Kuntz Ficker, "De las reformas liberales a la Gran Depresión, 1856-1929", en *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días,* Sandra Kuntz Ficker (coord.), El Colegio de México, México, 2010, pp. 305-499, y Enrique Cárdenas, "La economía mexicana en el dilatado siglo XX, 1929-2009", en *ibid.,* pp. 503-788.

[4] Cfr. Julián Calvo, *op. cit.*, pp. 6-7. Julián Calvo Blanco fue colaborador de Márquez en la coordinación de la colección de Economía. Nacido en Murcia en 1909, obtuvo el título de licenciado en derecho por la universidad de su ciudad natal y posteriormente se doctoró en Madrid bajo la dirección de Rafael Altamira. Llegó a México en 1940; trabajó, como otros exiliados, de traductor para el Fondo de Cultura Económica y como profesor en El Colegio de México. Cfr. AHCM, Fondo La Casa de España, caja 4, exp. 24, f. 2. Véanse también *El exilio español en México, 1939-1982, op. cit.*, p. 749, y *Autores y traductores del exilio español en México, op. cit.*, p. 11.

[5] Contra lo afirmado por el codirector de la colección de Economía, Julián Calvo, la gran obra de Adam Smith había sido traducida al castellano desde finales del siglo XVIII por Josef Alonso Ortiz, siendo publicada en Valladolid por la viuda e hijos de Santander en el año de 1794, en cuatro volúmenes.

[6] Otros economistas clásicos publicados entonces fueron Friedrich List, *Sistema nacional de economía política*, traducido por el exiliado Manuel Sánchez Sarto, y John Stuart Mill, *Principios de economía política*, en versión "al cuidado" personal del propio Cosío Villegas. De Malthus también se publicó *Ensayo sobre el principio de la población*, que podría ser visto como el primer libro de demografía publicado en el Fondo.

[7] Werner Sombart fue uno de los varios autores heredados por la *Revista de Occidente* al Fondo. Recuérdese que en la editorial de la primera se publicó en 1928 su clásico ensayo *Lujo y capitalismo.*

[8] Véase Julián Calvo, *op. cit.*, pp. 3, 5-7.

[9] Algunos ejemplos serían la *Historia de las doctrinas económicas*, de Eric Roll, profesor en el University College de Hull, traducida por Cosío Villegas y Javier Márquez, así como *Una introducción a la economía*, de Maurice Dobb, traducida por el escritor Antonio Castro Leal y publicada en 1938, y el muy apreciado libro de Frederick Charles Benham, *Curso superior de economía*, edición al cuidado de Cosío Villegas, publicada en 1941.

[10] Recuérdese que Marx vivió sus últimos 34 años de vida en Inglaterra. Lo dicho: el Fondo de Cultura Económica era una editorial de y con exiliados.

[11] Cfr. AHUNAM, Facultad de Economía, serie Trabajos escolares, caja 41, exp. 152; serie Libros y anuarios, exp. 157; serie Grados académicos, caja 18, exp. 99. Significativamente, su tesis fue defendida en diciembre de 1934, al inicio del sexenio de Lázaro Cárdenas, y el tema era "La desorientación económica de México".

[12] Consúltese carta de Daniel Cosío Villegas a lord Keynes, 2 de septiembre de 1943, en AHFCE, sección Autores, caja 2, exp. 168 Keynes, John M., f. 6.

[13] Llama la atención que hoy en día sean tan poco conocidos en España los intelectuales que al término de la Guerra Civil tuvieron que emigrar a América. En el prólogo —firmado por José Jaime García Bernal— de una reciente edición española de la obra de Leopold von Ranke, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII* , publicado en 2011 por las Ediciones Espuela de Plata, se consigna que se reproducía la versión "del gran traductor mexicano" Manuel Pedroso, "quien divulgó en los años centrales del siglo XX los principales títulos del pensamiento sociológico alemán al público de lengua española". En dicho prólogo se reconoce que la obra había aparecido en 1946 en una "rara edición mexicana", refiriéndose a la Editorial Leyenda, también empresa de exiliados. Cfr. p. 8.

[14] Entre sus primeros alumnos se debe mencionar a doña Aurora Arnáiz Amigo, César Sepúlveda y Andrés Serra Rojas. También guardan grandes recuerdos de él Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero y Víctor Flores Olea, entre otros. Consúltese Fernando Serrano Migallón (presentación), *Manuel Martínez del Pedroso. Homenaje*, Porrúa / Universidad Nacional Autónoma de México / Cátedra México País de Asilo, México, 2008. Sobre todo debe consultarse su *currículum vitae* en las pp. XV-XVIII.

[15] Esto explica que antes de la Guerra Civil tradujera dos obras de Laski: *La democracia en crisis* y *El Estado en la teoría y en la práctica.*

[16] En Londres había hecho amistad con Javier Márquez, quien seguramente fue decisivo en su incorporación al Fondo de Cultura Económica. Cfr. Andrés Lira, "Vicente Herrero. Tiempo y lugares de un traductor", en *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (eds.), El Colegio de México, México, 2014, pp. 117-141.

[17] Con la misma postura y con idéntico objetivo, al año siguiente se publicó *Los frutos del fascismo,* de Herbert Lionel Matthews. Gaetano Salvemini había nacido en Bari en 1873 e hizo sus estudios en la Universidad de Florencia bajo la dirección del célebre Pasquale Villari. Posteriormente impartió clases en las universidades de Messina, Pisa y Florencia. Se desempeñó como diputado y fue un profundo opositor al régimen fascista. Luego de huir de Italia en 1926 fue despojado de sus bienes y de sus derechos ciudadanos. Continuó su labor académica en la universidad bostoniana de Harvard. Al jubilarse de ésta, hacia 1949, regresó a Italia, donde murió en 1957. No puede eludirse un dato biográfico: siendo profesor en Messina perdió a su esposa y cinco hijos en el temblor de 1908.

[18] Nacido en Teschen, Austria, en 1891, nutrió su pensamiento en Hegel, Marx, Weber, Dilthey y Kelsen, e impartió cátedra en las universidades de Kiel, Leipzig, Berlín y Frankfurt. Su obra, *Las ideas políticas contemporáneas,* había sido publicada en 1930 por la Editorial Labor, de una traducción hecha por el propio Manuel Pedroso. En cuanto a biografía política, fue integrante del Partido Social Demócrata y en 1933 tuvo que exiliarse debido al ascenso al poder del Partido Nacional Socialista, y se fue a radicar a Madrid, donde murió ese mismo año. Se le considera un pensador, aunque ecléctico, de enorme sensatez, especialmente valioso en la desordenada época que le tocó vivir. Cfr. Javier Ruipérez, "Herman Heller marcha al exilio", *Revista de Derecho Político,* núms. 75-76, mayo-diciembre de 2009, pp. 561-624.

[19] Quedó pendiente la edición de la *Monarchia* de Dante, a cuya traducción se había comprometido don Fernando de los Ríos, jurista muy vinculado con el gobierno republicano español pero quien se refugió

básicamente en Nueva York, donde fue profesor de la New School for Social Research, aprovechando que había sido embajador en Washington, de 1936 a 1939, durante los años de la Guerra Civil.

[20] Luego de radicar varios años en México, donde ejerció la docencia en la Escuela de Economía, tuvo labores profesionales y académicas en Venezuela, Paraguay, Costa Rica y Chile. Cfr. Eloy Fernández Clemente, "Manuel Sánchez Sarto (1897-1980). Economista entre dos mundos", pp. IX-CXXXIII, introducción a Manuel Sánchez Sarto, *Escritos económicos. México (1939-1969)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2003. Sus recuerdos del Fondo en pp. 399-410.

[21] Carner también tradujo la *Areopagítica*, de John Milton, publicada en 1941.

[22] A pesar de que vivió poco tiempo en México —hasta 1946— es de suponerse, por la personalidad de Pedroso, que el verdadero responsable de la colección fue Herrero: fue él quien propuso las traducciones de Mayer y Sabine, y fue él quien propuso a Vicente Llorens para que tradujera a Ferdinand Tönnies. De hecho, el propio Cosío Villegas gestionó el traslado a México de Herrero, desde Santo Domingo, incorporándolo pronto a la docencia en El Colegio de México. También fue el traductor de la serie Manuales Introductorios, del *Prólogo a la ciencia política*, de Charles E. Merriam, de la Universidad de Chicago. Cfr. Lira, "Vicente Herrero. Tiempo y lugares de un traductor", *op. cit.*, pp. 117-119, 122-133.

[23] Después de titularse en la Universidad Central de Madrid, Iglesia hizo estudios de posgrado, como pensionado, en la Universidad de Gotemburgo. Al regresar a España, en la primera mitad de los años treinta, fue secretario de redacción de la revista *Tierra Firme*, dirigida por Enrique Díez-Canedo, lo que ya lo definía como un historiador americanista. Participó con las armas en la mano en la Guerra Civil, y en su travesía al exilio, en el *Sinaia*, fue miembro del grupo que redactaba un boletín y daba charlas sobre México, el país al que se dirigían. Luego de llegar a éste, impartió cursos sobre *El Quijote* en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional y se hizo becario de La Casa de España. Cfr. Álvaro Matute, "El

legado de Ramón Iglesia", en Aurelia Valero Pie (ed. y coord.), *Los empeños de una casa*, El Colegio de México, México, 2015, pp. 139-151.

[24] De acuerdo con lo anotado antes, la Editorial Leyenda, también vinculada a los exiliados españoles, en particular al poeta Juan Rejano, editó otro título de Ranke, traducido por Manuel Pedroso: *La monarquía española de los siglos XVI y XVII* . A su vez, la editorial Grijalbo —también producto del exilio—, fundada por Juan Grijalbo Serrés en 1949, publicó de Ranke una antología titulada *Grandes figuras de la historia*, traducida y prologada por Wenceslao Roces.

[25] Véase *Letras de México*, vol. IV, núm. 22, año VIII, 1º de octubre de 1944, p. 10.

[26] Cfr. AHCM, Fondo La Casa de España, caja 5, exp. 4, f. 46. El elogio de Gaos en "Cinco años de filosofía en México", *Filosofía y Letras*, núm. 20, octubre-diciembre de 1945, pp. 145-165; véase también Martí Soler, *op. cit.*, pp. 69-70.

[27] Díez-Canedo destacó, como traductor, por sus versiones de poesía en francés; también tradujo una antología de Montaigne, preparada por Pierre Villey y publicada por Editorial Calleja. Cfr. José María Fernández Gutiérrez, "Enrique Díez-Canedo, creador y crítico literario. Bibliografía", *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, núm. 26, 2003, pp. 141-169; véase también Marcelino Jiménez León, "Algunas ideas sobre la traducción de Enrique Díez-Canedo", *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, núms. 22-23, 1999-2000, pp. 175-189.

[28] Cosío abandonó el Fondo para dedicarse de lleno a su multivoluminosa *Historia moderna de México*. Cfr. Arnaldo Orfila, "El amor por los libros y la tierra", en Cristina Pacheco (entrevistas), *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y conversaciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 40-42. La cohabitación entre el Fondo y El Colegio se había prolongado hasta 1945.

[29] El título de este ensayo debería incluir la palabra *universal*, en referencia a que en México se había traducido a autores de lengua francesa

e inglesa, pero casi nunca del idioma alemán. Éste fue el inicio.

[30] Cfr. carta de Wenceslao Roces a Salvador Azuela, 10 de febrero de 1966, en AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 287 Roces, Wenceslao, leg. 1, ff. 26-27.

[31] Carta de José Gaos a Daniel Cosío Villegas, s. f., núm. 140, en José Gaos, *Obras completas,* t. xix, *Epistolario y papeles privados,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1999, p. 273. Véase también Guadalupe Quintana Pali, Cristina Gil Villegas y Guadalupe Tolosa Sánchez, *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940,* Secretaría de Educación Pública, México, 1988.

[32] Véase carta de Francisco Giner de los Ríos a Daniel Cosío Villegas, 21 de octubre de 1947, y carta dirigida a Francisco Giner de los Ríos de 27 de octubre de 1947, en AHFCE, sección Autores, exp. 136, Giner de los Ríos, Francisco, ff. 4-7. También véase Laura Angélica Moya López, "El texto entre el autor y el editor", ponencia leída en la presentación de *Economía y sociedad* de Max Weber, en el Auditorio Rosario Castellanos del Fondo de Cultura Económica, 26 de junio de 2014.

[33] Véase Eugenio Ímaz, "El sentido histórico", *Letras de México*, vol. I, núm. 3, año VII, 15 de marzo de 1943, p. 5. Las inclusiones en dicho elogio del suizo Burckhardt y del holandés Huizinga las justifica Ímaz diciendo que se trata de historiadores "de inspiración alemana".

[34] Véase Silvio Zavala, "Presentación" a la colección de Historia, en el *Catálogo general,* de 1955, pp. 135 y 136. Respecto a Ramón Iglesia véase *El hombre Colón y otros ensayos*, Álvaro Matute (introd.), Fondo de Cultura Económica, México, 1994, y Andrés Lira, "El hombre Ramón y otros papeles (notas sobre un expediente)", *Historia Mexicana,* vol. XLVI, núm. 4, abril-junio 1997, pp. 871-887. Salvo aclaración particular, las vidas y obras de los historiadores mencionados en este apartado, en *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, 2 vols., Kelly Boyd (ed.), Fitzroy Dearborn Publishers, Londres / Chicago, 1999.

[35] La Revista de Occidente también había publicado, en 1934, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica,* y en 1936, su premonitorio texto *Entre las sombras del mañana.* Asimismo, en 1943 el Fondo también publicó su célebre *Homo Ludens,* traducido por Eugenio Ímaz, pero para la colección de Sociología. No hay duda alguna de que Huizinga fue uno de los autores preferidos de los españoles primero pensionados y luego exiliados. Otro historiador popular en España, acaso el que por esos años gozaba de la mayor acogida, era Oswald Spengler, cuya posición ideológica lo hizo impublicable por el Fondo.

[36] Aunque publicados ya en el decenio siguiente, el Fondo sería impagable benefactor de los lectores en castellano con la introducción de los historiadores que conformaban la escuela de "los anales": Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel. Del primero traduciría su *Apologie pour l'histoire,* también escrita en un campo de concentración, pero durante la segunda Guerra, antes de que muriera fusilado por la Gestapo; de Febvre, su biografía de Martín Lutero, y de Braudel su monumental investigación sobre la historia de todo lo concerniente al Mediterráneo.

[37] De Kahler se publicaron varias obras, destacando su *Historia universal del hombre,* traducida por el economista Javier Márquez hacia 1946.

[38] Para una extensa biografía de este historiador, como lo fueron su vida y su obra, cfr. Frank Eyck, *G. P. Gooch: A Study in History and Politics,* Macmillan Press, Londres, 1982.

[39] Para su traductor, Wenceslao Roces, la obra de Symonds, reconocido biógrafo de Miguel Ángel, contenía una "extraordinaria colección de estudios sobre el Renacimiento en Italia". Cfr. carta de Wenceslao Roces a Salvador Azuela, 10 de febrero de 1966, en AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 287 Roces, Wenceslao, leg. 1, ff. 26-27.

[40] Entre sus obras sin duda destaca *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* , traducida y prologada por José Gaos y publicada por el Fondo en 1943. Años después esta misma casa

editorial publicaría otros libros suyos: *J. J. Rousseau* y *Filosofía de la Revolución francesa.*

[41] El Fondo de Cultura Económica publicó dos de sus obras: *Economía natural y economía monetaria* (1943), y *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea: de César a Carlomagno* (1951), ambas trasladadas por José Rovira Armengol, quien en enero de 1945 trabajaba como distribuidor en Uruguay de la editorial Atlante, de México, empresa sucesora en el exilio de la española Labor. En 1953 el Fondo le propuso traducir *Pfade in utopia*, de Martin Buber, trabajo que entregó unos meses después con el título de *Caminos de Utopía*. Cfr. AHFCE, sección Autores, exp. 301 Rovira Armengol, José, ff. 2, 16, 19 y 38.

[42] John Bagnell Bury, historiador de la antigüedad grecolatina y del imperio bizantino, egresó del Trinity College de Dublín y llegó a ser nombrado "regius professor" en la Universidad de Cambridge, institución para la que coordinó a principios del siglo XX la multivoluminosa *The Cambridge Ancient History*. Parte de su prestigio se debe a su notable edición de Gibbon, a quien admiraba por su estilo, su escepticismo y sus maduros juicios. Una introducción a sus escritos en J. B. Bury, *Selected Essays*, Harold Temperley (ed.), University Press, Cambridge, 1930.

[43] George Macaulay Trevelyan realizó sus estudios en el Trinity College de Cambridge; durante la primera Guerra Mundial se desempeñó como comandante de la primera unidad de ambulancias en Italia, lo que explica que también se haya interesado en la historia de este país. El Fondo de Cultura Económica publicó en 1946 su *Historia social de Inglaterra*, traducida por Adolfo Álvarez-Buylla, así como su *Historia política de Inglaterra*, traducida por Ramón Iglesia y publicada en 1943, apenas un año después de aparecida la versión original. Ambos libros fueron muy exitosos en cuanto a ventas en Inglaterra, no así respecto del reconocimiento de los historiadores profesionales, a pesar de lo cual siguió siendo una gran autoridad intelectual en Cambridge durante los últimos treinta años de su vida. Las "memorias" del propio Trevelyan, así como sus reflexiones

historiográficas, en *An Autobiography and other Essays*, Freeport, Nueva York, 1971.

[44] Seguramente porque murió muy pronto, en 1948, en Wisconsin, Estados Unidos, habiendo dejado México un par de años antes, no ha sido justamente apreciada la ingente labor que como traductor hizo el gallego Ramón Iglesia, el cocoordinador, junto con Roces, de la colección de Historia. Entre sus traducciones destacarían las de Ralph E. Turner, James T. Shotwell, Trevelyan y George P. Gooch. Cfr. *Autores y traductores del exilio español en México*, pp. 27-28. Para conocer su vida y obra véanse las obras citadas. Véase la nota 34.

[45] Una notable reseña sobre esta obra, en Eugenio Ímaz, "Conquista de la libertad", *Cuadernos Americanos,* vol. I, núm. 1, enero-febrero de 1942, pp. 87-89, luego publicada en Eugenio Ímaz, *Obras reunidas*, 2 vols., El Colegio de México, México, 2011, t. I, pp. 349-352. La aparición de este texto de Ímaz confirma que los traductores del Fondo hacían otras labores bibliográficas, desde prólogos hasta reseñas.

[46] Para su visión de la historia véase James T. Shotwell, *The Faith of an Historian and other Essays. An Anthology,* Walker and Co., Nueva York, 1964.

[47] Véanse Gabriel Zaid, *Daniel Cosío Villegas: imprenta y vida pública,* México, Fondo de Cultura Económica, 1985, y Daniel Cosío Villegas, *El historiador liberal,* Enrique Krauze (comp.), Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

[48] Respecto a Silva Herzog, véanse sus memorias: *Una vida en la vida de México,* Siglo XXI Editores, México, 1972.

[49] Estas dos obras, la de Kohn y la de Becker, fueron traducidas por Samuel Cosío Villegas, hermano de don Daniel, lo que debe ser visto como una prueba más del carácter familiar del Fondo durante sus primeros años de vida. Además, en 1943 se publicó la principal obra de Becker, *La ciudad de Dios del siglo XVIII* , traducida por el poeta catalán Josep Carner. Para conocer la vida y obra de Becker, pero sobre todo su concepción de la

historia, véase Michael Kammen (ed.), *"What is the Good of History". Selected Letters of Carl L. Becker,* Cornell University Press, Ithaca, 1973.

[50] La labor historiográfica de Tawney generó numerosas objeciones de los historiadores profesionales, pues consideraban que en su obra la ideología estaba por encima de la investigación. Fue profesor de la London School of Economics y dedicó casi toda su vida adulta a la Workers Educational Association. Cfr. Ross Terrill, *R. H. Tawney and his Time,* Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1973.

[51] Recuérdese que durante los primeros decenios del siglo XX el texto de sociología más leído y respetado en México era el de *Sociología, genética y sistemática,* del filósofo Antonio Caso, publicado en 1927 por la Secretaría de Educación Pública; en 1945 apareció una cuarta edición con el escueto título de *Sociología,* publicado por la editorial Stylo, presentada por el propio Caso como "corregida y aumentada", pues el contenido de la obra ofrecía "nuevos temas" y "un alcance muchísimo mayor". Cfr. Luis Recaséns Siches, "Estudio preliminar" a *Sociología,* en Antonio Caso, *Obras completas,* Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, México, t. XI, pp. XIV-XV.

[52] Laura Angélica Moya López, "Los universos textuales de José Medina Echavarría en México. La colección de Sociología del Fondo de Cultura Económica, y la colección Jornadas", en Aurelia Valero Pie, *op. cit.,* pp. 175-197.

[53] Véase José Medina Echavarría, presentación a la colección Sociología, en el *Catálogo general,* de 1955, pp. 97 y 98.

[54] En rigor, entre finales del siglo XIX y los primeros dos decenios del XX se publicó una docena de títulos de Spencer en español. Las editoriales que lo hicieron fueron La España Moderna, Saturnino Calleja, Daniel Jorro y F. Sempere. Además, la sede argentina de *Revista de Occidente* publicó, en 1948, una *Abreviatura* —en dos tomos— de los *Principios de Sociología,* editados y traducidos por el conocido pensador orteguiano Fernando Vela.

[55] Su traducción de los *Primeros ensayos* puede haberse debido a simples deberes laborales, aunque tal vez influyó el hecho de que su abuelo —y homónimo— fuera uno de los primeros españoles interesados en la sociología, como lo prueba su libro *Filosofía y sociología,* publicado en Barcelona en 1904. Cfr. AHCM, Fondo La Casa de España, caja 9, exp. 10 Giner de los Ríos, Francisco, ff. 34-36.

[56] La biografía de Thorstein Veblen, escrita por John Atkinson Hobson, fue traducida por el joven exiliado gaditano Adolfo Sánchez Vázquez. John Atkinson Hobson había nacido en Derby, Inglaterra, el 6 de julio de 1858, como parte de "una familia perteneciente al estrato medio de la clase media, en una ciudad de tipo medio, situada en las Tierras Medias inglesas", como afirmó él mismo. Realizó estudios de humanidades en Oxford entre 1870 y 1880. Además de trabajar como profesor de secundaria e impartir clases nocturnas en Oxford y Londres a un importante número de trabajadores, se dedicó a difundir sus ideas en conferencias y artículos. Autor de *Imperialism. A Study,* publicado en Nueva York en 1902, John Atkinson Hobson es considerado el "primer formulador de la teoría explicativa del nuevo imperialismo y uno de los pioneros de la economía moderna". Al respecto, resulta interesante la afirmación hecha por Keynes acerca de que su *The Physiology of Industry* "había marcado el comienzo de una nueva época en la historia del pensamiento económico", así como el hecho de que Lenin había tomado *Imperialism* "como base" de su conocidísimo texto *El Imperialismo, fase superior del capitalismo,* lanzando así el nombre de Hobson "a los cuatro vientos". Pacifista durante la primera Guerra Mundial, participó en la defensa y propagación de la idea de "una Sociedad de Naciones". Una vez concluida la guerra, Hobson se separó del Partido Liberal para unirse al Laborista. Murió el 1º de abril de 1940 en Hampstead, Londres. Cfr. Jesús Fomperosa, "Nota del traductor", en J. A. Hobson, *Estudio del imperialismo,* Alianza Editorial, Madrid, 1980, pp. 9-20.

[57] Al parecer, el joven filósofo y poeta exiliado Adolfo Sánchez Vázquez fue quien recomendó la traducción del libro de Veblen. Cfr. Laura Moya, *op. cit.,* p. 185. Si éste fue traducido por el politólogo Vicente

Herrero, Tönnies fue vertido al castellano por el valenciano Vicente Llorens, destacado crítico literario e historiador de las ideas, exiliado en la República Dominicana, donde trabajó hasta 1945 impartiendo clases en la universidad. Una vez en nuestro país, se desempeñó como investigador en El Colegio de México, y desde 1949 impartió clases de literatura española e hispanoamericana en Princeton. Cfr. Vicente Llorens, *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945,* Ariel, Barcelona, 1975, y *El exilio español en México, 1939-1982,* p. 802.

[58] Abogado de origen extremeño, Landa fue "formado" en la Institución Libre de Enseñanza, donde conoció a don Francisco Giner de los Ríos y a Manuel Bartolomé Cossío. Impartió cátedra en la Universidad de Salamanca luego de ser pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios en Inglaterra. Dedicado a la pedagogía, realizó tareas de alfabetización durante los gobiernos de la Segunda República y en los frentes republicanos durante la Guerra Civil. Se trasladó a México en 1939, donde se distinguió por sus labores educativas. De Manheim tradujo *Libertad y planificación social.* Cfr. AHFCE, sección Autores, caja 2, exp. 174 Landa, Rubén, f. 14; véase también *El exilio español en México, 1939-1982,* p. 796, y Modesto Miguel Rangel Mayoral, *Rubén Landa Vaz: un pedagogo extremeño de la Institución Libre de Enseñanza en México,* Mérida, Editora Regional de Extremadura, España, 2006.

[59] Véase José Medina Echavarría, presentación a la colección de Sociología, en el *Catálogo general,* de 1955, p. 99.

[60] Carta de José Medina Echavarría a Arnaldo Orfila, 1º de noviembre de 1951, en AHFCE, sección Autores, caja 7, exp. 357 Medina Echavarría, José, ff. 47-49. Paradójicamente, la fundamental obra de Parsons fue traducida años después, en 1966, y publicada por la Editorial Revista de Occidente, renacida todavía durante el franquismo.

[61] En la UNAM se fundó la "carrera" de sociología diez años después de creada la colección en el Fondo. Cfr. Sergio Colmenero, *Historia, presencia y conciencia, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1951-1991,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991.

[62] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, p. 61. Fue tal el interés por el curso, que "se publicó la versión taquigráfica de algunas lecciones".

[63] Una estudiosa de Medina sintetiza así sus diferencias: "mientras Cosío Villegas, abogado, con estudios en economía agrícola […], veía en este proyecto la posibilidad de formar expertos que contribuyeran a la resolución pragmática, desideologizada, de problemas acuciantes para México, Medina tuvo una perspectiva sobre las ciencias sociales profunda en humanismo e historicismo […] que permitiera conocer las razones de la crisis de la modernidad de Occidente". Cfr. Laura Moya, "Los universos textuales…", *op. cit.*, pp. 181-182.

[64] Otra prueba de su compromiso puede verse en su libro de ensayos y reflexiones, *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, publicado en 1943. Véase José Medina Echavarría, presentación a la colección de Sociología, en el *Catálogo general*, de 1955, pp. 97-100.

[65] Para un análisis de la obra de Medina Echavarría véanse los textos de Laura Angélica Moya López, *José Medina Echavarría y la sociología como ciencia social concreta (1939-1980)*, El Colegio de México, México, 2013, y "José Medina Echavarría y la colección de Sociología del Fondo de Cultura Económica, 1939-1959", *Estudios sociológicos*, vol. XXV, núm. 75, septiembre-diciembre de 2007, pp. 765-803.

[66] Véase el cuadro dedicado a la sociología en "El Fondo en cifras", en *Libro conmemorativo del primer medio siglo* [p. 396], y José Medina Echavarría, presentación a la colección de Sociología, *op. cit.*, 1955, pp. 97-101.

[67] Útiles para comprender el fenómeno del nazismo, se publicaron rápidamente *La propaganda política*, de Frederic Charles Bartlett, y *Raza: ciencia y política*, de Ruth Benedict.

[68] También se publicó la *Introducción a la sociología*, de Adolf Menzel, traducida por el novelista y crítico literario —experto en Antonio Machado — Antonio Sánchez Barbudo, quien destacó como uno de los editores de la revista *Hora de España*. Llegó a México en 1939 y se involucró en varias

revistas literarias, como *Romance*, de la que fue fundador, *El Hijo Pródigo* y *Taller,* con Octavio Paz. Desafortunadamente, al poco tiempo se trasladó a los Estados Unidos, donde fue profesor en la Universidad de Wisconsin.

[69] Véase carta de José Medina Echavarría a Arnaldo Orfila, 1º de noviembre de 1951, en AHFCE, sección Autores, caja 7, exp. 357 Medina Echavarría, José, ff. 47-49.

[70] Respecto de su labor como autor de manuales para los alumnos, recuérdense su *Panorama de la sociología contemporánea,* La Casa de España en México, México, 1940, y la *Sociología: teoría y técnica,* publicada por el propio Fondo en 1941. Véase también José Medina Echavarría, presentación a la colección de Sociología, *op. cit.,* pp. 98 y 100.

[71] Laura Moya, "Los universos textuales", *op. cit.,* pp. 175 y 180.

[72] Gaos tradujo entero a Heráclito, y partes de Protágoras y de Jenofonte —"prácticamente toda la *Apología*"—, la alegoría de la caverna, "pasaje culminante", de Platón, así como partes de *El sofista,* o de la *Metafísica,* de Aristóteles; en 1946 decía haber ya concluido "la primera mitad". Tradujo otros textos de ambos autores para un curso que impartió en 1939, traducciones que previsiblemente acompañó con una larga introducción y numerosas notas. Incorporadas originalmente en dos libros distintos *(Orígenes de la filosofía* y *Antología de la filosofía griega),* hoy pueden consultarse en el volumen II de sus *Obras completas,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991. Véase también AHCM, Fondo La Casa de España, caja 8, exp. 1 Gaos Pola, José, ff. 70-72, y Fondo El Colegio de México, caja 8, exp. 3, f. 9. Véase también carta de José Gaos a Daniel Cosío Villegas, [s. f.], núm. 139, en José Gaos, *Obras completas,* t. XIX, pp. 268-271. En un emotivo recuerdo del curso de filosofía griega de Gaos, un alumno aseguró que "la lectura y meditación" del libro XII de la *Metafísica* fue "el clímax del curso". Cfr. Antonio Gómez Robledo, "Mis recuerdos de Gaos", en *Cuadernos Americanos,* vol. CLXVI, núm. 5, año XXVIII, septiembre-octubre de 1969, pp. 70-71.

[73] Véase su *currículum vitae* en AHCM, Fondo La Casa de España, caja 8, exp. 19 García Bacca, Juan David, ff. 1-6. Véase también *El exilio*

español en México, 1939-1982, pp. 777-778; Juan David García Bacca, *Confesiones. Autobiografía íntima y exterior,* Anthropos, España, 2000, pp. 72-79, y Aurelia Valero, "La importancia de ser filósofo: Juan David García Bacca en El Colegio de México", en Aurelia Valero, *Los empeños, op. cit.*, pp. 295-313.

[74] Millares Carlo fue un hombre de múltiples intereses, lo que explica que al exiliarse en México se haya interesado por su propia cultura. Al respecto, fueron notables sus ediciones y traducciones de los escritores, juristas, historiadores y teólogos humanistas del periodo virreinal, como Ruiz de Alarcón, Cervantes de Salazar, Eguiara y Eguren y el propio Bartolomé de Las Casas, a los que debe agregarse el nombre de Pedro Mártir de Anglería. Cfr. Elsa Cecilia Frost, "De la humildad y el esplendor de la traducción: don Agustín Millares Carlo (1893-1978)", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad,* vol. XIV, núm. 56, otoño de 1993, pp. 10-12, 21-23. Véase también Ascensión Hernández Triviño de León-Portilla, "Agustín Millares Carlo, polígrafo de España y de América", *Cuadernos Americanos. Nueva época,* vol. 5, núm. 47, año VIII, septiembre-octubre de 1994, pp. 76-100.

[75] Véase mi texto "Alfonso Reyes y la Casa de España", en *Autores, editoriales, instituciones y libros: estudios de historia intelectual,* El Colegio de México, México, 2015, pp. 255-291.

[76] Me refiero a religiosos y poetas tanto del siglo XIX como de la primera mitad del XX. Entre éstos destacaron los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, ambos michoacanos. El primero realizó estudios en el Seminario Conciliar de México y en la Universidad Gregoriana de Roma, ordenándose sacerdote en 1927, después de lo cual estudió ciencias sociales en la Universidad de Lovaina, Bélgica. Impartió cátedra en el Seminario de Zamora y posteriormente en el Conciliar de México. En 1937 fundó la revista *Ábside* e inició una amable relación epistolar con Alfonso Reyes, con quien compartió el interés por los clásicos y la cultura humanística. En este campo realizó la introducción, selección y versión en hexámetros del poema *De rerum natura* de Tito Lucrecio Caro.

Véase *Semblanzas de académicos*, Antonio Acevedo Escobedo y José Luis Martínez (cuidado de edición), Academia Mexicana de la Lengua, México, 1975, pp. 174-175, y *Humanismo y literatura. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte*, *1937-1954,* Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), El Colegio Nacional, México, 2006, pp. 9 y 15. Por su parte, su hermano Alfonso se doctoró en filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y en teología en la Pontificia Universidad Mexicana. Se ordenó como sacerdote en 1932 y realizó el estudio, versión rítmica y notas de *XL Odas de Horacio*, publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1946. Véase *Semblanzas de académicos, op. cit.*, pp. 172-174.

[77] En el siglo XIX destacó Ignacio Montes de Oca y Obregón, nacido en Guanajuato y quien hizo estudios de humanidades en Santa María de Oscott, Inglaterra, y eclesiásticos en el Colegio Pío Latino y en la Academia de Nobles, en Roma. Se ordenó sacerdote en 1863 y fue nombrado obispo por Pío IX. Fue capellán de Maximiliano y miembro de la Arcadia Romana con el pseudónimo de Ipandro Acaico. En 1883 realizó la traducción en verso castellano, con carta-prólogo y notas, de las *Odas* de Píndaro. Cfr. *Semblanzas de académicos*, *ibid.*, pp. 177-178. Por su parte, Joaquín Arcadio Pagaza fue originario de Villa del Valle, Estado de México. Realizó estudios en el Seminario Conciliar de México, llegando a ser cuarto obispo de Veracruz a partir de 1895. Como clasicista fue catedrático de retórica del Seminario de México y realizó una versión parafrástica de las odas de Horacio. Véase Sergio López Mena (comp.), *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura, México, 1992, pp. 7-22. Para todo este tema debe consultarse VV.AA., *La tradición clásica en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991.

[78] José Luis Casas, *Por lealtad a la república. Historia del canónigo Gallegos Rocafull*, Editorial Base, Barcelona, 2013.

[79] También se publicó una selección de literatura latina de Agustín Millares Carlo, *Antología latina I: prosistas,* 2ª ed., La Casa de España en

México, México, 1941. Resulta paradójico que muchos años después, en 1979, el Fondo rescatara la antología de los presocráticos para su catálogo.

[80] Además del doble texto, cada volumen debía llevar un riguroso estudio introductorio y un valioso aparato crítico. Cfr. Elsa Cecilia Frost, "De la humildad y el esplendor de la traducción: don Agustín Millares Carlo (1893-1978)", *op. cit.*, p. 15. Para una visión general de la colección, consúltese Roberto Heredia Correa, *Catálogo de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

[81] Cfr. AHCM, fondo La Casa de España, caja 8, exp. 19 García Bacca, Juan David, ff. 1-7.

[82] Dichas obras fueron la *Apología* de Sócrates, *Eutifrón o de la santidad, Critón o el deber,* el *Banquete o del amor, Ion o de la poesía, Hipias Mayor* y *Fedro.*

[83] Véase una temprana y elogiosa referencia a ella de un joven Leopoldo Zea, "Clásicos griegos y latinos", *Letras de México,* vol. IV, núm. 15, año VIII, 1º de marzo de 1944, p. 6.

[84] Cfr. Leopoldo Zea, "Medio siglo de filosofía en México", *Filosofía y Letras*, núms. 41-42, enero-junio de 1951, pp. 115-127.

[85] José Gaos, presentación a la colección de Filosofía, en *Catálogo general,* 1955, p. 181.

[86] En 1929 tradujo para la editorial de la *Revista de Occidente* los cuatro tomos de las *Investigaciones lógicas,* traducción hecha en colaboración con Manuel García Morente. Más que esto, el único libro que Gaos había publicado en España antes de salir al exilio era *La crítica del psicologismo en Husserl.* Cfr. AHUNAM, Departamento de Personal Académico de la Facultad de Filosofía y Letras, exp. 0040, f. 2.

[87] Véase carta de José Gaos a Daniel Cosío Villegas, 31 de octubre de 1947, núm. 143, en José Gaos, *Obras completas*, t. XIX, *op. cit.,* p. 275. Por su parte, Ímaz tradujo un par de libros de Dewey *(La busca de la certeza* y *Lógica),* al que consideraba "el filósofo actual de más envergadura de los

Estados Unidos”, de considerada influencia “en nuestra América” —“por la vía pedagógica”—, y meses antes de morir, en 1951, preparaba un libro y un curso sobre Dewey para El Colegio de México. Cfr. carta de Eugenio Ímaz a Alfonso Reyes, diciembre de 1950, en AHCM, fondo La Casa de España, caja 11, exp. 25, ff. 20-21.

[88] José Gaos, presentación a la colección de Filosofía, *op. cit.*, pp. 181-184.

[89] Carlos Martínez, *Crónica de una emigración [La de los Republicanos Españoles en 1939]*, Libro Mex Editores, México, 1959, p. 107.

[90] Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Ecónomica, 1934-1994*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 98, Enrique Krauze, “El Fondo y don Daniel”, *op. cit.*, p. 18.

[91] Véase AHFCE, sección Autores, caja 5, exp. 119 Champourcin, Ernestina de, ff. 5-10, y *Libro conmemorativo del primer medio siglo*, *op. cit.*

[92] Cfr. Emma Cosío Villegas, “Presencia de una ausencia”, en Cristina Pacheco (entrevistas), *op. cit.*, pp. 22-23.

[93] Véase Leopoldo Zea, “Medio siglo de filosofía en México”, *op. cit.*, pp. 115-127.

[94] Véase “La tarea del traductor”, en Walter Benjamin, *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971, p. 130. De acuerdo con Fernando Escalante, “la traducción es uno de los signos más elocuentes de vitalidad cultural”. Cfr. Fernando Escalante, “Contra la corriente: elogio del Fondo de Cultura Económica”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 526, octubre 2014, pp. 22-23.

[95] Véase Alfonso Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana”, *Sur*, año VI, septiembre 1936, pp. 7-15; también en *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, t. XI, México, 1960, p. 82.

[1] En rigor, durante esos años iniciales también se crearon las colecciones Tezontle (1940), Antropología (1942), Psicología y Psicoanálisis y Lengua y Estudios Literarios (1943), Tierra Firme (1944) y Ciencia y Tecnología (1945). Sin embargo, luego de fundadas permanecieron prácticamente inmóviles todas ellas; crecieron y se desarrollaron después, a partir de los años cincuenta.

[2] El título del seminario era "Marx y Nietzsche, los polos intelectuales de nuestro tiempo". Su descripción en AHUNAM, Departamento de Personal, Facultad de Filosofía y Letras, exp. 0040, ff. 14-15. También en José Gaos, *Obras completas,* t. IV. *De Descartes a Marx. Estudios y notas de Historia de la Filosofía,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997, pp. 40 y 44.

[3] AHCM, Fondo La Casa de España, caja 7, exp. 23 Gaos Pola, José, f. 77.

[4] *Ibid.,* f. 80. Los textos traducidos por Gaos eran una carta de Marx a su padre, del 10 de noviembre de 1837; las tesis sobre Ludwig Feuerbach, el primer capítulo de *La ideología alemana,* así como unos *Apuntes para una crítica de la economía política,* de Engels. Con excepción del último, aparecieron años después, en 1997, en el tomo IV de sus *Obras completas,* pp. 465-585. Según don Fernando Salmerón, coordinador de la publicación de las *Obras completas* de Gaos, no se habían publicado esas páginas sobre Marx porque el autor pretendió cambiarlas "en su forma y proporciones". Cfr. José Gaos, *Obras completas, op. cit.,* p. 39, y t. XIX, p. 213.

[5] Al principio, Gaos estaba muy interesado en el tema. En una carta sin fecha dirigida a Daniel Cosío Villegas le dijo: "la primera publicación con que me ocuparé será el *Marx*". Véase *ibid.* carta núm. 140, p. 273.

[6] Cfr. AHCM, fondo La Casa de España, caja 8, exp. 1 Gaos Pola, José, f. 71 y exp. 3, f. 21. En la citada carta de Gaos a Cosío Villegas se precisa que los textos de Marx y Engels alcanzarían 180 páginas, de las que enviaba "las 87 primeras", prometiendo que "las restantes seguirán mucho más

aprisa que éstas”. Cfr. José Gaos, *Obras completas*, t. XIX, carta núm. 140, p. 274.

[7] Un adelanto de estas páginas, dedicadas a las traducciones de Marx por Wenceslao Roces, fueron publicadas en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, “La Casa de España, el Fondo de Cultura Económica y la profesionalización de la economía”, núms. 91-92, Madrid, 2013, pp. 19-30.

[8] Estudió en la Universidad de Berlín nada menos que con el célebre jurista Rudolf Stammler, de quien tradujo un par de libros. Stammler es muy conocido por una importante polémica con Max Weber, recientemente publicada en español: Max Weber, *La “superación” de la concepción materialista de la Historia de R. Stammler*, estudio preliminar de Oscar Julián Guerrero, Ediciones Nueva Jurídica, Bogotá, 2001.

[9] Precisamente por su experiencia en la Editorial Cenit se le invitó a colaborar en las ediciones en español de Marx y Engels que se hacían en Moscú.

[10] Sobre Roces, consúltese AHUNAM, Departamento de Personal Académico de la Facultad de Filosofía y Letras, exp. 0391, y AHUNAM, exp. de Personal Académico, núm. 8848, ff. 74-76. Obviamente, también debe consultarse la entrevista que le hiciera Ascensión Hernández Triviño de León-Portilla, *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978, pp. 349-365.

[11] Según testimonio del propio Roces, antes de la Guerra Civil la Editorial Cenit logró publicar tres títulos de Marx y Engels: *El manifiesto comunista*, el *Anti-Dühring* y el primer tomo de *El capital*. Cfr. “Bibliografía traducida por Wenceslao Roces”, en Archivo Digital Wenceslao Roces, <www.wenceslaoroces.org/arc/roces/bib/>.

[12] Wenceslao Roces, “Una edición completa del ‘Capital’”, *Bolchevismo*, núm. 3, julio de 1932, reproducida en el Archivo Digital Wenceslao Roces, <www.wenceslaoroces.org/arc/roces/art/bch.htm>.

[13] La *Teoría microeconómica,* de Charles Elmo Ferguson y J. P. Gould, con un tiraje acumulado de 139 500 ejemplares, ocupaba el primer lugar. Cfr. “El Fondo en cifras”, en *Libro conmemorativo del primer medio siglo,* Fondo de Cultura Económica, 1984 [p. 396].

[14] Desde el decenio de 1930 Wenceslao Roces “abraza la filosofía marxista e idea el proyecto más ambicioso de cuantos había habido en España para introducir la literatura socialista”. Su traducción “apasionada” de *El capital* lo llevó a criticar la hecha anteriormente por Pedroso, a la que atribuyó graves defectos debidos a la “precipitación” y “falta de entusiasmo”. Véase Benjamín Rivaya, “Wenceslao Roces y la República”, y Wenceslao Roces, “Una edición completa del ‘Capital’”, en Archivo Digital Wenceslao Roces, <www.wenceslaoroces.org/arc/roces/trab/cciwr/3.htm>, y <www.wenceslaoroces.org/arc/roces/art/bch.htm>, respectivamente.

[15] Cfr. Wenceslao Roces, *La cultura de nuestro tiempo,* Ediciones España Popular, México, 1948, pp. 8-9, y “En el centenario de *El capital* ”, *Cuadernos Americanos,* vol. CLV, núm. 6, año XXVI, noviembre-diciembre de 1967, pp. 170-186.

[16] Cfr. prólogo de Wenceslao Roces a Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía,* vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. IX.

[17] Así “cabecearon” la noticia de su muerte en el periódico *La Jornada,* 30 de marzo de 1992, p. 40: “Murió Wenceslao Roces, traductor de *El capital,* de Marx”.

[18] De Hegel tradujo las *Lecciones sobre la historia de la filosofía* y la *Fenomenología del espíritu.* En realidad, sus labores como traductor reflejan su biografía. En los años veinte, cuando estuvo pensionado en Alemania, tradujo obras de derecho; luego tradujo varias obras de historia antigua (Droysen, Friedländer, Gregorovius, Mommsen, Rohde) y varias obras del neokantista Ernst Cassirer. Cfr. Archivo Digital Wenceslao Roces, <www.wenceslaoroces.org/arc/roces/bib/>.

[19] Cfr. AHUNAM, Expediente de Personal Académico, núm. 8848, f. 76.

[20] Véase carta de Wenceslao Roces a editores de Cartago, 28 de febrero de 1957, en AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 287 Roces, Wenceslao, leg. 1, ff. 9-10. Véase también carta de W. Roces al director de la Facultad de Filosofía y Letras [Francisco Larroyo], 2 de enero de 1959, en Archivo Histórico de la Facultad de Filosofía y Letras, exp. 0391.

[21] AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 287 Roces, Wenceslao, leg. 1, ff. 38-39, y exp. 453 Roces, Wenceslao, caja 8, legajo 2. Todo parece indicar que a principios de los años setenta estaba otra vez corrigiendo y enriqueciendo sus traducciones de *El capital* y de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía.* Finalmente, además de los tres tomos de cada una de estas dos obras, el Fondo publicó otros diez, todos traducidos y anotados por Roces: *Escritos de juventud, Escritos económicos menores, Grundrisse* (2 tomos), "preciosos *Esbozos* de los años 1857-1858", que alcanzaban las mil páginas y que eran la "cantera" de ideas y materiales, notas y apuntes que luego le servirían para escribir *El capital, La Internacional, Las revoluciones de 1848, Los grandes fundamentos* y *Teorías sobre la plusvalía* (3 tomos). Cfr. Wenceslao Roces, "En el centenario de *El capital*", *op. cit.,* pp. 170-186.

[22] Con el tiempo fueron apareciendo nuevas traducciones de *El capital*, supuestamente más ricas y seguras. Por ejemplo, la realizada por Pedro Scaron y publicada por Siglo XXI Editores en 1975, o la elaborada por Manuel Sacristán para la colección Textos Vivos —coordinada por Adolfo Sánchez Vázquez— de la editorial Grijalbo, de 1978 a 1981.

[23] Según el marxista y también exiliado Adolfo Sánchez Vázquez, la labor de Roces fue "una contribución excepcional". Véase su libro *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, Grijalbo, México, 1991, p. 154. En el mismo tono, un conocido profesor de la unam aseguró que "bastan tres de las obras traducidas por Roces —la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel, y *El capital* y los *Grundrisse,* de Marx— para que tenga garantizado un lugar en la historia del pensamiento en lengua española". Cfr. Ernesto Schettino, "Wenceslao Roces y la difusión del marxismo", en *Las migraciones y los transterrados de España y México. Una segunda mirada,*

humanística, Hugo Fernández de Castro (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004, pp. 302-303.

[24] Manuel Sánchez Sarto, pensionado en Alemania por la Junta para Ampliación de Estudios, fue profesor de historia económica en Barcelona antes de emigrar a México. Recuérdese que antes de colaborar con el Fondo había llegado a ser un alto directivo de la Editorial Labor, para la que tradujo a Robert Michels, Werner Sombart y Adolf Weber, también hermano de Alfred y de Max.

[25] Al principio su repercusión fue más intelectual que comercial. Al cumplirse el primer cincuentenario del Fondo esta obra no aparecía entre las diez mejor vendidas de la colección de Sociología. Para explicar la difícil recepción de Weber en México véase Francisco Gil Villegas, introducción a Max Weber, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2014, pp. 70 y 71; véase también Álvaro Morcillo, "Historia de un fracaso: intermediarios, organizaciones y la institucionalización de Weber en México (1937-1957)", *Sociológica*, núm. 67, año 23, mayo-agosto de 2008, pp. 149-190.

[26] Al anunciarse su preparación se aseguró que sería "la primera traducción […] que aparezca en una lengua latina, y coetánea seguramente de la versión inglesa que prepara hace tiempo el conocido economista *[sic]* norteamericano Talcot Parsons". Cfr. *El Noticiero Bibliográfico*, vol. II, núm. 3, diciembre de 1940, pp. 4-5.

[27] El filósofo y pedagogo Juan Roura Parella nació en Fortillá, Cataluña, en 1897. Impartió clases en la Universidad de Barcelona. En 1939 llegó a México, donde se desempeñó como docente en El Colegio de México y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1945 se trasladó a los Estados Unidos para laborar en la Universidad de Wesleyan. Cfr. *El exilio español en México, 1939-1982*, p. 850. El filósofo José Ferrater Mora nació en Barcelona en 1912. Como consecuencia del exilio, en 1939 impartió clases en las universidades de La Habana y de Santiago de Chile, y en 1949 en el Bryn Mawr College de Pensilvania. En 1985 fue reconocido con el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y

Humanidades. Murió en su ciudad natal en 1991. Además de los cuatro españoles exiliados, en la traducción colaboró un mexicano, Eduardo García Maynez, quien también tradujo la *Teoría general del derecho y del Estado,* de Hans Kelsen, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1949.

[28] Laura Moya, "Los universos textuales de José Medina Echavarría en México. La colección de Sociología del FCE y la colección Jornadas", en Aurelia Valero Pie, *Los empeños de una casa,* El Colegio de México, México, 2015, pp. 186-187.

[29] Cfr. AHCM, fondo La Casa de España, caja 12, exp. 1 Ímaz, Eugenio ff. 10-11. Véase también Eugenio Ímaz, "Max Weber", *Cuadernos Americanos,* vol. XIX , núm. I, año IV, enero-febrero de 1945, pp. 112-116. Véase también Eugenio Ímaz, *Obras reunidas,* t. I, pp. 363-364.

[30] Cfr. *El Noticiero Bibliográfico*, *op. cit.,* pp. 4-5.

[31] Laura Moya, "Los universos textuales…", *op. cit.,* pp. 184-185. Adolfo Posada, además de jurista, fue uno de los primeros sociólogos españoles. Nació en Oviedo en 1860, donde impartió la cátedra de derecho político. Fue seguidor de las ideas de Francisco Giner de los Ríos, lo que convierte a Posada en uno de los que, vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, comenzaron a traducir textos de ciencias sociales al español desde el último cuarto del siglo XIX.

[32] Véase carta de José Medina Echavarría a Daniel Cosío Villegas, 9 de agosto de 1945, en AHCM, fondo La Casa de España, caja 15, exp. 9 Medina Echavarría, José, f. 45. Antes del exilio sólo había traducido dos libros: la *Filosofía del derecho*, de Gustav Radbruch, y *Las transformaciones de las capas sociales después de la guerra,* de Robert Michels, que no se publicó debido al estallido de la Guerra Civil. Cfr. *En el centenario de La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Javier Rodríguez Martínez (ed.), Madrid, 2005, Centro de Investigaciones Sociológicas, p. 503. La correspondencia de Medina Echavarría ha sido publicada recientemente: cfr. Moisés González Navarro, *José Medina Echavarría y México / José Medina Echavarría: Correspondencia*, Adolfo Castañón y Álvaro Morcillo

(eds.), El Colegio de México, México, 2010. En adelante se consignará también el número de la carta y la página: en este caso se trata de la carta 81, p. 200.

[33] Otro adjetivo que se le aplicó fue el de "obra ciclópea". Cfr. *El Noticiero Bibliográfico,* t. II, núm. 39, octubre de 1941, p. 1.

[34] AHCM, fondo La Casa de España, caja 12, exp.1 Ímaz, Eugenio, ff. 15 y 16.

[35] Aunque justificadas académica y lingüísticamente, pero con poca perspectiva histórica, hoy se han hecho duras críticas a dicha traducción. Al respecto véase Álvaro Morcillo, "Aviso a los navegantes. La traducción al español de *Economía y sociedad* de Max Weber", *Estudios Sociológicos,* vol. XXX, núm. 90, septiembre-diciembre de 2012, pp. 609-640, y del mismo autor "Un vocabulario para la modernidad. Crítica a la interpretación de Max Weber por sus primeros traductores al español", *ibid.,* vol. XXXII, núm. 96, septiembre-diciembre de 2014, pp. 767-818.

[36] *Economía y sociedad* apareció en idioma italiano en 1961; a esta traducción le siguió la edición completa en inglés siete años después; las primeras "traducciones parciales" en japonés y francés corresponden a 1970 y 1971, respectivamente. Por lo tanto, la edición en español de 1944 puede ser considerada "la primera traducción completa de esa obra en cualquier idioma". Cfr. Francisco Gil Villegas, *op. cit.,* pp. 69 y 70. Véase también José Medina Echavarría, presentación a la colección de Sociología, en *Catálogo general,* 1955, pp. 98 y 99.

[37] Cfr. AHCM, fondo La Casa de España, caja 12, exp. 1 Ímaz, Eugenio, f. 16.

[38] Sin duda, uno de los exiliados de mayor impacto educativo en México, Luis Recaséns, había nacido en Guatemala de padres españoles; se crió e hizo sus estudios universitarios en España, y a partir de 1925 fue pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, en Italia, Alemania y Austria: en Roma estudió con Giorgio del Viecchio; en Berlín, con Rudolf Stammler y en Viena con Hans Kelsen. De regreso a España tradujo varios

libros de estos maestros, y también tradujo para la *Revista de Occidente* y para la *Revista de Derecho Privado*. Sobre la vida y obra de Recaséns, el traductor, véase, VV.AA., *Luis Recaséns Siches. Homenaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012. Dos aspectos importantes se señalan en una monografía reciente: que su gran "bagaje cultural e intelectual obtenido en Europa" llegó con él "a tierras mexicanas", y que "su actividad como traductor resulta un aspecto poco estudiado de su labor intelectual". Cfr. Eva Elizabeth Martínez Chávez, "Luis Recaséns Siches. Un puente entre culturas", en Aurelia Valero, *Los empeños…, op. cit.*, pp. 200-204.

[39] Cfr. *El Noticiero Bibliográfico*, vol. II, núm. 3, diciembre de 1940, pp. 4-5. *Ibid.*, t. II, núm. 39, octubre 1941, pp. 1-2. Para el entonces joven filósofo Leopoldo Zea, el libro de Alfred Weber era "una réplica a la tesis de Spengler, que por seductora dañó a varios de nuestros jóvenes estudiosos", en "La producción filosófica mexicana en 1941", *Letras de México*, vol. III, núm. 13, año VI, 15 de enero de 1942, p. 7.

[40] Recuérdese que antes, en 1942, había publicado su *Historia económica general*.

[41] Medina conocía bien la sociología de la religión de Weber, pues había ofrecido un curso sobre ese tema en El Colegio de México. Véase carta de José Medina Echavarría a Daniel Cosío Villegas, 9 de agosto de 1945, en AHCM, fondo La Casa de España, caja 15, exp. 9 Medina Echavarría, José, f. 47, también en Moisés González Navarro, *José Medina Echavarría y México* / *José Medina Echavarría: Correspondencia, op. cit.*, carta 81, p. 200. Su correspondencia con Orfila puede consultarse en AHFCE, sección Autores, caja 7, exp. 357 Medina Echavarría, José, ff. 60, 67-69. La edición completa —tres tomos— de los *Ensayos sobre sociología de la religión* tardaría poco más de treinta años en aparecer, en la editorial madrileña Taurus.

[42] AHCM, Fondo La Casa de España, caja 7, exp. 23, Gaos Pola, José, ff. 79 y 83; caja 8, exp. 2, ff. 16-18, y caja 8, exp. 3, ff. 19 y 21.

[43] Cfr. AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 124 Gaos, José, leg. 1, ff. 9-12, 15 y 28.

[44] La traducción y la introducción aparecieron en 1951. Sin embargo, diez años después realizó una revisión de su traducción. Cfr. AHUNAM, Departamento de Personal Académico de la Facultad de Filosofía y Letras, exp. 0040, f. 90.

[45] Cfr. *El Noticiero Bibliográfico,* t. II, núm. 18, agosto de 1951, s/p.

[46] Me refiero a las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal,* aparecida en 1928. De Hegel el Fondo publicaría las *Lecciones sobre la historia de la filosofía,* en tres gruesos volúmenes, y la *Fenomenología del espíritu,* ambos traducidos por Wenceslao Roces, si bien Gaos había recomendado como traductor de esta última a Alejandro Rossi, recién llegado a México de Alemania, donde se había dedicado al estudio de Hegel, con "la suerte" de haber llevado un curso sobre éste con Heidegger. Gaos aseguró al director del Fondo que Rossi había hecho una tesis "notable", había aprendido "muy bien el alemán" y traía "material importante sobre Hegel". Véase carta de José Gaos a Arnaldo Orfila, 6 de abril [s/a], en AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 124 Gaos, José, leg. 1, f. 43.

[47] Carta de José Gaos a Arnaldo Orfila, sin fecha, aunque, según el editor —Alfonso Rangel Guerra— "puede ubicarse" hacia 1949, en José Gaos, *Obras completas,* t. XIX, *op. cit.,* carta núm.154, pp. 299-300. Vale decir que la traducción de esta obra reflejó nítidamente las carencias bibliográficas con las que hacían sus trabajos de traducción, pues en México no había un solo ejemplar de la primera edición.

[48] Véase carta de José Gaos a Arnaldo Orfila, 13 de enero de 1958, en AHFCE, sección Autores, caja 1, exp. 124 Gaos, José, leg. 1, ff. f. 49. Una revisión de esta faceta de Gaos, en Antonio Jiménez García, "José Gaos (1900-1969) como traductor", en *La cultura del exilio republicano español de 1939,* Alicia Alted y Manuel Llusia (dirs.), Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2003, vol. 1, 589-596. Obviamente, debe

consultarse el reciente libro de Aurelia Valero citado antes, *José Gaos en México: una bibliografía intelectual, 1938-1969.*

[49] El primero y segundo tomos se publicaron en 1935 y 1936, respectivamente, mientras que el tercer tomo fue traducido por Antonio Tovar y publicado en 1944.

[50] Significativamente, el nombre de Ímaz apareció —el séptimo de nueve— en una de las primeras listas de invitables que elaboró Cosío Villegas. Cfr. carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca, 26 de febrero de 1937, en AHCM, sección Daniel Cosío Villegas, caja 1, exp. 1, f. 11. Para su biografía véase José Ángel Ascunce, *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio,* Anthropos, Barcelona, 1991. Véase también mi texto "Eugenio Ímaz, el Sócrates del exilio. Breve semblanza biográfica", que sirve de presentación en Eugenio Ímaz, *Obras reunidas,* 2 t., México, El Colegio de México, 2011, t. I, pp. 13-36.

[51] Desde un principio figuró en el Consejo Directivo de esta revista. Cfr. Eugenio Ímaz, "Palabras de aniversario", *ibid.*, t. I, p. 332. Sobre su desarrollo e importancia véase *Setenta años de Cuadernos Americanos,* Adalberto Santana (coord.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2013, pp. 9-101. Véase especialmente Ana González Neira, "*Cuadernos Americanos* y el exilio español. Nacimiento de una revista universal (1942-1949)", *Cuadernos Americanos*, núm. 127, 2009, pp. 11-30.

[52] También eran parte de él los exiliados Vicente Herrero, Julián Calvo y Francisco Giner de los Ríos.

[53] Recuérdese que Ímaz le dedicó una ambiciosa y original monografía: *El pensamiento de Dilthey,* El Colegio de México, México, 1946. Además, sus páginas prologales fueron publicadas antes con el atinado y humilde título de *Asedio a Dilthey,* El Colegio de México, México, 1945, Colección Jornadas, núm. 35. El reconocimiento de la "familiaridad", en José Gaos, "El Dilthey de Ímaz", *Cuadernos Americanos,* vol. XXXIII, núm. 3, año VI, mayo-junio de 1947, pp. 131-150.

[54] Cfr. José Gaos, “Cinco años de filosofía en México”, pp. 145-165; “La jornada de Dilthey en América”, *Cuadernos Americanos*, vol. XXIII, núm. 5, año VI, septiembre-octubre de 1945, pp. 132-140.

[55] Cfr. reseña de Antonio Sánchez Barbudo al *Asedio a Dilthey* de Ímaz, en *El Hijo Pródigo. Revista Literaria,* vol. IX, núm. 30, septiembre de 1945, pp. 180-181. En una reseña que el también español exiliado Juan Roura-Parella hizo a la *Psicología* de Dilthey, aseguró que la traducción de Ímaz era “límpida”. Cfr. *Filosofía y Letras*, núm. 20, octubre-diciembre de 1945, pp. 277-280.

[56] Véase Edmundo O’Gorman, “Cinco años de Historia en México”, en *Filosofía y Letras,* núm. 20, octubre-diciembre de 1945, pp. 167-183.

[57] Consúltese José Gaos, “Prólogo”, en Eugenio Ímaz, *Luz en la caverna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, p. XIII, y véanse José Ascunce, *Topías y utopías de Eugenio Ímaz, op. cit.,* y mi ensayo ya citado (“Eugenio Ímaz, el Sócrates del exilio: breve semblanza biográfica”, *op. cit.*). Consúltese también Eugenio Ímaz, *La fe por la palabra,* José Ángel Ascunce (ed.), San Sebastián, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Deusto, 1989, p. 9, y Andrés Lira, “El retiro imposible. Eugenio Ímaz, 1900-1951”, *Los Universitarios,* núm. 26, noviembre de 2002, p. 18. Como si fueran pocas sus responsabilidades como traductor de las obras que adoptaba, Ímaz es recordado por otros traductores del Fondo, en este caso por Ernestina de Champourcin, por revisar su trabajo y aconsejarlos permanentemente. Cfr. José Ángel Ascunce, *op. cit.,* pp. 189-190.

[58] Véase AHCM, fondo La Casa de España, caja 11, exp. 25, 29 ff. En ocasiones impartió clases de alemán en El Colegio de México y una vez fue invitado a dar un curso de filosofía de la historia.

[59] En un artículo sobre la actividad filosófica en México entre 1940 y 1945 se vaticinó que Ímaz sería “famoso” por sus traducciones. Cfr. José Gaos, “Cinco años de filosofía en México”, *op. cit.,* p. 151.

[60] Además de sus dos libros sobre Dilthey, en vida también publicó *Topía y utopía,* el año de 1946, conformado por varios ensayos, artículos y

notas breves. A su muerte se publicó otro libro suyo, *Luz en la caverna*, con el mismo tipo de materiales, todos breves y de distintos temas. En 2011 El Colegio de México publicó sus *Obras reunidas*, una exhaustiva publicación de sus escritos en dos tomos que juntos superan las mil doscientas páginas, cantidad que, como dijimos, desmiente la acusación de parquedad.

[61] Por ejemplo, en el primer número de *La Gaceta del Fondo* se publicó la opinión del médico Ignacio Millán, quien aseguró que Dilthey era un "historiador dado a la profecía filosófica que estuvo de moda en su tiempo pero que hoy se halla totalmente en desuso"; muerto ya Ímaz, y como responsable de la colección de Filosofía, Gaos respondió que la obra de Dilthey "ha venido siendo considerada crecientemente como una de las más radicalmente renovadoras". Cfr. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 1, año 1, septiembre de 1954, s/p., núm. 3, 15 de noviembre de 1954, s/p.

[62] Véase la reseña de Antonio Sánchez Barbudo al *Asedio a Dilthey*, *op. cit.* Los directivos del Fondo, a su vez, negaron estar "descaminados" con el proyecto de Dilthey, pues su obra era de "conformación simpática" y gran "actualidad". Cfr. "Dilthey otra vez", *El Noticiero Bibliográfico*, t. I, núm. 5, agosto de 1949.

[63] Eugenio Ímaz, "Guillermo Dilthey", *Cuadernos Americanos*, vol. XV, núm. 3, año III, mayo-junio de 1994, pp. 120-124.

[64] Cfr. José Gaos, "La filosofía de España", *Letras de México*, vol. II, núm. 1, 15 de enero de 1939, p. 9.

[65] Para su recepción en España véase Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, 1967.

[66] José García-Velasco, "El reencuentro con la modernidad (1914-1939)", en *Redes internacionales de la cultura española 1914-1939*, José García-Velasco (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2014, p. 48.

[67] Las preferencias disciplinarias y temáticas de Cosío quedan al descubierto al hacerse un análisis comparativo de las colecciones del Fondo: en 1943 se creó la de Psicología y Psicoanálisis, pero sólo se

publicaron dos obras en los siguientes diez años; en cambio, en la editorial de la *Revista de Occidente,* de Ortega y Gasset, se publicaron muchos libros de los psicólogos Jung y Spranger.

[68] El filósofo exiliado Juan David García-Bacca se refiere a él como el jefe del "historicismo vital". Véase su reseña por la aparición de la *Introducción a las ciencias del espíritu* en *El Hijo Pródigo. Revista Literaria,* vol. VI, núm. 19, octubre de 1944, pp. 59-60.

[69] José Ortega y Gasset, "Guillermo Dilthey y la idea de la vida", en José Ortega y Gasset, *Obras completas,* t. VI, Alianza Editorial / Revista de Occidente, Madrid, 1983, pp. 165-214.

[70] La frase se atribuye a Ortega y Gasset. Respecto a las primeras lecturas de Dilthey en México gracias a la *Revista de Occidente,* véase Juan Hernández Luna, en *Filosofía y Letras,* núm. 27, julio-septiembre de 1946, pp. 89-113. Debe consignarse que Hernández Luna se refiere a artículos de Dilthey traducidos en la revista periódica, pues su primer libro publicado en España por la *Revista de Occidente* apareció en 1944, un par de años después que en México. Me refiero a la *Teoría de las concepciones del mundo,* traducido y anotado por Julián Marías.

[71] En 1954 se abriría una filial en Chile; en 1961 una en Perú, e incluso se instaló una en España en 1963, la que tuvo problemas con ciertos autores y títulos por la censura franquista.

[72] El conocido filósofo Fernando Savater ha dicho que los exiliados regresaron a España a través de sus escritos y sus traducciones.

[73] Obviamente, la frase proviene del libro de Ernest Hemingway, *París era una fiesta.*

[74] El historiador argentino Tulio Halperín Donghi advirtió este inesperado destino del proyecto original, al señalar que "los discípulos de Ortega y Gasset que a la caída de la Segunda República española habían encontrado refugio en México abordaban *con mayores recursos* que en Madrid empresas de tanto aliento como la publicación en traducción española de las obras completas de Wilhelm Dilthey". Cfr. *Testimonio de un*

observador participante: medio siglo de estudios latinoamericanos en un mundo cambiante, Federico Finchelstein (pról.), Prometeo Libros, Buenos Aires, 2014, p. 21 (las cursivas son mías). La aseveración de que en México se contó con más recursos (económicos, humanos, institucionales y políticos) no sólo abarca a España, sino también a Argentina. Con respecto a este país, había otras diferencias con México. Seguramente por ser un país modelado por el aluvión de los inmigrantes, mayoritariamente europeos, había numerosas publicaciones en lenguas distintas al español o castellano. Asimismo, había varias editoriales que se caracterizaban por traducir a autores modernos, sobre todo de literatura. El mejor ejemplo, no el único, sería la Editorial Sur, de Victoria Ocampo, que tenía como modelo a la Revista de Occidente, en sus dos modalidades, de editorial de revista y de libros.

> Por lo que se refiere al exilio republicano español, debe recordarse que fueron pocos los que se radicaron en Argentina, donde el gobierno no los apoyó como en México, lo que explica que no se haya constituido, ni remotamente, una institución semejante al Fondo. Claro está que hubo algunos esfuerzos como el de Francisco Ayala, quien coordinó la traducción de algunos textos extranjeros de sociología para la Editorial Losada. Sin embargo, el propio Ayala declaró que tradujo ese tipo de textos "a destajo", aunque lo cierto es que no pasó de una media docena de libros.

[75] Véase José Gaos, "Cinco años de filosofía en México", *op. cit.*, pp. 145-165. En el mismo tenor, también se dijo que México tendría una "deuda cultural inestimable" con aquellos "abnegados" traductores. Cfr. Edmundo O'Gorman, "Cinco años de historia en México", *op. cit.*, pp. 167-183. Por último, poco después de la llegada del exilio español también se refugió en México Raymundo Lida, que huía de la Argentina peronista. Inmediatamente se incorporó a El Colegio de México y colaboró con el Fondo de Cultura Económica. Políglota y traductor él mismo, aseguró que la colección de Lengua y Estudios Literarios publicó pocos autores pero todos "ilustres", cuyas traducciones no fueron meros traslados mecánicos sino ediciones "superiores" a las originales. Cfr. Raymundo Lida, presentación a la colección Lengua y Estudios Literarios, en *Catálogo general*, 1955, pp. 363 y 366. Véase también el reciente estudio de Miranda Lida, *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y*

Raymundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo, EUDEBA, Buenos Aires, 2014.

[76] Cfr. Armida González de la Vara y Álvaro Matute (coords.), *El exilio español y el mundo de los libros*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2002, pp. 150-151.

[77] El propio Cosío Villegas dejó claramente explicada la naturaleza de la editorial que fundara en 1934: puesto que su objetivo era crear una editorial no lucrativa, sino que sirviera para difundir los avances de la ciencia económica, reinvirtiendo en ella los ingresos, lo adecuado sería haberla considerado un fideicomiso, fórmula aún inexistente en la legislación mexicana. Ya que en inglés legalmente era un *trust fund for the economic learning*, Cosío buscó matizar el anglicismo, desapareciendo el término *trust*, y tradujo *learning* por cultura. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, en Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 148.

[1] Juan José Domenchina fue poeta, ensayista y traductor. Nació en Madrid en 1898, estudió literatura en la Universidad Central de Madrid y colaboró en publicaciones periódicas como *El Sol*, *El Imparcial* y *Revista de Occidente*. Fue miembro de la Generación del 27 y durante la Guerra Civil en España fue secretario de Manuel Azaña y director de Propaganda en Valencia. Emigró a México en 1939, formó parte de La Casa de España, colaboró en revistas como *Romance*, *Tiempo*, *Hoy* y *Mañana*. Las obras que tradujo para el Fondo de Cultura Económica fueron *El hombre y lo sagrado*, de Roger Caillois, la *Historia de Europa*, de Henri Pirenne, y *De Baudelaire al surrealismo*, de Marcel Raymund. En El Colegio de México se publicaron sus *Poesías escogidas*. Véase *Libro conmemorativo del primer medio siglo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 61, 71, 72 y 188; véase también *El exilio español en México, 1939-1982*, Fondo de Cultura Económica / Salvat, México, 1982, pp. 763 y 764.

[2] La poetisa y traductora Ernestina de Champourcin nació en 1905 en Vitoria, Álava. Estudió derecho en el Instituto Cardenal Cisneros. Perteneció a la Generación del 27. En 1930 conoció a Juan José Domenchina, con quien se casó en 1936. La relación de su esposo con Azaña los obligó a abandonar Madrid durante la Guerra Civil española. En 1939 fueron invitados por Alfonso Reyes a trabajar en La Casa de España en México. Champourcin tradujo principalmente para el Fondo de Cultura Económica, aunque también lo hizo para otras casas editoriales, como la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA). Cfr. *El exilio español en México, 1939-1982*, p. 760. Según su mayor biógrafo, Ernestina de Champourcin "se dedicó plenamente al trabajo de la traducción", "llegando a traducir como promedio diario unas treinta cuartillas", lo que explica que sus traducciones se acerquen "al medio centenar". Cfr. José Ángel Ascunce, prólogo a Ernestina de Champourcin, *Poesía a través del tiempo*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1991, p. XX.

[3] El editor y poeta Francisco Giner de los Ríos nació en Madrid en 1916. Realizó estudios en la Institución Libre de Enseñanza y luego en la Universidad Central de Madrid, que interrumpió debido a la Guerra Civil. A

su llegada a México trabajó en el Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica, donde fue traductor de autores como Comte y Tawney, entre otros, y en El Colegio de México.

[4] El primer libro de la colección, en 1940, fue el poemario *La rama viva*, de Francisco Giner de los Ríos. Véase su carta a Arnaldo Orfila, 28 de mayo de 1954, en AHFCE, sección Autores, exp. 136 Giner de los Ríos, Francisco, f. 15.

[5] Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, Porrúa, Méjico [México], 1959, pp. 236 y 1041.

[6] Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 89. Subrayo el hecho de que el Fondo sólo pagaba una "parte" del costo de la producción del libro. Siempre ha sido un secreto a voces que la otra "parte" la pagaba el propio autor.

[7] Véase Enrique Krauze, "El Fondo y don Daniel", en *Libro conmemorativo del primer siglo, Fondo de Cultura Económica*, México, 1984, p. 39. Véase también *La Casa de España y El Colegio de México. Catálogo histórico, 1938-2010*, El Colegio de México, México, 2011.

[8] Cfr. carta de Arnaldo Orfila a Francisco Giner de los Ríos, 18 de mayo de 1954, en AHFCE, sección Autores, exp. 136 Giner de los Ríos, Francisco, f. 14.

[9] Al paso de los años Tezontle adquirió el carácter de colección literaria contemporánea, de autores no necesariamente españoles o mexicanos; por otro lado, el Fondo creó la colección *Letras Mexicanas*, su primera serie abiertamente literaria, en 1952, casi veinte años después de fundado.

[10] Véase carta de Alfonso Reyes a Octavio Paz, 11 de febrero de 1949, en *Correspondencia Alfonso Reyes / Octavio Paz (1939-1959)*, Anthony Stanton (ed.), Fundación Octavio Paz / Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 72.

[11] Entrevista con Silvia Cherem, "Soy otro, soy muchos", en Octavio Paz, *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, t. XV,

p. 373.

[12] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, pp. 80-81. En 1998 la Editorial Clío publicó, dentro de su serie *Obras completas de Daniel Cosío Villegas*, un tomo dedicado a su *Obra literaria*, que además de las *Miniaturas* incluye varios cuentos y numerosos artículos de crítica literaria, publicados entre 1922 y 1925 en distintas revistas, entre ellas la vasconcelista *La Antorcha*. En el estudio introductorio Luis Mario Schneider asegura que la literatura fue "la vocación primera" de Cosío Villegas. Es más, fue por aquellos tempranos intereses literarios que Cosío entró en contacto con Alfonso Reyes, lo que quince años después sería decisivo para la creación de La Casa de España y el fortalecimiento del Fondo de Cultura Económica. Cfr. carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, 6 de diciembre de 1922, en *Testimonios de una amistad*, p. 31, y Luis Mario Schneider, "Daniel Cosío Villegas: la literatura como vocación primera", en *Obras completas de Daniel Cosío Villegas. Obra literaria*, Clío, México, 1998, pp. 8-10. Como en tantos asuntos y temas, José Emilio Pacheco fue uno de los primeros en advertir la capacidad y vocación literararia de Cosío Villegas. Aunque desde muy tempranas fechas don Daniel decidió que no se dedicaría profesionalmente a la literatura, Pacheco demuestra que siempre se mantuvo en contacto con ella. Véase su ensayo "Cosío Villegas: un joven de los veintes", *Diorama de la Cultura*, *Excélsior*, 14 de marzo de 1976.

[13] Significativamente, también se creó la colección Lengua y Estudios Literarios desde 1943, muy poco después que las cinco colecciones aquí analizadas; sin embargo, su producción fue ostensiblemente menor: en sus primeros diez años sólo aparecieron ocho títulos.

[14] Véase *La Casa de España y El Colegio de México. Catálogo Histórico (1938-2010)*, *op. cit.*, pp. 9-20.

[15] *Ibid.*, pp. 1-34.

[16] Véase Armida González de la Vara y Álvaro Matute (coords.), *El exilio español y el mundo de los libros*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2002.

[17] Gonzalo Santonja, *Al otro lado del mar. Bergamín y la Editorial Séneca (México, 1939-1949)*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 1997. Víctor Díaz Arciniega, "Séneca, por ejemplo. Una casa para la resistencia, 1939-1947", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, El Colegio de México, México, 1999, pp. 209-254.

[18] Véanse Clara E. Lida, *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades*, El Colegio de México, México, 2009, y Fernando Serrano Migallón, *La inteligencia peregrina: legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, El Colegio de México, México, 2009.

[19] Fundada desde 1939 por Estanislao Ruiz Ponseti, los hermanos Manuel y Luis Sánchez Sarto —este último pedagogo— y Leonardo Martín Echeverría, vinculados en España a la Editorial Labor, fue muy exitosa en la publicación de manuales y diccionarios; además, se responsabilizó de la impresión de la revista *Ciencia*, de Cándido Bolívar y los hermanos Giral. De ella derivarían dos empresas editoriales del exilio: Grijalbo y UTEHA. Cfr. Leoncio López Ocón, "*Atlante* en el exilio: actores y etapas de una editorial republicana hispano-americana", en *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zarmeño Padilla (eds.), El Colegio de México, México, 2014, pp. 63-100.

[20] Cfr. José Luis Martínez, "Las revistas del exilio español en México", en Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 269-279.

[21] *España Peregrina* fue creada por José Bergamín, mientras que Prados y Altolaguirre fundaron *Litoral*, como continuación de la revista del mismo nombre publicada antes de la Guerra Civil en Málaga; *Romance* fue creación de Antonio Sánchez Barbudo, crítico especializado en Antonio Machado. Tanto en *Romance* como en *Ultramar*, dirigida por Juan Rejano, fue ejemplar el diseño de Miguel Prieto.

[22] Cfr. *Autores y traductores del exilio español en México*, p. 11.

[23] Cfr. carta de Francisco Giner de los Ríos a Arnaldo Orfila, 19 de marzo de 1954, y carta de Arnaldo Orfila a Giner de los Ríos, 29 de octubre de 1954, en AHFCE, sección Autores, exp. 136 Giner de los Ríos, Francisco, ff. 11 y 23-24.

[24] Además de los *Principios de economía política y tributación*, se publicaron siete volúmenes con folletos, artículos, discursos y cartas de David Ricardo entre 1959 y 1965, la mayor parte de ellos traducidos por Florentino Torner, también exiliado español pero de una generación distinta a la de los primeros traductores, pues había nacido en 1894.

[25] Debe reconocerse que si bien el impulso inicial en favor de la modernización cultural y educativa de España fue de la Institución Libre de Enseñanza, su efecto se redujo a una auténtica minoría ilustrada española.

[26] Carta de José Gaos a Juan David García Bacca, 3 de octubre de 1963, núm. 243, en José Gaos, *Obras completas*, t. XIX, pp. 419-420.

[27] Aunque sigue publicándose *El Trimestre Económico*, la revista con que nació la editorial, las colecciones bibliográficas pronto se hicieron protagónicas. Cfr. *Respuestas propias. 80 años de* El Trimestre, Gustavo A. del Ángel Mobarak y Graciela Márquez (eds.), Fondo de Cultura Económica, México, 2014. Por otra parte, acaso convenga saber que muy al principio Cosío Villegas propuso a Vicente Herrero, sin resultados positivos, que diseñara e hiciera un *Trimestre Político y Social*. Cfr. Andrés Lira, “Vicente Herrero. Tiempo y lugares de un traductor”, en *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zarmeño Padilla (eds.), El Colegio de México, México, 2014, p. 128.

[28] Recuérdese que las obras de Freud habían sido publicadas en España entre 1922 y 1934 por la editorial Biblioteca Nueva, gracias al impulso de Ortega y Gasset, y que en Argentina comenzó su publicación sistemática en 1943, al mismo tiempo que el Fondo experimentaba su decisiva

transformación, lo que seguramente influyó para que no se editara en México.

[29] Cfr. Leopoldo Zea, “La producción filosófica mexicana en 1941”, *Letras de México*, vol. III, núm. 13, año VI, p. 7, y “La vida filosófica mexicana en 1943”, *ibid.*, vol. III, núm. 13, año VIII, 15 de enero de 1944, p. 9. Otro joven que estudió filosofía en México a mediados de siglo advirtió que los esfuerzos de traducción iniciados por Ortega en España eran “maravillosos”. Discípulo de Gaos, la labor de éste le pareció “benemérita”, de importancia “absolutamente decisiva”, pues con todo ese “trabajo inmenso de traslado” había permitido la “fecundación de una cultura —la hispanoamericana— por otras”, que tal es el “sentido profundo de la traducción”. Cfr. Alejandro Rossi, *Cartas credenciales*, México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 28-29.